

ISSN: 0124-4841

# ARQUEOLOGÍA DEL ÁREA INTERMEDIA

---

No. 2 Año 2000

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
SOCIEDAD COLOMBIANA DE ARQUEOLOGÍA



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo “Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional”. Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

# Cacicazgos, orfebrería y política prehispánica: una perspectiva desde Colombia

CARL HENRIK LANGEBAEK RUEDA  
Universidad de los Andes, Colombia  
.....  
—  
.....

**RESUMEN:** *En este artículo se explora la relación entre la orfebrería y la organización de los cacicazgos en Colombia. La atención se centra en varios tipos de cacicazgos prehispánicos, principalmente en cacicazgos u orientados hacia el grupo comunitario, o hacia personajes importantes. También se discuten las diferencias en las bases del poder. El artículo compara diferentes trayectorias (Calima, Alto Magdalena y Andes Orientales) y propone una hipótesis acerca del cambio entre cacicazgos orientados a personajes importantes con unas bases de poder ideológicas, hacia cacicazgos más orientados al grupo comunitario en los que las elites podrían ejercer un control económico. El trabajo se basa en propuestas presentadas por Drennan (1995) para el estudio de cacicazgos en el Alto Magdalena y por Langebaek (1993) en investigaciones previas sobre metalurgia prehispánica.*

## Chiefdoms, goldwork and prehispanic politics: a Colombian perspective

**ABSTRACT:** *This paper explores the relation between goldwork and chiefly organization in Prehispanic Colombia. It focuses on various types of chiefdoms developed in Colombia, including individualistic and communally oriented chiefdoms. It also concerns different basis for chiefly power. The paper compares different trajectories (Calima, Upper Magdalena and Eastern Highlands) and advances a hypothesis regarding the shift from individualistic chiefdoms, with ideological basis for chiefly power, to more communally-oriented chiefdoms with elites able to excerpt economic control. The paper is based upon research advanced by Drennan (1995) in the Upper Magdalena Region, and Langebaek (1993) regarding Precolumbian metalurgy.*

## Introducción: El problema

En el escenario de la arqueología mundial, Colombia ha sido en muchos casos sinónimo del estudio de la orfebrería prehispánica. Gran parte de las publicaciones internacionales de arqueólogos colombianos se ha concentrado en el tema. Igual puede decirse del interés de muchos arqueólogos extranjeros que trabajan sobre Colombia. Al fin y al cabo, la espectacularidad de muchos de los objetos de metalurgia colombiana ofrece cierto consuelo ante la escasez de arquitectura monumental. Sin embargo, desde hace más de 20 años una investigadora (Dussán de Reichel 1979:41) advertía que los estudios de la orfebrería prehispánica no habían sido incorporados en el contexto más amplio de los cambios sociales. Hoy, pese a la cuantiosa investigación relacionada con la orfebrería prehispánica, esta observación aún es válida. Lamentablemente, la mayoría de los arqueólogos ha centrado su atención en la metalurgia como una meta en sí misma. El objetivo no siempre ha sido lograr un mejor conocimiento de las sociedades del pasado, sino de la metalurgia que esas sociedades produjeron.

Cualesquiera que hayan sido los avances en la investigación de los objetos metálicos precolombinos no se logrará un gran progreso mientras este no esté dirigido hacia la comprensión de la forma en que las sociedades funcionan y cambian (Lechtman 1988). Antes de entrar a explicar los objetivos de este trabajo, es necesario detenerse en tres contribuciones adelantadas por los estudios de la orfebrería prehispánica. Estas contribuciones tienen el mérito de discutir algún tipo de relación entre las piezas de metal y aspectos sociales o culturales más amplios, en lugar de limitarse a descripciones formales de los objetos de metal. La primera contribución está representada por los avances realizados en el estudio de la posible correlación entre la distribución de ciertos objetos y unidades culturales. Como ejemplos de dicho trabajo, se pueden citar los que tratan la cuestión macrochibcha (Bray 1992) y la llamada tradición del suroccidente (Bray 2000). El segundo aporte se refiere a la afirmación según la cual las sociedades con orfebrería deberían incluir “una organización política relativamente compleja que incluyera, así mismo, una estratificación social y un poder central” (Plazas y Falchetti 1983). La tercera contribución es la que traza una relación entre la orfebrería y las actividades chamanísticas (Reichel-Dolmatoff 1988; Looper 1996). En su conjunto, argumentos como los descritos han servido de marco interpretativo de la trayectoria de las sociedades del suroccidente colombiano, incluyendo aquellas de las regiones arqueológicas Calima, Tierradentro, San Agustín y Quimbaya (Figura 1). Se ha indicado que dicha región está caracterizada por una tradición relativamente homogénea que produjo algunos de los trabajos de orfebrería más impresionantes durante un período que tuvo

.....  
CACICAZGOS, ORFEBRERÍA Y POLÍTICA PREHISPÁNICA:  
UNA PERSPECTIVA DESDE COLOMBIA



Figura 1. Area aproximada de la "tradición orfebre del suroccidente."

lugar, a grosso modo, entre el 550 a.C. y el 900 d.C. Este período se asocia a una complejidad política, una marcada unidad cultural y a relaciones de poder estrechamente relacionadas con las actividades chamanísticas. Después del 900 d.C. esta tradición del oro habría sido remplazada por una orfebrería menos impactante que indica una decadencia cultural e, inclusive, la llegada al área de grupos “menos desarrollados”.

La interpretación arriba mencionada ha sido punto de partida de investigaciones muy productivas de la arqueología colombiana pero, al mismo tiempo, presenta fallas analíticas (Langebaek 1993, 2000; Gnecco 1996). En primer lugar, existen dudas sobre el significado de las comparaciones estilísticas, y en particular la forma como se han usado para inferir relaciones culturales o la existencia de unidades políticas. Las comparaciones entre estilos de orfebrería de diversas áreas del suroccidente se han basado en algún tipo de listado, arbitrariamente seleccionado, de características de los adornos de oro encontrados en el suroccidente colombiano (Plazas y Falchetti 1983; Bray 2000), pero hasta hoy carecemos por completo de comparaciones entre inventarios completos de características. Peor aún, estos rasgos muchas veces se asumen como criterios “objetivos” de clasificación, donde la mayor o menor cantidad de similitudes representa una correspondiente mayor o menor afinidad cultural (Plazas y Falchetti 1983), o incluso una “unidad política” (Bray 2000). Así mismo, las explicaciones sobre la distribución de características similares escasamente han ido más allá de las tradicionales “migraciones” o “influencias”—o simplemente “unidad cultural”— que poco han contribuido al estudio del cambio social en el norte de Suramérica.

Por otra parte, una correlación entre la presencia de la orfebrería y la existencia de una organización política centralizada y jerarquizada es también debatible. La información arqueológica y etnográfica coincide en que la orfebrería estuvo presente y fue producida en una extensa variedad de sociedades prehispánicas, de los más diversos grados de complejidad política (Helms 1981; Langebaek 1991, 1999). Además, la idea de una identidad étnica compartida basada en las similitudes estilísticas de unos pocos objetos de la elite es dudosa, por decir lo menos (Langebaek 1993; Doyon 1995). Por cierto, muchos tipos de adornos de oro son hallados tanto en el sur como en el norte de Colombia y “estilos” como el Clásico Quimbaya comparten numerosas características tanto con el estilo “suroccidental” como con el “del norte”, a pesar de que estos estilos han sido considerados diferentes e, incluso, sin relación entre ellos. Algunos ornamentos pueden tener correlación con la dispersión de las familias lingüísticas, pero otros ciertamente no. Más aún, las correlaciones estilísticas utilizadas para indicar la dirección de estas supuestas “influencias” son dudosas, dada la falta de contextos arqueológicos claramente establecidos y de fechas confiables. Por lo demás, sugerir que el uso de la orfebrería estuvo relacionado con prácticas chamánicas no permite afirmar que éstas se puedan asociar con una forma específica de

organización social y política (Gnecco 1996); además, no toda la orfebrería fue utilizada en actividades chamánicas. Resulta por lo menos problemático que las deducciones sobre el significado de los objetos de oro hayan sido establecidas a través de cosmologías de sociedades indígenas contemporáneas. Está claro que la metalurgia prehispánica hace parte del dominio de la ideología religiosa, tanto en el pasado (Falchetti 1997; Hosler 1998) como en el presente (Reichel-Dolmatoff 1988; Isacson 1993; Morales 1997). Sin embargo, sin descartar sus profundas raíces de tiempos ancestrales, las cosmologías indígenas actuales se interrelacionan con las condiciones actuales y no con el pasado. Así mismo, los objetos a los que se les ha atribuido un significado “chamanístico” son encontrados dentro de una amplia variedad de sociedades precolombinas, desde las sociedades del período Formativo hasta aquellas diversas y culturalmente distintas encontradas por los españoles en el siglo XVI en lo que hoy en día es Colombia. De esta manera, la presencia de orfebrería –aunque la podamos asociar directamente con la presencia de chamanismo– no nos ayuda a entender cómo y por qué tuvieron lugar el cambio y la diversidad social.

## Antecedentes teóricos

En este artículo quiero plantear algunas formas en las cuales los cambios en la orfebrería se unen a otros tipos de evidencia que en su conjunto pueden ser útiles para entender procesos de cambio político y económico a través del tiempo. Argumento que los cambios en la orfebrería están relacionados con el desarrollo de la complejidad social y, particularmente, con las formas en que las elites adquirieron y mantuvieron el poder. Drennan (1995) ya ha postulado algunas ideas sobre la naturaleza de esos cambios en la región de San Agustín. De acuerdo con Drennan (1995:106) el período Clásico Regional en el Alto Magdalena, que corresponde a la impactante tradición de orfebrería en el suroccidente, se caracteriza por la acumulación limitada de poder personal, pero no de riqueza, lo cual habría mantenido un fuerte carácter individual del poder; en cambio, la institucionalización del liderazgo, así como la diferenciación económica, solamente se desarrollaron durante el Período Reciente, después de 900 d.C., cuando la orfebrería parece haber sido mucho menos espectacular. Aquí planteo que esta interpretación puede ser aplicada con algunas modificaciones a otras zonas arqueológicas en Colombia, aunque en todas ellas se pueden identificar variaciones que son también importantes en relación con la propuesta de Drennan.

Aquí se asume que la introducción de la orfebrería en Colombia corresponde a un período de desarrollo de cacicazgos (Reichel-Dolmatoff 1988:31). Pero estos se entienden aquí tan sólo como sociedades que son extremadamente diferentes entre sí en términos de demografía, economía y política (Drennan 1995). En otras palabras, se les atribuye un significado que de ninguna forma

puede enmascarar profundas diferencias que los arqueólogos deben entender si realmente quieren contribuir a su estudio. La desigualdad entre los cacicazgos puede asumir diversas formas y la manera en que los aspirantes a líderes pueden destacarse son también distintas. Se asume también que, entendiendo las formas en las que se está regularizando el control sobre los recursos, se puede lograr un mejor entendimiento de los procesos de cambio social. En este artículo propongo que en los primeros cacicazgos que se desarrollaron en lo que hoy es Colombia, el prestigio estuvo atado a la carrera política de individuos particulares. La consolidación del liderazgo interno y externo, esencial en el establecimiento del poder institucionalizado, incluyendo el poder hereditario y las posiciones asignadas son aspectos más tardíos (Spencer 1994; Redmond 1998). Sostengo que los cacicazgos con un cargo cacical institucionalizado y un sistema de herencia intergeneracional tuvieron un acceso a los recursos menos individualizado pero más restringido, quizás menos espectacular, pero ciertamente más consolidado.

Siguiendo a Anderson (1994) en esta propuesta se acepta que el poder ideológico permea las relaciones sociales en los cacicazgos más tempranos, mientras que el control económico es el punto básico en los cacicazgos que tienen poder institucionalizado. El liderazgo no institucionalizado debe basarse en una ideología fundada en las creencias de la comunidad. Frecuentemente la ideología en los cacicazgos más tempranos implica activos procesos de competencia por la sacralización de líderes que compiten entre sí; esta competencia, en la mayoría de los casos asume la forma de mediación entre la sociedad y los valores firmemente aceptados acerca de lo sobrenatural (Spencer 1994:34). En el caso de los cacicazgos prehispánicos, algunas formas de chamanismo pudieron ser adecuadas para sustentar el prestigio de los líderes, especialmente, aunque no exclusivamente, entre los cacicazgos más tempranos. En las sociedades que contaban con una fuerte estructura de autoridad se requería un menor esfuerzo para mantener subordinados a los seguidores en términos de los poderes sobrenaturales de cada líder (Anderson 1994:72). En los cacicazgos con poder institucionalizado las formas para mantener el poder eran diversas (Earle 1987); con frecuencia el control de los recursos y del trabajo podían pesar más efectivamente en la competencia cacical que la competencia sobre el solo prestigio (Drennan 1995); tal control implica, frecuentemente, crecientes funciones externas relacionadas con el control del intercambio (Spencer 1994). También se espera que en los cacicazgos con poder institucionalizado el consumo de bienes producidos por especialistas se incremente por fuera de la elite (Wattenmaker 1998:17). Esto no quiere decir que los medios ideológicos de control estén ausentes en los cacicazgos con poder institucionalizado. Las elites de todas las sociedades tienen que confiar en la ideología para alcanzar y mantener el poder (Service 1962; Helms 1981) y ese fue ciertamente el caso para los cacicazgos del siglo XVI descritos por los



esperar la amplia circulación de objetos o de mecanismos de copia de objetos en amplias regiones geográficas.

En el caso de cacicazgos institucionalizados, donde el poder no tiene un efímero carácter personal, no necesariamente se encontrarán objetos de orfebrería de carácter especial, hechos expresamente con el fin de impresionar por su carácter único. Aunque este tipo de piezas se pueda seguir elaborando, se esperaría encontrar otro patrón de producción y consumo. El control sobre la producción implicará un mayor interés por producir más objetos, destinados a un público más amplio. Estos objetos, a su vez, probablemente serán más estandarizados, en la medida en que exista un interés por la producción en serie. Por otra parte, la iconografía de muchos de los objetos elaborados (pero no necesariamente de todos), no reflejará un interés particular por lo sobrenatural y lo exótico. En esta clase de cacicazgos, se puede esperar que, en lugar de encontrar objetos de metal principalmente en tumbas espectaculares, se les encuentre con frecuencia en contextos domésticos. El interés por acumular riqueza, probablemente implique un menor interés por enterrarlos en tumbas de líderes muertos. Cada sistema de producción debería corresponder, por lo menos en principio, a un sistema político. En lugar de amplias regiones donde exista una coincidencia en muchos aspectos de la iconografía orfebre se espera encontrar una clara diferenciación en la esfera del consumo: algunos objetos circularán en los estrechos márgenes de cada cacicazgo, mientras otros, con un carácter iconográfico bastante "neuro" podrán tener una amplia circulación a medida que se amplíen las estrategias de control económico de las elites.

Aunque se puedan identificar similitudes, la forma como las elites mantuvieron su poder es diferente en todas las regiones de Colombia durante el siglo XVI y así debió ser antes de la llegada de los españoles. Al observar el contexto en el que la orfebrería prehispánica ha sido encontrada es posible sugerir algunas de estas diferencias. En un sentido amplio, los líderes de los cacicazgos en Colombia en el siglo XVI poseían formas limitadas por medio de las cuales mantenían su poder. De todas las posibilidades para ejercer el poder sólo era posible practicar un rango limitado. El control sobre el intercambio y la producción de los productos básicos de consumo no tenía probabilidades de llegar a ser importante. El control de los cacicazgos colombianos del siglo XVI sobre una amplia formación de nichos ecológicos era practicado en el nivel familiar, lo cual implicó que cualquier intento por controlar la producción de los productos principales de consumo fuera un asunto muy difícil de tratar (Langebaek 1996a). Sugiero, en cambio, que la especialización artesanal y en algunos casos el intercambio activo sobre distancias cortas pudieron ser mecanismos de control económico más viables. Contrariamente a lo que se ha mantenido en las interpretaciones previas sobre las trayectorias de cambio social en la Colombia prehispánica, se puede argumentar que los cacicazgos tardíos

incrementaron las relaciones exteriores, así como en general los mecanismos de control económico. Estos cambios son, en mi opinión, consistentes con los procesos de crecimiento poblacional (los cuales, en todo caso, no son necesariamente una explicación del fenómeno) y liderazgo político más institucionalizado.

## Algunas consideraciones metodológicas

Para evaluar los cambios sociales y la forma en que se relacionaban con la orfebrería haré énfasis en el uso del oro en tres secuencias del desarrollo de cacicazgos en Colombia. Esta comparación permitirá ilustrar ampliamente las formas del cambio social. Las trayectorias corresponden a las regiones del Alto Magdalena y de Calima, en el sur de Colombia, que se comparan con el caso de los Andes Orientales (Figura 2). Estas áreas, y no otras, fueron seleccionadas porque investigaciones de alta calidad fueron llevadas a cabo allí durante los últimos años y todas ellas incluyen algunos de los hallazgos de objetos de oro mejor documentados. Así mismo, el tipo de investigación arqueológica llevada a cabo en estas regiones permite estudios comparativos en términos de algunos puntos básicos relacionados con el desarrollo cacical, como patrones de asentamiento y demografía.

Algunas limitaciones en la calidad de la información arqueológica son ciertas para cualquier estudio que trate sobre la orfebrería en Colombia, incluyendo este. Muchos objetos no tienen un contexto arqueológico, el número de las fechas de radiocarbono asociadas con la orfebrería es muy escaso y la investigación sobre prácticas mortuorias en Colombia es limitada. Como resultado, casi todas las investigaciones se han concentrado en el estudio de colecciones que frecuentemente carecen, inclusive, de la información más básica acerca de su procedencia, cronología y contexto de asociación. A pesar de todos los vacíos en la información arqueológica, sin embargo, mediante la observación del contexto de hallazgos de objetos prehispánicos de metal es posible sugerir cambios con respecto a la forma en que fueron usados en el pasado. No entiendo “contexto” solamente como grupos de artefactos encontrados en el mismo lugar, ni como las comparaciones estilísticas entre objetos encontrados en diferentes lugares. Además de estas consideraciones incluyo el contexto social de las sociedades que produjeron la orfebrería; esto es, los datos arqueológicos y etnohistóricos sobre patrones de asentamiento, demografía y organización social que se han venido acumulando durante años y que han sido escasamente comparados con lo que los arqueólogos conocen acerca de la orfebrería.



Figura 2. Areas arqueológicas consideradas en el texto.

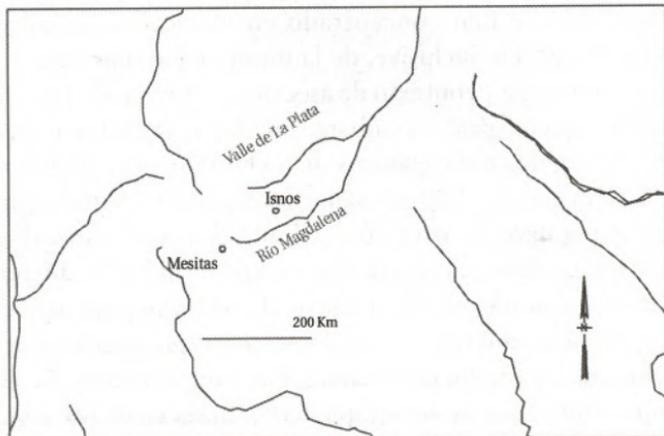


Figura 3. Area del Alto Magdalena.

## La región del Alto Magdalena

Duque (1966) y, más recientemente, Llanos (1994) y Drennan (1993, 1995) son los investigadores que han llevado a cabo la mayor parte de la investigación arqueológica en la región del Alto Magdalena, incluyendo San Agustín y el Valle de La Plata (Figura 3). Por años, el énfasis principal ha sido el estudio de tumbas y estatuas, así como la construcción de una cronología regional. Las tumbas monumentales fueron usadas en San Agustín entre los años 1 y 900 d.C., durante el período conocido como el Clásico Regional. Después de 900 d.C. la ocupación humana es conocida como Tardío o Reciente (Drennan *et al.* 1991; Drennan 1993). El Clásico Regional ha sido tradicionalmente interpretado como una especie de cúspide cultural. Se ha sugerido que después del 900 d.C. las sociedades del Alto Magdalena entraron en un período de crisis y que un grupo de chamanes que controlaba el territorio fue reemplazado por pequeños cacicazgos guerreros, probablemente invasores de las tierras bajas orientales, que abandonaron la construcción de los impresionantes montículos funerarios y estatuaria (Llanos 1994:116). San Agustín fue, probablemente, la primera región en Colombia en la que los desarrollos que antecedieron a la conquista española han sido interpretados como el resultado de invasiones o, en términos más generales, como algún tipo de decadencia. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas recientes sugieren una explicación diferente (Drennan 1995).

Los impactantes montículos del Clásico Regional con estatuas y tumbas de lajas han sido investigados por Duque (1966) y por Duque y Cubillos (1979). La evidencia de prácticas mortuorias muestra agrupaciones de entierros en grupos que van desde un túmulo y media docena de estatuas hasta diez túmulos y varias docenas de estatuas (Drennan 1995:89). Estas agrupaciones están asociadas a una intensa ocupación humana y a actividades domésticas. De hecho, la distribución de las estatuas y de los túmulos corresponde a concentraciones poblacionales en el nivel regional. Las elaboradas tumbas encontradas en San Agustín parecen corresponder a las de los líderes. Estos monumentos suministraban, probablemente, un recordatorio de la importancia de líderes específicos del pasado, seguramente importantes en sociedades en las que el liderazgo no está altamente institucionalizado y en cambio conserva un carácter eminentemente personal y basado en las rivalidades del status (Drennan 1995:94). Los datos sobre las excavaciones de los espacios domésticos del Clásico Regional no suministran evidencia de una intensiva especialización artesanal (Jaramillo 1996). La investigación arqueológica en Mesitas, uno de los lugares más importantes con evidencias de montículos y estatuaria, indica que durante el Clásico Regional las diferencias en la productividad agrícola entre el asentamiento asociado con montículos y la periferia no eran significativas. (González 1998:253). Esta investigación también ha sugerido que aunque algunos espacios domésticos estaban involucrados en producción artesanal su

posición en la comunidad no parecía provenir de esa actividad. Algunas tumbas muy elaboradas de la región del Alto Magdalena no contienen ninguna evidencia de ofrendas. Para Drennan, esto quiere decir que las bases de adquisición y mantenimiento del liderazgo no estuvieron mediadas por la acumulación de riqueza; es más probable, en cambio, que algunos medios de control más “ideológicos” estuvieran operando. Adicionalmente, los temas presentes en la estatuaria, algunas veces inspirados en motivos de las tierras bajas, probablemente sirvieron para santificar un orden social y el rol de los líderes.

Aunque es cierto que la evidencia arqueológica indica que la orfebrería fue incluida como ofrenda únicamente en algunas pocas tumbas, y en muy pocas cantidades, es posible que estemos minimizando la importancia de la metalurgia durante el período Clásico Regional. Los montículos son tan conspicuos y han sido saqueados tantas veces desde hace siglos, que es difícil argumentar que la metalurgia no fue importante en la región durante este período. De cualquier manera, buena parte de los escasos adornos de oro encontrados en San Agustín están asociados con los monumentos funerarios y pertenecen al período en el que fueron construidos los montículos (Duque 1966:409-14). Algunos de los ornamentos exhiben rasgos que se encuentran en estatuas de piedra encontradas con frecuencia en los montículos funerarios. Duque (1966:407-8) reportó una diadema encontrada en la tumba 19 de la Mesita B que se asemeja a las representadas en las estatuas. Un collar encontrado en el mismo entierro incluye una pequeña representación de un ave, similar a la estatua encontrada en el mismo montículo. Otra diadema de la tumba 13 se asemeja, claramente, a una estatua encontrada cerca, en la Mesita A (Duque 1966:408). En la Mesita A algunas placas de oro fueron encontradas en un entierro y fueron fechadas en  $40 \pm 40$  d.C. (Duque y Cubillos 1979:25, 223). Duque también ha reportado restos de oro y de alambre, así como los restos de un crisol, cerca a la Mesita B, probablemente pertenecientes a un taller de orfebrería, con una fecha del  $10 \pm 50$  a.C. (Duque 1966:409), en el comienzo del Clásico Regional. También se encontró un crisol como ofrenda en la tumba 2A, relacionada con la Mesita B (Duque 1966:409). Bray (2000:107) reporta el hallazgo de conjuntos de adornos de metal encontrados en asocio con estatuas en Isnos.

Muchos de los objetos de orfebrería encontrados en el Alto Magdalena muestran “relaciones” con otras regiones (Pérez de Barradas 1957; Langebaek 1993; Bray 2000). Las diademas encontradas tienen en algunos casos forma de H, como las encontradas en la región del Valle del Cauca correspondiente a la región llamada Calima; algunas de las cuentas son semejantes a las que han servido para definir el estilo Tolima. Los hallazgos de objetos de metal asociados a conjuntos de estatuas en Isnos han sido comparados con adornos excavados en Malagana, sitio ubicado cerca de Palmira en el Valle del Cauca.

La construcción de monumentos funerarios cesó después del Clásico Regional. Así mismo, la cantidad de adornos de oro reportados para el Período Reciente,

es muy baja; además, los objetos encontrados corresponden a pequeñas narigueras de tumbaga, halladas tanto en tumbas como en contextos domésticos. A diferencia de algunos de los adornos encontrados junto con estatuas o montículos, los objetos de orfebrería tardíos del Alto Magdalena corresponden a objetos para los cuales es difícil trazar relaciones estilísticas con objetos específicamente clasificados como Calima, Malagana o Tolima. Por el contrario, se trata de narigueras genéricas, tan fáciles de encontrar en diferentes regiones del país (descritas por Pérez de Barradas como estilo “invasionista”). Sin embargo, la noción de decadencia cultural, o en su defecto, el arribo de nuevos grupos con una organización social menos jerarquizada, no es consistente con la evidencia arqueológica. La población regional continuó creciendo, y mientras algunos grandes centros del Clásico Regional eran abandonados otros surgían (Drennan *et al.* 1991:314). Las prácticas mortuorias también cambiaron: no estuvieron caracterizadas por monumentos impactantes, pero las tumbas frecuentemente incluían gran cantidad de recipientes. Esto puede indicar que la aspiración personal de legitimación era, probablemente, menos importante y que el liderazgo recaía más en las bases colectivas que en las personales (Drennan 1995:95). Otra investigación llevada a cabo en el Alto Magdalena coincide con esta interpretación. Un estudio reciente sobre la producción de cerámica en la región realizado por Taft (1993) sugiere que durante el Clásico Regional la competencia entre redes de producción de cerámica se incrementó, con muy poco control centralizado sobre la producción. En contraste, durante el período Reciente la producción de cerámica muestra evidencia de haber sido controlada en forma más centralizada; además, la red de distribución local de cerámica fue mayor que cualquier otra red de períodos anteriores.

En resumen, el proceso de surgimiento de cacicazgos en el Alto Magdalena sugiere un desarrollo temprano de formas de poder no institucionalizadas, marcadas por el carácter personalizado del mismo. Sólo después, durante los últimos siglos antes de la conquista española, se desarrollaron formas institucionalizadas de liderazgo, al tiempo que se consolidó la especialización artesanal. Paradójicamente, sin embargo, las primeras formas de poder han dejado manifestaciones monumentales –estatuas y montículos– que sin un análisis de su contexto podrían asociarse a sociedades más complejas y diferenciadas que las que encontraron los españoles.

## La región Calima

El término Calima ha sido utilizado para describir la región arqueológica que rodea los pueblos de Restrepo y Darién, en el Valle del Cauca (Figura 4). En esta área se llevó a cabo una intensa investigación arqueológica durante los años setenta y ochenta. Esta investigación definió tres períodos arqueológicos, aparte de evidencias de cazadores-recolectores. La primera ocupación con cerámica

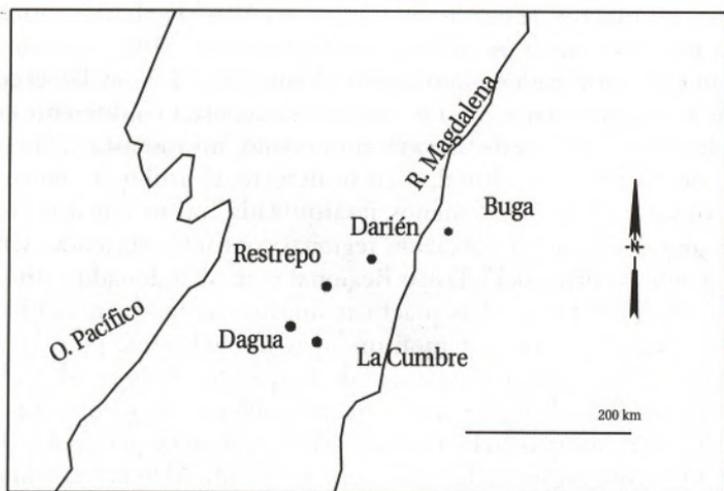


Figura 4. Sitios de la Región Calima.

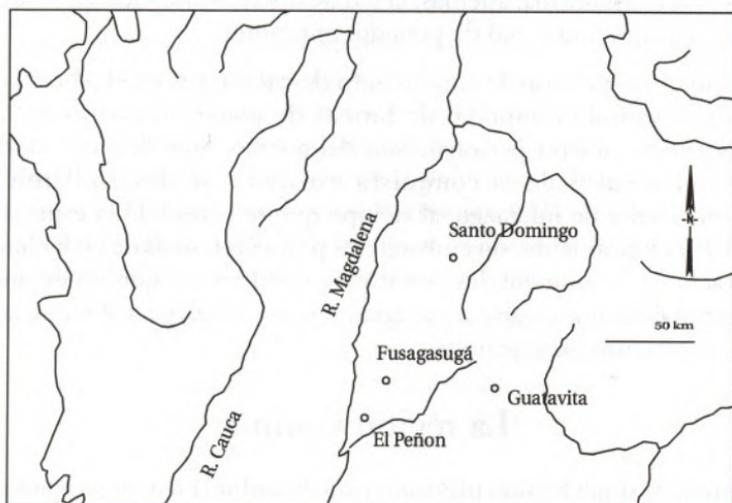


Figura 5. Sitios con orfebrería temprana en los Andes Orientales.

data del primer milenio antes de Cristo y culmina hacia los inicios de la era cristiana. Cerca de treinta sitios de este período, conocido como Ilama, fueron reportados en 1988. Casi todos los sitios incluían cementerios (Bray *et al.* 1988:3) que parecen consistir en agrupaciones de dos a ocho entierros, aunque ocasionalmente se han encontrado más de treinta. Sin embargo, la información acerca de los entierros Ilama es insuficiente (Bray *et al.* 1988; Rodríguez y Salgado 1990). Algunos ornamentos de oro han sido encontrados con cerámica Ilama pero no hay razón, por ahora, para creer que la orfebrería en la región Calima sea tan antigua como la cerámica Ilama. En otras palabras, no es claro si la cerámica Ilama más antigua es tan temprana como la orfebrería Ilama. Hasta ahora, la orfebrería de mayor antigüedad es el fragmento de una trompeta fechado en  $210 \pm 80$  d.C., asociado a la cerámica Yotoco del período siguiente (Cardale *et al.* 1989:57).

Los entierros Ilama son, con mucha frecuencia, de pozo con cámara lateral, y tienen de 1.5 a 2.0 m de profundidad. Usualmente las ofrendas consisten en uno o dos recipientes, aunque algunas veces no hay ningún ajuar (Salgado y Rodríguez 1989:123-24). Sin embargo, existen reportes de entierros considerablemente más grandes y ciertamente más impresionantes. En Llano Grande, cerca a Restrepo, dos grandes entierros (uno de 8 m de profundidad con cámara alta de  $3 \times 3 \times 1.2$  m y el otro algo más pequeño) fueron encontrados con una máscara de oro cada uno (Cardale *et al.* 1989:63). Esta información marca un contraste entre entierros “ricos” y “pobres”. En El Topacio hay un cementerio Ilama con seis tumbas investigadas, todas ellas de pozo con cámara lateral. Cuatro tumbas contenían alcarrazas de doble vertedera y con asa-puente modeladas en forma de pájaros carpinteros, una en forma de paloma y otra de armadillo; las figuras antropomorfas están ausentes (Bray *et al.* 1988:6). Otros bienes funerarios del período Ilama incluyen pipas, probablemente asociadas al consumo de drogas narcóticas, así como una amplia variedad de representaciones zoomorfas y antropomorfas hechas en arcilla. La información disponible indica que los ornamentos de oro se encuentran asociados con los entierros más grandes y que en algunos casos en entierros de la elite se han encontrado ofrendas que no han sido descritas en ningún otro lugar del territorio Ilama (Cardale 1992:57).

Durante el período Yotoco, ubicado entre los inicios de la era cristiana y el año 1200 d.C., se reporta una probable intensificación de la agricultura así como un eventual crecimiento de la población (Bray 1988:9). Las tierras pantanosas en el valle de El Dorado fueron drenadas y utilizadas como campos para el cultivo de maíz; así mismo, fue construida una red de caminos que conectaba el Cauca Medio con otras regiones del sur de Colombia (Herrera *et al.* 1982; Cardale 1996). Algunas evidencias sugieren que Yotoco es una continuación del período Ilama, considerando que algunos sitios arqueológicos, incluyendo cementerios, frecuentemente contienen bienes de ambos períodos (Cardale 1992:57) y que existe alguna continuidad entre los estilos de orfebrería y de cerámica (Cardale

*et al.* 1989a). Como sea, para el período Yotoco existen evidencias de diferencias sociales. Los entierros son similares a los del período Ilama pero la orfebrería es más impactante y los símbolos de status son más grandiosos; en este sentido se han reportado diademas espectaculares, orejeras, pectorales y brazaletes de oro martillado. También se encontraron botellas finamente elaboradas y vasijas asociadas a la masticación de coca (Bray 1988:9). La cerámica Yotoco también es cuidadosamente elaborada y frecuentemente está cubierta con un baño blanco lustroso y pintura roja con diseños curvilíneos. Es importante resaltar que el acceso a estos bienes estaba limitado a un pequeño número de individuos. Casi todos los entierros Yotoco contienen uno o dos recipientes; sólo unos pocos han sido encontrados con grandes cantidades de ricos adornos de oro y espectaculares ejemplos de cerámica.

Dos rasgos parecen ser los más impactantes con respecto a las ofrendas funerarias del período Yotoco. Primero, como ha sido reportado para el período Ilama, algunos entierros son más elaborados que otros y parece posible que algunos entierros individuales contuvieran adornos especiales que no se encontraban en ningún otro lugar. Parece que algunas diferencias tipológicas pueden ser reconocidas en términos de elaboración de entierros en diferentes cementerios. Varios ejemplos se pueden citar al respecto. En la Hacienda Samaria los cuatro entierros Yotoco investigados son diferentes de otros entierros del mismo período en la región Calima (Salgado y Rodríguez 1989:124). En La Primavera, más de 21 objetos de oro fueron hallados en una misma tumba. A diferencia de otros hallazgos realizados en el territorio Calima, seis de las piezas corresponden a estatuillas en posición hierática y representan personajes sentados (Pérez de Barradas 1954; Plazas 1983). La impresionante orfebrería Yotoco y, en general, los bienes asociados con la elite no son siempre de total inspiración local, o por lo menos manifiestan relaciones con rasgos iconográficos de la orfebrería o talla en piedra de otros lugares. Las estatuillas encontradas en La Primavera son similares a las estatuas y algunas estatuillas de oro encontradas en San Agustín (Pérez de Barradas 1954). De hecho, muchos rasgos iconográficos de la orfebrería Yotoco son compartidos con la estatuaria del Alto Magdalena (Pérez de Barradas 1954:324) o con la orfebrería excavada en Malagana (Archila 1996; Legast 1999; Bray 2000). También existen similitudes con sitios de la zona llamada Quimbaya, ubicada más al norte. En La Badea (Dosquebradas, Quindío) fue encontrado un impresionante entierro con ofrendas de oro (Cardale *et al.* 1988) que incluían dos placas antropomorfas, tres pinzas, dos pectorales redondeados, una diadema en forma de H, así como varios collares hechos con piedra verde y cuarzo. Estos hallazgos son similares a otros realizados en otras áreas del suroccidente colombiano. Las pinzas son idénticas a algunas encontradas en la región Calima durante el período Yotoco, como también es el caso de las cuentas de cuarzo. Por otro lado, la diadema en forma de H se encuentra en la iconografía de Calima, de San Agustín y de Tierradentro. Las

dos figuras antropomorfas son similares a las halladas en el valle del Magdalena, aunque de ninguna manera idénticas a cualquier otro objeto encontrado en esta área.

El último período arqueológico anterior a la conquista española en la región Calima ha sido llamado Sonso (ubicado entre el 1000 y el 1600 d.C.); éste, probablemente, representa una de las muchas manifestaciones regionales que incluyen desarrollos en una amplia área del suroccidente colombiano a lo largo del río Cauca (Rodríguez 1985; Bray 1989, 1992a), una región que en el momento de la conquista española incluía varios cacicazgos distintos (Romoli 1974). En contraste con la impresionante orfebrería y cerámica Yotoco del período anterior, la cerámica y la orfebrería Sonso son menos diversas e impresionantes; los adornos de oro encontrados en entierros son raros y con frecuencia consisten en narigueras de tumbaga, en contraste con la impresionante orfebrería Yotoco (Scott 1981:22). Los arqueólogos han interpretado tradicionalmente este cambio como una evidencia de la decadencia en relación con la ocupación Yotoco. Una sociedad menos "brillante", el período Sonso representaría la llegada de invasores de otras áreas que reemplazaron a los habitantes Yotoco (Cardale *et al.* 1989a; Gahwiler 1992:127). Sin embargo, la información arqueológica sugiere que en vez de decadencia Sonso puede representar un período en el que las diferencias sociales existían pero eran expresadas de una manera distinta. Por un lado, es durante el período Sonso que las grandes plataformas de más de 100 m de largo fueron construidas en la cima de las colinas, demostrando una impresionante capacidad de movilización de trabajo. Si bien la transformación del paisaje agrícola es conocida para el período Yotoco nada se compara con la inversión de trabajo hecha por la población Sonso para cultivar (Herrera 1992:156). Las estructuras de las casas son más numerosas y variadas que las de Yotoco. Aunque no se dispone de cálculos demográficos, la población probablemente era mucho mayor que durante los períodos anteriores. Los sitios Sonso parecen ser más numerosos y más grandes, a pesar del hecho de que el Sonso es el período arqueológico más corto de la región Calima (Salgado y Rodríguez 1989:124; Gahwiler 1992:137).

La mayoría de entierros Sonso son de pozo con cámara lateral, de entre 4 y 15 m de profundidad. Sin embargo, existen grandes diferencias que parecen ser de carácter regional, incluso sobre distancias cortas. En el valle de Calima han sido reportados entierros de pozo con cámara lateral (Caldas *et al.* 1972:27). Los entierros en sarcófagos de madera parecen ser más corrientes en la región cercana a Darién (Gahwiler 1992:138), mientras que en Guabas predominan los entierros secundarios con grandes urnas (Gahwiler 1983; Rodríguez 1989:74). En Buga fueron encontrados entierros de pozo con cámara lateral sin urnas de entre 5 y 10 m de profundidad (Rodríguez 1989:82-3). Estas evidencias coinciden con la idea de la conformación de dominios territoriales correspondientes a cacicazgos relativamente pequeños. Otros entierros muestran diferencias individuales. En casi todos los casos éstas se relacionan con la profundidad pero, por lo menos en

uno de los entierros encontrados en Rancho Grande, en La Cumbre, una figura antropomorfa es única para este período (Gahwiler 1992:141-2). Los bienes funerarios son calificados de “pobres” en relación con los períodos anteriores. Además de la cerámica, algunos entierros incluyen propulsores y duhos de madera. Los entierros pobres y los ricos no difieren demasiado en términos de la calidad de los objetos pero sí en términos de la cantidad de las ofrendas. Las urnas funerarias muchas veces no se diferencian de los recipientes domésticos y frecuentemente contienen los restos de más de un individuo. Los adornos de oro son, con frecuencia, narigueras de tumbaga y la iconografía carece de motivos exóticos; son escasos en los entierros pero en cambio están frecuentemente representados en la cerámica y han sido encontrados en contextos domésticos. Muchas veces, los adornos de oro no se diferencian en los entierros pobres y ricos, como en el caso de la cerámica, pero las cantidades sí son diferentes. En el cementerio de Guabas fueron excavadas quince tumbas y sólo dos contenían adornos de oro; una incluía trece objetos metálicos mientras la otra solamente incluía un arete pequeño (Rodríguez 1985:51). Un entierro Sonso encontrado en Darién contenía un sarcófago de madera, un propulsor de madera, las partes de tres dardos y seis recipientes (Schuler-Schomig 1981). Otras tumbas del período Sonso usualmente contienen un solo recipiente. En algunos casos los entierros no tienen cámaras asociadas, en cuyo caso es frecuente no encontrar ningún tipo de ofrenda (Gahwiler 1992:137).

Los desarrollos prehispánicos en la región Calima son, en algunos aspectos, similares a los del Alto Magdalena, aun cuando tienen algunas características propias también. Al igual que en el Alto Magdalena, es dudoso que el último período prehispánico represente una “decadencia” con relación a los períodos previos. Por el contrario, Sonso representa nuevas formas de poder probablemente más institucionalizadas que las que se desarrollaron en Ilima y Yotoco. El uso de la orfebrería en la región indica que al menos durante el período Yotoco piezas espectaculares, con un diseño estandarizado, eran utilizadas ampliamente (no por toda la población), pero la existencia de algunas piezas especiales parece haber marcado diferencias individuales. En muchos casos la orfebrería Yotoco se inspira en diseños foráneos, lo cual es consistente con un sistema de liderazgo competido y poco institucionalizado. Aunque la orfebrería sonso no es tan impresionante, sus características son consistentes con la propuesta de un liderazgo institucionalizado.

## Andes Orientales

La sociedad muisca de los Andes Orientales, (Figura 5) fue descrita por los españoles como una de las más complejas del norte de Suramérica. En este caso, la investigación arqueológica ha identificado tres períodos, además de una ocupación por parte de cazadores-recolectores. El llamado período Herrera

corresponde a la introducción de la cerámica y de la agricultura en los Andes Orientales. La cronología de este período es aún poco clara: termina, con alguna certeza, cerca el 800 d.C., pero cuándo inició aún es motivo de controversia: algunos lo hacen llegar hasta el 800 a.C. o incluso antes; otros, probablemente con argumentos más sólidos, prefieren fechas más conservadoras (Langebaek 1995). El caso es que las fechas más antiguas probablemente se concentran en el 300 a.C. Este período fue seguido por los períodos Muisca Temprano (800-1000 d.C.) y Muisca Tardío (1000-1600 d.C.). En el Valle de Fúquene, donde se llevó a cabo un reconocimiento regional sistemático (Langebaek 1995), el período Herrera tuvo una modesta población que se asentó en pequeñas aldeas cerca a los suelos más fértiles de la región. Igual situación se ha reportado en el Valle de Leiva (Langebaek y Giraldo 2001). El período parece corresponder a sociedades donde no se habían desarrollado jerarquías a escala regional, ni cacicazgos con un control territorial. Los cambios del período Muisca Temprano en el registro arqueológico de ambas regiones son indicativos de una creciente complejidad social, aunque aún no se habían desarrollado jerarquías de asentamiento a nivel regional. Se reporta un importante crecimiento de población así como la introducción de una amplia variedad de formas de cerámica, algunas de las cuales están, probablemente, relacionadas con el incremento de las festividades. Los patrones de asentamiento en Fúquene sugieren que la mayor parte de la población del Muisca Temprano no vivía cerca a las tierras agrícolas de mejor calidad. Más bien, los patrones de asentamiento son indicativos de un activo proceso de competencia social, incluso de guerra, razón por la cual se seleccionaron sitios fáciles de defender. En cambio en el Valle de Leiva, la población parece haberse concentrado en dos sitios fértiles –Suta y El Infiernito– sin que aún sean claras las razones para ello. Las fechas de radiocarbono disponibles son consistentes con la idea de que la momificación, el intercambio de larga distancia de conchas marinas y la orfebrería fueron introducidos precisamente durante finales del período Herrera e inicios del período Muisca Temprano. También se ha sugerido que la construcción de El Infiernito, un recinto rodeado por impresionantes disposiciones de piedra (quizá la construcción prehispánica más impactante encontrada en los Andes Orientales), corresponde a este período.

Muy probablemente, el desarrollo de cacicazgos con dominio regional y jerarquías internas de asentamiento corresponde al período Muisca Tardío (Langebaek 1995; Langebaek y Giraldo 2001). Para esta época se puede hablar, tanto en Fúquene como en el Valle de Leiva, de cacicazgos, que probablemente no tenían control sobre áreas más grandes que 15 ó 20 km<sup>2</sup> y una población que no pasaba de las 3.000 personas. En todo caso, la información arqueológica sugiere un contraste entre las estrategias de adquisición y mantenimiento del prestigio durante los períodos Temprano y Tardío. Durante el período Muisca Tardío hubo un considerable incremento de la población, así como la evidencia

de un intercambio interregional de cerámica que no ha sido reportado para el período Muisca Temprano. Se ha sugerido que durante el período Muisca Temprano se desarrolló una activa competencia, la cual enfatizó el carácter individual de ciertos líderes; sin embargo, el control sobre las mejores tierras para la agricultura o sobre el trabajo no estaba desarrollado en ese momento, al menos en el caso de Fúneque. En contraste, las grandes aldeas del Muisca Tardío, asiento del poder cacical, estaban ubicadas en las inmediaciones de las mejores tierras agrícolas en el momento de la conquista española. Tanto las terrazas agrícolas como los camellones han sido reportados para este período (Broadbent 1968). Además, la información arqueológica ha documentado la existencia de áreas especializadas en la producción de cerámica (Falchetti 1975) y de volantes de huso (O' Neal 1972). Por evidencias etnohistóricas, un desarrollo similar se puede inferir para el caso de la producción de textiles (Langebaek 1987).

De acuerdo con los españoles, el status de los líderes se podía estimar en términos de su habilidad para atraer a la población a vivir en sus aldeas. La evidencia etnohistórica sugiere que los líderes muisca podían movilizar fuerza de trabajo para construir grandes empalizadas de madera y para trabajar en sus tierras, acumulando excedentes de la producción bajo su control. Parte de ese excedente era utilizado en el mantenimiento de especialistas adscritos al poder político, entre los cuales se incluían orfebres, tejedores y mujeres a cargo de la producción de chicha para el pueblo. El poder político probablemente se encontraba institucionalizado: los cargos altos eran heredados a través de líneas matrilineales.

En un trabajo anterior (Langebaek 1990a) se ha sugerido que existe un conjunto de piezas orfebres encontradas en los Andes Orientales que se puede diferenciar de la orfebrería tardía que corresponde al período Muisca Tardío. Las fechas más tempranas asociadas a la orfebrería en los Andes Orientales son  $620 \pm 100$  d.C. (Mielke y Long 1969:183),  $645 \pm 95$  d.C. (Plazas 1975:53; Reichel-Dolmatoff 1987:178),  $800 \pm 60$  d.C. (Falchetti 1989:8),  $860 \pm 100$  d.C. (Mielke y Long 1969:173) y  $960 \pm$  d.C. (Reichel-Dolmatoff 1987:178). En su conjunto, estas fechas corresponden a la parte final del período Herrera y al inicio del período Muisca Temprano. En algunos casos, no se conocen las características de los adornos de metal asociados con estas fechas de C14; en otras ocasiones carecemos de información acerca de su contexto. Las dos fechas más tempranas, una de un entierro en Santo Domingo y la otra de Guatavita, fueron obtenidas del núcleo de madera de unas narigueras diferentes de cualesquiera otras encontradas en los Andes Orientales, pues las narigueras muisca eran usualmente planas y carecían de cualquier tipo de núcleo. Otros hallazgos de lo que probablemente corresponde a la orfebrería temprana provienen de Fusagasugá y El Salitre (El Peñón, Cundinamarca). El primero incluye una estatuilla antropomorfa, tres en forma de ave y otra en forma de animal con la

cola levantada. El segundo es un pendiente antropomorfo (Langebaek 1990a:205, lámina 1). Todos estos adornos son distintos de la orfebrería tardía y en cambio resultan similares, aunque de ninguna manera idénticos, a hallazgos del llamado estilo Quimbaya Clásico, que ha sido encontrado en el Cauca Medio, Antioquia y el Valle del Magdalena (Castaño 1988).

Si la orfebrería del Muisca Temprano puede ser comparada con el estilo Quimbaya Clásico, la orfebrería del Muisca Tardío es una de las más características del norte de Suramérica. A pesar de que los muisca carecieron de fuentes de oro en su territorio, los documentos españoles describen una intensa actividad orfebre. Las figuras mejor conocidas son los tunjos, objetos votivos planos hechos de oro, cobre o, con más frecuencia, de tumbaga, que representan figuras de guerreros con cabezas de trofeo, mascadores de coca, armas, recipientes miniatura y animales. La mayoría de veces la orfebrería no se depositó en los entierros. Los tunjos se encuentran, usualmente, como ofrendas en cuevas y hoyos e, inclusive, en los desechos dejados en las plataformas de vivienda (González 1991). De acuerdo con documentos del siglo XVI el acceso a los tunjos no estaba limitado a la elite. Los conquistadores españoles escribieron que los comuneros muisca tenían acceso a los tunjos metálicos y que estos eran fabricados especialmente como ofrendas para una amplia proporción de la población.

Además de los tunjos también se encuentran narigueras planas, pectorales y otros adornos. Algunas evidencias etnohistóricas sugieren que el uso de tales adornos de oro sí estaba limitado a la elite (Jiménez de Quesada, en Ramos 1972:298; Cey 1995:119). Los documentos sugieren que grandes cantidades de oro y de tumbaga eran acumuladas como riqueza personal por los líderes y pasados de generación en generación, tal como fue descrito en el caso de los tejuelos de oro, varios m de collares y sonajeros heredados del jefe de Guasca a su sucesor (AGN Vis Cund 10 f 708tr). Las crónicas españolas también describen grandes depósitos llenos de oro, de cuentas de piedra, de textiles y de conchas marinas que eran de propiedad de los caciques. Las ofrendas de oro elaboradas para los comuneros no se acumulaban sino que se depositaban en lagos, cuevas y otros lugares de difícil acceso (Simón 1983:377).

Una parte de la información etnohistórica es lo suficientemente detallada como para describir algunos de los procesos económicos de producción de objetos de oro. Las crónicas mencionan lugares que se especializaban la producción de adornos de oro, así como, al menos, dos tipos de especialistas en la producción de oro (Langebaek 1987b). Algunos eran especialistas en la producción de figuras votivas (tunjos o santillos) y, aparentemente, trabajaban en centros especializados, como Guatavita. Otros se especializaban en la producción masiva de adornos de oro con la ayuda de matrices de piedra y, probablemente, vivían en buena parte de las aldeas en las que la población muisca se había asentado

(Langebaek 1987b:49). En algunos casos se ha reportado que los caciques tenían especialistas adscritos a su servicio a cargo de la producción de adornos de oro (Cortés 1960; Rojas 1965).

Los cambios ocurridos en los Andes Orientales corresponden a una cronología muy diferente a la que se puede identificar en el Alto Magdalena y la región Calima. Sin embargo, algunas características son comunes a la hora de comparar las primeras formas de liderazgo con las que encontraron los españoles en el siglo XVI. Al igual que en esas dos regiones, en los Andes Orientales las primeras formas de poder parecen indicar un bajo nivel de institucionalización y la realización de obras de carácter monumental. Así mismo, el último período prehispánico marca el final de obras suntuarias monumentales y el desarrollo del liderazgo institucionalizado. El oro, relativamente escaso en la región, parece haber sido de uso común entre la población a la llegada de los españoles, pero no así la de ciertas clases de adornos, restringidos a las elites.

## Conclusiones

La información disponible ayuda a definir tanto los contrastes como las similitudes entre los varios cacicazgos de la Colombia prehispánica. Las trayectorias del cambio social en Colombia no están bien fechadas pero parece razonable argüir que hay diferencias cronológicas en el desarrollo de la orfebrería temprana y, probablemente, también de los cacicazgos tempranos. En todas las regiones las primeras evidencias de diferenciación social ocurren al principio de secuencia. En todos los casos, Calima, Alto Magdalena y Andes Orientales, la densidad de la población parece haber sido baja inicialmente y la orfebrería fue introducida bastante más tarde que el inicio de las primeras evidencias de poblaciones agricultoras y alfareras. En todos los casos parece probable que las diferencias internas en cada comunidad se desarrollaron temprano, mucho antes de que se pueda hablar de cacicazgos caracterizados por la consolidación de un poder centralizado a escala regional. A pesar de las diferencias en cronología y del contraste en algunas de las más notables evidencias de monumentalidad (montículos y estatuaría en el Alto Magdalena; impactantes adornos de cerámica y metal en Calima; El Infiernito, en los Andes Orientales) los cacicazgos tempranos están asociados en las tres regiones arqueológicas aquí estudiadas a una impresionante inversión de energía en las prácticas mortuorias.

En todos los casos de cacicazgos tempranos descritos en este artículo existen evidencias de la naturaleza fuertemente individualista de las elites, aunque no siempre este carácter se manifestó en evidencias monumentales como fue el caso del Alto Magdalena. Los objetos encontrados en los entierros son, con frecuencia, completamente distintos de cualquier otro excavado en la misma región. Los bienes encontrados en entierros Ilima, Yotoco y del Clásico Regional



pero sugestiva: aparte de algunos objetos aislados, como un equipo metalúrgico llama y el hecho de que un taller temprano de orfebrería fue encontrado en San Agustín asociado a un montículo y entierro de elite, ningún otro taller ha sido hallado. En cualquier caso, la producción de adornos de oro parece que fue muy limitada, precisamente porque eran objetos de elite cuyo uso se encontraba limitado a unos cuantos individuos que eran enterrados con esos objetos. La única forma en que estos artesanos tempranos tuvieron un “mercado” fue debido al hecho de que los líderes prominentes morían y, con ellos, sus bienes de elite. El hecho de que en tantos casos de desarrollo temprano de cacicazgos, los objetos de metal fueran enterrados (presumiblemente con quienes los usaron o mandaron a hacer objetos como parte de su ajuar funerario) puede indicar que el liderazgo era tan efímero como su vida. Ciertamente, no pasaron a ser parte de un conjunto de objetos que se heredaron de generación en generación.

Los contrastes con los cacicazgos tardíos son evidentes en las tres regiones aquí estudiadas. Los materiales que previamente se asociaron a las elites (i.e. oro o piedras preciosas) fueron después extensamente utilizados por mucha más gente que simplemente los líderes. Con mayor frecuencia los adornos de oro no se enterraban; en cambio, muchas veces eran heredados y acumulados por los que vivían. En el caso muisca, el uso de adornos de oro no estaba limitado a la elite; el hecho de que las narigueras se representen frecuentemente en la cerámica sonso sugiere que esto también debió suceder en la región Calima. Esta información es consistente con la idea de un incremento en la producción (¿y especialización?) artesanal. A pesar de que algunos objetos eran consumidos únicamente por la elite, la producción se especializó y se dirigió al abastecimiento de un gran número de consumidores. La cerámica muisca tardía, calima sonso y del Reciente del Alto Magdalena, se estandarizó tanto que es legítimo inferir la existencia de centros dedicados a su producción. En el territorio muisca han sido reportados lugares dedicados a la producción de grandes cantidades de recipientes, ofrendas de oro y volantes de huso. En el Valle de La Plata solamente en el último período precolombino prevaleció en la región una red de distribución de cerámica desde un único centro de producción (Taft 1993).

Otro rasgo común de los cacicazgos tardíos es que la mayoría de la fuerza de trabajo no se destinaba a la construcción de monumentos sino a la de obras dedicadas a la producción de alimentos. En Calima el paisaje se transformó, como nunca antes, por las prácticas agrícolas. En los Andes Orientales los montículos y terrazas también están relacionados con la agricultura en tiempos previos a la llegada de los españoles. Reconocimientos arqueológicos en el Alto Magdalena y en los Andes Orientales sugieren que los asentamientos no estaban orientados hacia el control de la explotación de los mejores suelos durante el período de surgimiento de cacicazgos tempranos. En contraste, por lo menos en el caso muisca, parece que en el siglo XVI las grandes aldeas y los asentamientos de los caciques estaban localizados sistemáticamente en algunos

de los mejores suelos de la región. Evidencias para uso intensivo del suelo parecen asociados en el Alto Magdalena más que todo al período Reciente (Sánchez este número).

En unos pocos documentos se describe en detalle la producción de ornamentos de metal en el norte de Suramérica, pero los únicos dos que describen quiénes estaban a cargo de la producción mencionan que los orfebres eran los mismos líderes, como en el caso del río Magdalena (Martínez 1989), o especialistas adscritos a su servicio, como en el caso de los muiscas. En este último se ve que el cargo de orfebre era hereditario (Langebaek 1996:130). En todas las regiones la producción de objetos de oro en los períodos tardíos, pero probablemente también de otros bienes, estaba dirigida hacia el abastecimiento de una amplia porción de la población, así se tratara de la producción de adornos, o de ofrendas, como está reportado entre los muiscas. En todos los casos parece que una mayor demanda se relaciona con los procesos de crecimiento de la población (claramente documentado en los casos del Alto Magdalena, del Muisca Tardío y, muy posiblemente, entre las poblaciones llamadas Sonso, aunque en el caso Calima los estimativos demográficos no son tan claros). La investigación disponible no permite comparaciones con la producción de adornos metálicos de los cacicazgos tardíos con los de los cacicazgos tempranos. Los casi siempre pequeños adornos de tumbaga que parecen constituir una amplia proporción de la producción en los cacicazgos tardíos ciertamente no son muy atractivos para los museos y son con frecuencia ignorados. Pero dado que el acceso a esos bienes estuvo, en muchos casos, abierto a los comuneros, parece claro que la producción era considerable.

Otro rasgo de los cacicazgos tardíos de Colombia fue el incremento de las relaciones externas a la comunidad que fueron controladas por las elites, al menos parcialmente. La visión tradicional es que las elites tempranas dependían de las redes de intercambio a larga distancia y que colapsaron, de alguna manera, antes de la conquista española. Sin embargo, la orfebrería temprana no solamente parece haber sido producida localmente en todas las áreas sino que, en muchos casos, fue probablemente, elaborada para sujetos específicos. Es difícil especular sobre las extensas redes de intercambio y mucho más sobre su desaparición. En contraste, los documentos del siglo XVI describen activas rutas de intercambio (Langebaek 1987c, 1996; Kurella 1994) que involucraban la circulación de bienes lujosos con zonas distantes (Szaszdi 1983; Boomert 1987; Whitehead 1990), así como el intercambio de materias primas y de artesanías. En el caso del intercambio con zonas distantes se llevaron de la costa a los Andes Orientales bienes como conchas marinas, cuentas de piedra e, inclusive, algunos adornos de oro. Artesanías como la cerámica circularon a través de las fronteras étnicas, pero esto usualmente involucraba distancias cortas dentro de los límites étnicos. Es difícil cuantificar los cambios en la intensidad de los intercambios regionales. El único caso documentado, el de los Andes Orientales, indica claramente que

la producción y el intercambio de cerámica aumentaron sólo poco antes de la conquista española.

El intercambio de algodón y de oro de las tierras bajas era crucial para el mantenimiento de los especialistas adscritos al servicio de los jefes en los Andes Orientales (Langebaek 1987c). Las descripciones sobre el intercambio son detalladas cuando se trata de describir el tipo de objetos involucrados pero usualmente proveen poca información sobre el contexto social en el cual dicho intercambio se llevaba a cabo. La mayor parte de la información disponible sugiere que el intercambio era un asunto eminentemente político. En el caso muisca se ha mencionado que los mercados estaban centralizados y supervisados por la elite política. Los comuneros no solamente acudían a los mercados para realizar intercambios sino también para “admirar” al líder político que servía como anfitrión (Langebaek 1987c). Recientemente Giraldo (este número) ha podido demostrar que el intercambio entre los grupos de la Sierra Nevada de Santa Marta, al menos con los europeos, estaba controlado por la elite. Lamentablemente, es importante admitir que el conocimiento acerca del intercambio de orfebrería en el tiempo de la conquista española es todavía limitado.

Quisiera sugerir algunas ramificaciones de las hipótesis aquí planteadas que son, a mi modo de ver, vías de investigación prometedoras. Las comparaciones estilísticas y las interpretaciones basadas en la iconografía continuarán siendo una apasionante contribución a la arqueología prehispánica. Sin embargo, esos estudios tienen que ser complementados con mayor énfasis con aspectos sociales, políticos y económicos. Los objetos de oro no sirvieron sólo para pensar; también fueron producidos y manipulados políticamente, esto es, consumidos en el contexto de la economía política de los cacicazgos. Abarcan aspectos tecnológicos e ideológicos que no son sólo fascinantes en sí mismos sino que, además, se relacionan con las formas en que las sociedades se organizaron política y económicamente. Estoy seguro de que una mirada más cercana a estos aspectos, a los que la investigación arqueológica puede contribuir enormemente, sería otra manera de enriquecer nuestro conocimiento sobre la forma en que las sociedades cambiaron en el pasado.

### **Agradecimientos**

El autor está agradecido con Santiago Giraldo, Víctor González y Andrés Barragán por su ayuda con la edición del texto y sus comentarios sobre el contenido del mismo.

## Referencias

- AGN Archivo General de la Nación. Fondo Visitas Cundinamarca (Vis Cund).
- Anderson, D.G.
- 1990 Political change in chiefdom societies: cycling in the late prehistoric southwest United States. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Michigan, Ann Arbor (sin publicar).
- 1994 Factional competition and the political evolution of Mississippian chiefdoms in the southeastern United States. En *Factional Competition and Political Development in the New World*, editado por E.M. Brumfiel y J.W. Fox, pp 61-76. Cambridge University Press, Cambridge.
- Archila, Sonia.
- 1996 *Los tesoros de los señores de Malagana*. Museo del Oro, Bogotá.
- Boada, Ana María.
- 1999 Organización social y económica en la aldea muisca de El Venado-Valle de Samacá, Boyacá. En: *Revista Colombiana de Antropología*, 35:118-45.
- Boomert, A.
- 1987 Gifts of the Amazons: "green stone" pendants and beads as items of ceremonial exchange in Amazonia and the Caribbean. *Antropológica* 67:33-54.
- Bray, W.
- 1981 Gold work. En *Between Continents/Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*, editado por E. Benson, pp 153-66. Harry N. Abrams, Nueva York.
- 1988 Cerámica Buga: reevaluación. *Boletín del Museo del Oro* 24:102-19.
- 1992 Sitio Conte in its pan-american context. En *River of Gold: Precolumbian Treasures from Sitio Conte*, editado por P. Hearne y R.J. Sharern, pp 32-46. University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- 1992a El Período Yotoco. En *Calima - Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia*, editado por M. Cardale, W. Bray, T. Gahwiler y L. Herrera, pp 73-124. Fundación Pro Calima, Bogotá.

- 1997 Metallurgy and anthropology: two studies from prehispanic America. *Boletín del Museo del Oro* 42:57-86.
- 2000 Malagana and the Goldworking Traditions of Southwest Colombia. En *Precolombian Gold-Technology, Style and Iconography*, editado por Colin McEwan, pp 94-111. British Museum Press, Londres.
- Bray, W., L. Herrera y M. Cardale
- 1983 Report on the 1981 field season in Calima. *Procalima* 3:2-30.
- 1988 Report on the 1984 field season in Calima. *Procalima* 5:2-42.
- Broadbent, S.
- 1968 A prehistoric field system in chibcha territory, Colombia. *Nwapa Pacha* 6:135-43.
- Caldas, A.M., A. Chávez y M. Villamizar
- 1972 *Las Tumbas del Valle de El Dorado*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Cardale, M.
- 1987 En búsqueda de los primeros agricultores del altiplano cundiboyacense. *Maguaré* 5:99-126.
- 1992 La gente del Período Ilama. En *Calima - Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia*, editado por M. Cardale, W. Bray, T. Gahwiler y L. Herrera, pp 23-72. Fundación Pro Calima, Bogotá.
- 1996 *Caminos Prehispánicos en Calima*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
- Cardale, M., S. Morales y O. Osorio
- 1988 Nota sobre una tumba de cancel hallada en el Municipio de Dosquebradas, Risaralda. *Boletín Museo del Oro* 22:103-16.
- Cardale, M., W. Bray y L. Herrera
- 1989 Ornamentos y máscaras de oro de la cultura Ilama. *Boletín del Museo del Oro* 24:55-72.
- 1989a Reconstruyendo el pasado Calima. *Boletín del Museo del Oro* 24:3-34.
- 1988 Reporte de un yacimiento arqueológico "Quimbaya Clásico" en el valle del Magdalena: contribución al conocimiento de un contexto regional. *Boletín del Museo del Oro* 20:3-11.

Cortés, V.

- 1960 Visita a los santuarios de Boyacá. *Revista Colombiana de Antropología* 9:199-273.

Cey, G.

- 1995 *Viaje y Descripción de Las Indias*. Fundación Banco Venezolano de Crédito, Caracas.

Doyon, L.G.

- 1995 La secuencia cultural Charqui-Nariño vista desde Quito. En *Perspectivas regionales en la Arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por C. Gnecco, pp 59-84. Universidad del Cauca, Popayán.

Drennan, R.

- 1995 Mortuary practices in the Alto Magdalena: the social context of the "San Agustín Culture". En *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, editado por T.D. Dillehay, pp 79-110. Dumbarton Oaks, Washington.
- 1995a Chiefdoms in northern South America. *Journal of World Prehistory* 9:301-41.

Drennan, R., L.G. Jaramillo, E. Ramos, C.A. Sánchez, M.A. Ramírez y C.A. Uribe.

- 1991 Regional dynamics of chiefdoms in the Valle de la Plata, Colombia. *Journal of Field Archaeology* 18:297-318.

Duque, L.

- 1966 *Exploraciones Arqueológicas en San Agustín*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Duque, L. y J.C. Cubillos

- 1979 *Arqueología de San Agustín: Alto de los Idolos, Montículos y Tumbas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

Dussán, A.

- 1979 Some observation on the prehistoric goldwork of Colombia. En *Pre-Columbian Metallurgy of South America*, editado por E. Benson, pp 41-52. Dumbarton Oaks, Washington.

Earle, T.

- 1987 Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspective. *Annual Review of Anthropology* 16:279-308.

Falchetti, A.M.

- 1975 *Arqueología de Sutamarchán*. Banco Popular, Bogotá.
- 1989 Orfebrería prehispánica en el altiplano central colombiano. *Boletín del Museo del Oro* 25:3-42.
- 1997 La ofrenda y la semilla: una nota sobre el simbolismo del oro entre los U'wa. *Boletín del Museo del Oro* 43:3-38.

Gahwiler, T.

- 1983 Preliminary reconnaissance in the Pavas-La Cumbre area. *Procalima* 3:43-7.
- 1992 Los inicios de la tradición Sonso. En *Calima - Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia*, editado por M. Cardale, W. Bray, T. Gahwiler y L. Herrera, pp 125-48. Fundación Pro Calima, Bogotá.

Gnecco, C.

- 1996 Relaciones de intercambio y bienes de elite entre los cacicazgos del suroccidente de Colombia. En *Caciques, Intercambio y Poder: Interacción Regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por C.H. Langebaek y F. Cárdenas, pp 175-96. Universidad de los Andes, Bogotá.

González, L.

- 1991 Una vivienda en el cercado indígena de El Santuario. Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá (sin publicar).

González, V.

- 1998 Prehispanic change in the Mesitas community: documenting the development of a chiefdom's central place in San Agustín, Colombia. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Pittsburgh, Pittsburgh (sin publicar).

Helms, M.

- 1979 *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*. University of Texas Press, Austin.
- 1981 Precious metals and politics: style and ideology in the Intermediate Area and Perú. *Journal of Latin American Lore* 7:215-38.





Llanos, H.

- 1994 El Huila prehispánico. En *Historia General del Huila*, editado por Guillermo González y Leo Cabrera, pp. 87-122. Fondo de Autores Huilenses, Neiva.

Martínez, A.

- 1989 Un caso de alteración aurífera colonial en el bajo Magdalena. *Boletín del Museo del Oro* 23:47-60.

Mielke, J. y A. Long

- 1969 Smithsonian Institution measurements V. *Radiocarbon* 11(1):163-92.

Morales, J.

- 1997 Oro, control al incesto y cultura entre los Cuna. *Boletín del Museo del Oro* 43:39-48.

O'Neal, D.

- 1972 San José, a late terraced site on the Sabana de Bogotá. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of California (sin publicar).

Pérez de Barradas, J.

- 1954 *Orfebrería Prehispánica de Colombia - Estilo Calima*. Talleres Gráficos Jura, Madrid.

Plazas, C.

- 1983 Gold objects from Primavera: links between Calima, San Agustín and the Cauca valley. *Procalima* 3:40-4.

Plazas, C. y A.M. Falchetti

- 1983 Tradición metalúrgica del Suroccidente Colombiano. *Boletín del Museo del Oro* 14:1-32.

Ramos, D.

- 1972 *Ximénez de Quesada - Cronista*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.

Redmond, E.

- 1998 Introduction: the dynamics of chieftaincy and the development of chiefdoms. En *Chiefdoms and Chieftancy in the Americas*, editado por E.M. Redmond, pp. 1-17. University Press of Florida, Gainesville.

Reichel-Dolmatoff, G.

- 1987 *Arqueología de Colombia - Un texto Introductorio*. Segunda Expedición Botánica, Bogotá.
- 1988 *Orfebrería y Chamanismo - Un Estudio Iconográfico del Museo del Oro*. Editorial Colina, Medellín.

Rodríguez, C.

- 1989 Patrones de asentamiento de los agricultores prehispánicos de El Limón, Chaparral, Tolima. *Boletín de Arqueología* 4(2):41-50.

Rodríguez, C.A.

- 1985 Archaeological excavations in a prehispanic cemetery in Guabas, Cauca valley, Colombia. *Procalima* 4:49-52.
- 1989 La población prehispánica del valle medio del río Cauca entre los siglos VII-XVII DC. Culturas Guabas y Buga. *Boletín del Museo del Oro* 24:73-89.

Rojas, U.

- 1965 *El Cacique de Turmequé y su Epoca*. Imprenta Departamental, Tunja.

Romoli, K.

- 1974 Nomenclatura y población indígena en la antigua jurisdicción de Cali a mediados del siglo XVI. *Revista Colombiana de Antropología* 16:373-478.

Salgado, H. y C.A. Rodríguez

- 1989 Las costumbres funerarias prehispánicas en el curso alto del río Calima. *Boletín del Museo del Oro* 24:123-26.

Schuler-Schoming, I.

- 1981 A grave-lot of the Sonso period. *Procalima* 2:25-27.

Service, E.

- 1962 *Primitive Social Organization - An Evolutionary Perspective*. Random House, Nueva York.

Sotomayor, M.L. y M.V. Uribe

- 1987 *Estatuaria del Macizo Colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Spencer, C.

- 1994 Factional ascendance, dimensions of leadership, and the development of centralized authority. En *Factional Competition and Political*

*Development in the New World*, editado por E.M. Brumfiel y J.W., pp. 31-43. Cambridge University Press, Cambridge.

Szaszdi, A.

1983 Las rutas del comercio prehispánico de metales. *Cuadernos Prehispánicos* 10:5-128.

Taft, M.M.

1993 Patterns of ceramic production and distribution. En *Prehispanic Chiefdoms in the Valle de la Plata, Volume 2. Ceramics-Chronology and Craft Production*, editado por R.D. Drennan, M.M. Taft y C.A. Uribe, pp 105-86. University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Wattenmaker, P.

1998 *Household and State in Upper Mesopotamia. Specialized Economy and the Uses of Goods in an Early Complex Society*. Smithsonian, Washington.

Whitehead, N.L.

1990 The Mazaruni pectoral: a golden artifact discovered in Guayana and the historical sources concerning native metallurgy in the Caribbean, Orinoco and northern Amazonia. *Archaeology and Anthropology* 7:19-38.

# Del Rioja y otras cosas de los caciques: patrones de intercambio tairona en el siglo XVI

SANTIAGO GIRALDO PELÁEZ, M. A.  
*Instituto Colombiano de Antropología e Historia*

.....  
—  
.....

**RESUMEN:** *Las investigaciones etnohistóricas y arqueológicas recientes sobre la economía política de los cacicazgos del Area Intermedia se han concentrado en el análisis del flujo de bienes desde distintas perspectivas. Para las comunidades taironas del norte de Colombia, se han hecho esfuerzos por identificar los distintos patrones de intercambio prehispánicos y su relación con la economía política interna en términos de una complementareidad ecológica. Comparativamente, los patrones de intercambio entre los caciques taironas y los comerciantes y colonos españoles durante el período de contacto inicial han recibido poca atención. El examinar cuidadosamente los documentos etnohistóricos nos muestra que los caciques taironas estaban intercambiando oro por hachas metálicas y vino. Se propone aquí que el interés por estos bienes no puede ser reducido a simples razones utilitarias o económicas. También se rechazan las interpretaciones que apelan a la aculturación o a la imitación. Como tal, la adopción de estos bienes se debió a ciertas categorías preexistentes que hacían al vino y las hachas metálicas significativos como artículos de consumo para los caciques.*

## Of Rioja and other chiefly things: Tairona patterns of exchange during the 16<sup>th</sup> century

**ABSTRACT:** *Recent ethnohistorical and archaeological research regarding the political economy of Intermediate Area chiefdoms has focused on analyzing the flow of commodities from different perspectives. For the Tairona polities of Northern Colombia, efforts have been made towards identifying prehispanic patterns of exchange and their relationship to the internal political economy in terms of*

*ecological complementarity. Comparatively, patterns of exchange between Tairona chiefs and Spanish merchants and settlers during the initial contact period have received little attention. Close examination of ethnohistorical documents reveals that Tairona chiefs were exchanging gold ornaments for wine and metal axes. It is argued here that the interest in these goods cannot be reduced to simple utilitarian or economic reasons. Acculturation and imitation are also rejected as feasible interpretations. As such, the adoption of these goods followed certain pre-existing categories that made wine and metal axes significant as articles of chiefly consumption.*

## Introducción

El 29 de julio de 1525 d.C. el conquistador español Rodrigo de Bastidas fundaría en tierra firme suramericana la segunda ciudad más antigua del continente después de Santa María la Antigua del Darién, la ciudad de Santa Marta. Así comenzó una de las empresas coloniales más desfavorables para la corona española durante el siglo XVI. Mientras que conquistadores como Cortés, Pizarro y Quesada pacificaron rápidamente las regiones controladas por los aztecas, incas y muiscas, les tomó a los españoles 75 años de continuas guerras para poder controlar la región dominada por los taironas. El esfuerzo final de resistencia indígena fue destruido en 1600/1601 y sus líderes ejecutados por los españoles. Sin embargo, durante esos 75 años, la mayor parte de los ataques e intentos españoles por ejercer control sobre el área tuvieron un final desastroso y en más de una ocasión la pequeña colonia estuvo al borde de la destrucción a manos de los guerreros indígenas (ver Reichel-Dolmatoff 1951; Bischof 1971; Restrepo Tirado 1975; Jones 1995). Entre cada asalto o *entrada* de los soldados se establecía una paz incómoda entre los españoles y los caciques taironas, en la que los primeros trataban de intercambiar ciertos bienes europeos por oro indígena (en vez de robarlo) y les daban abundantes regalos para demostrar la “naturaleza pacífica” de sus intenciones.

Son estos períodos de intercambio pacífico los que hacen especialmente útil el encuentro colonial entre españoles e indígenas para entender ciertos aspectos de la sociedad y economía política nativa. Estos se ven reflejados en los patrones de intercambio y consumo de bienes foráneos producto del contacto con los europeos. Los datos etnohistóricos indican que había una demanda alta y continua de hachas metálicas europeas y de vino por parte de los caciques, ambos de los cuales eran intercambiados por objetos de oro. El examinar con más atención estas transacciones económicas que ocurren entre los períodos de violencia y pillaje habituales nos brinda información sobre el esquema conceptual a través del cual estos objetos eran incorporados a la sociedad tairona.

Resulta evidente en estos casos que los objetos de oro, piedra y las hachas de metal, estaban localizados dentro de cierta “esfera de intercambio” (Bohannan 1955), probablemente una de objetos de prestigio masculinos. Esto también es evidente en el registro arqueológico, donde las hachas de piedra usadas y sin marcas de uso aparecen asociadas a objetos de oro, cuentas de cornalina y cuarzo, pendientes de piedra y hachas monolíticas en las plataformas de vivienda y tumbas (Mason 1931, 1936, 1939; Reichel-Dolmatoff 1954a, 1954b; Reichel-Dolmatoff y Dussán 1955). A su vez, el consumo de vino parece indicar el uso de fiestas o festines por parte de los caciques taironas como “políticas comensales” (Dietler 1996:90) con el fin de alcanzar y mantener ciertos niveles de estatus y prestigio.

Debo anotar que en ningún momento se está proponiendo que los objetos de oro no eran importantes dentro de la economía política local y regional, o que el acceso a algunos de estos bienes no pudiera estar limitado a ciertos individuos. En este sentido, lo que se propone es que si bien los objetos de oro reflejaban rango y estatus, éstos podían ser intercambiados por artículos de un valor mayor o equivalente (Kopytoff 1986:71; Halperin 1993:258-59). Al intercambiar oro por hachas y/o vino, los caciques no estaban “intercambiando hacia abajo”, sino que lo estaban cambiando por bienes que aumentaban su prestigio y estatus.

## Modos de análisis

Las recientes investigaciones arqueológicas y etnohistóricas sobre los patrones de intercambio entre elites de los cacicazgos de períodos prehispánicos o de contacto en el Area Intermedia (Nicaragua, Costa Rica, Venezuela, Panamá, Colombia y Ecuador) se han concentrado en tratar de analizar desde distintas perspectivas el flujo de bienes entre sociedades indígenas (ver Bray 1978, 1984; Cárdenas y Langebaek 1996; Cárdenas 1988; Cooke 1984; Helms 1979; Lange y Stone 1984; Langebaek 1991, 1992). En algunos casos se ha hecho énfasis en tratar de diferenciar entre aquellos cacicazgos en los que el poder político se basa en la riqueza o en la adquisición y control de productos básicos (staple and wealth finance) y en los que se basa en la manipulación ideológica de ciertos objetos. Esto siguiendo las ideas de D’Altroy y Earle (1985) relacionadas con aspectos de la teoría de Sistemas Mundiales.

La importancia de la adquisición y uso de objetos de oro en estas sociedades ha sido considerada tanto como una forma de finanzas basadas en riqueza o como elemento estructural al ejercicio del poder. Claro está que existen otras posturas como la de Helms (1979), que considera que el conocimiento esotérico asociado a la manufactura y uso de estos objetos es esencial para la legitimación

y ejercicio del poder cacical. Para los cacicazgos taironas se han hecho esfuerzos adicionales por tratar de identificar patrones de intercambio internos y sus implicaciones en términos de una complementariedad ecológica y economía política interna (Langebaek 1996).

Comparativamente, es poca la atención que se les ha dado a los patrones de intercambio entre estos cacicazgos y los primeros comerciantes y conquistadores españoles del siglo XVI. Algunos investigadores han usado los informes comerciales y los documentos relacionados con las ganancias de las *entradas* para calcular la cantidad de oro producido por la provincia de Santa Marta, pero no para tratar de comprender el porqué eran intercambiados ciertos bienes y otros no (Bischof 1984:Tabla 2). Como indica Langebaek (1985:80), las excavaciones arqueológicas en las que se han encontrado objetos de metal de procedencia europea tienden a considerarlos simplemente como marcadores cronológicos útiles. Por lo demás, la arqueología histórica o colonial realizada en el área se ha concentrado en la excavación de galeones, monasterios e iglesias españoles del período colonial, los cuales aportan poca información sobre las distintas formas en que las sociedades indígenas incorporaron estos objetos foráneos a sus esquemas culturales.

Los análisis iniciales siguen el patrón tradicional de presuponer la inmediata y aparente superioridad de los bienes europeos sobre los bienes nativos, y asumen que los indígenas simplemente estaban imitando a los españoles al adoptar estos bienes foráneos (Reichel-Dolmatoff 1951:31). El intento de Langebaek (1985:80-84) por entender la apropiación de armas y herramientas españolas, notablemente los yelmos, espadas, arcabuces y hachas de acero, por parte de los guerreros y caciques taironas como una forma de aculturación, es otro modo de análisis que reduce la adopción de estos bienes a términos utilitarios. Se supone entonces que estos objetos fueron automáticamente incorporados por los taironas debido a su eficacia tecnológica inherente, y eran los españoles quienes controlaban el flujo de los bienes.

Como autores recientes han argüido para otros encuentros coloniales (Comaroff y Comaroff 1991; Dietler 1990, 1996, s.f.; Rogers 1990; Sahllins 1981, 1985), la dinámica estructural de los encuentros entre dos culturas, o sus representantes, es mucho más compleja y sutil de lo que se creía con anterioridad. La explicación de la adopción selectiva de ciertos objetos y el rechazo de otros no puede ser reducida a sencillos argumentos utilitarios o económicos (Rogers 1990:10-11). En este caso, tendríamos que explicar por qué los taironas no adoptaron otros artefactos foráneos tales como cerámica mayólica, calderos de hierro o aceite de oliva, por ejemplo. Los españoles habrían intercambiado felizmente estos objetos por oro, y sin embargo no aparecen reportados como bienes comerciales y tampoco aparecen en los informes arqueológicos. En todo caso, no podemos decir que al usar hachas, espadas de acero y arcabuces o tomar

vino, los taironas quisieran ser como los españoles. Así, la adopción de estos artefactos debe ser analizada en términos de lo que es significativo de ellos para los taironas y en qué forma encajan en categorías culturales preexistentes que los hacen importantes como objetos de consumo.

## La evidencia etnohistórica

El evento comercial más temprano para la región que involucra el comercio en hachas de acero aparece en Oviedo (1959 [1549]:68-70) para los años 1522-23, antes de la fundación de Santa Marta, en el cual cantidades indeterminadas de hachas fueron intercambiadas por oro con los indígenas de la costa. Aunque no se menciona la cantidad de hachas, Bischof (1984:Tabla 2) supone que alrededor de 50.000 pesos en oro de baja calidad se recibieron por ellas. Los siguientes eventos corresponden al primer año de García de Lerma como Gobernador de Santa Marta en 1529. Después de entrar al pueblo de Pocigüeica y recibir alimentos, devuelve como regalos “muchas hachas, camisas y sandalias” (Friede 1955:106). A continuación sería atacado y vencido por los habitantes de Pocigüeica, y perdería todo su servicio de plata tratando de cruzar un río. Derrotado varias veces por los nativos, evitó esta área sistemáticamente. Un documento legal sin fecha acusándolo de robarse el quinto real dice que “... rescató infinito número de hachas [por oro]...” (Friede 1955:222) con los nativos de los alrededores de Santa Marta.

El comercio en vino y hachas se menciona de forma explícita en el año 1532 para una aldea costera al mando de un cacique conocido como Tapi. El gobernador García de Lerma envía uno de sus hombres, un español conocido como Insarte, a intercambiar con Tapi, “... dándole vino, hachas y otras cosas para que pudiese rescatar por ambos...” (Friede 1955:368). El cacique se negó a comerciar con Insarte esta vez, acusando al gobernador de mentiroso y codicioso, con lo que inició una rebelión que pronto se extendió por toda el área.

El vino y el gusto de los nativos por la comida y la bebida se mencionan otra vez en los documentos que relatan el intento del siguiente gobernador por negociar relaciones pacíficas con el cacique de Bonda y otros caciques cercanos a Santa Marta que se habían vuelto a rebelar contra el dominio español. Este envía a un indígena llamado Iroconcha acompañado de un joven indígena que servía de traductor a que “... hiciera la paz con el dicho cacique de Bonda...” y los resultados se notaron rápidamente “... unos días después el joven fue devuelto con órdenes de que se les mandase vino y se les mandó.” (Friede 1955:194). Como el gobernador Fernández de Lugo muere poco tiempo después, el cacique de Bonda manda razón que “... el guajiro, que era el gobernador, está muerto, él no quiere la paz con Anton Besos, ni ser su amigo.” (Friede 1955:194). Esto, claro está, después de haberse bebido el vino enviado como regalo.

Posteriormente, se menciona que: “Los otros jefes de paz me han venido a ver... Y los he recibido bien, con comida y bebida, que es lo que ellos más aprecian y parece que se van muy contentos y felices” (Friede 1955:195).

Entre 1548 y 1550, otros documentos mencionan que vino, “...lo cual es algo de lo que son amigos...”, y hachas son dados como regalos a los indígenas de Buritacá, una de las “provincias taironas” (Friede 1955:249). El *licenciado* que escribe esta carta al rey de España también menciona que ha ordenado a los encomenderos españoles del área que no pidan oro, sino que deben intercambiar “... hachas, machetes y otras cosas...” (Friede 1955:250) por el metal. Debemos agregar que el ordenar a los encomenderos a que intercambien bienes con los indígenas es una anomalía para este período. Keith (1980:143) anota que la mayoría de los españoles que venían al Nuevo Mundo no eran comerciantes y simplemente querían recibir altos ingresos con un mínimo de esfuerzo. En ningún momento esperaban ser forzados a establecer relaciones “comerciales” para adquirir el oro, pero el escaso poder que tenían los obligaba a tomar una posición incómoda. En este sentido, aunque fueran encomenderos, dependían de la buena voluntad comercial de los nativos para poder obtener el metal precioso que tanto codiciaban.

En 1572 se menciona que piratas franceses han establecido relaciones con los nativos de Bonda, especialmente con el cacique conocido por los españoles como Xebo. ¿Qué bienes les están ofreciendo? Vino de Sorrento, cuchillos de monte y ameses, aunque esta vez la demanda indígena es por armas de fuego, pólvora y munición, pagaderos en oro (Castellanos 1944 [1601]:348-49; Restrepo Tirado 1975 [1892]:171). Si bien en esta ocasión la demanda era por armamento, parece ser que los piratas estaban ofreciendo casi exactamente lo mismo que los españoles habían estado intercambiando por oro: vino, hachas y cuchillos de monte. Más aún, parece que esto venía ocurriendo desde hacía algún tiempo y no era la primera vez que los piratas comerciaban con Xebo. Si ya había tenido oportunidad de hacerlo y tenía el oro, ¿por qué no había adquirido armamento Europeo si este era “obviamente superior”?

Como tal, parece existir un patrón de intercambio bastante claro, en el cual la resistencia tairona generó cierto grado de paridad en las relaciones de poder. Esto se ve reflejado en la forma que tomaba la demanda indígena por ciertos objetos. Sin embargo, se podría argüir que no existe un documento que mencione a un cacique tairona pidiendo hachas o vino y entregando su nariguera u orejeras a cambio. También se podría decir que esto es un fenómeno aislado producto del contacto cultural, o que los nativos estaban dispuestos a intercambiar su oro por vino, hachas y cuchillos de acero con el objeto de mostrar su buena voluntad hacia los españoles. No obstante, la frecuencia con que se mencionan estos objetos como bienes comerciales no favorece a estos argumentos, como

tampoco lo hace el que los regalos de paz que daban los tairona a los españoles usualmente eran de comida, no de oro (Reichel-Dolmatoff 1951:30).

Aunque de hecho no se ha encontrado un documento que describa uno de estos eventos de intercambio para el área tairona, sí hay uno para el Golfo de Urabá, cerca de la frontera con Panamá, lo que sugiere que no es un fenómeno aislado. El comerciante en cuestión es Julián Gutierrez, casado con una mujer nativa llamada Isabel, la cual está emparentada con el cacique del área en la que está desarrollando sus actividades. En el año 1532 sale de Panamá hacia los dominios del cacique Everaba en el Golfo de Urabá a “rescatar” con él. Debido a que las transacciones ocupan varias semanas, es imposible transcribir totalmente los documentos que relatan los eventos ocurridos en toda la expedición. Sin embargo, una transacción en particular es un excelente ejemplo, ya que hay varios caciques de distintas sociedades y sirve para ilustrar cómo se efectuaba todo el asunto. Así es como se desarrolla el evento:

Y estando en estas pláticas, allegó otro cacique principal que se dice Chichirubí y era amigo de Huraba y de ellos, y entendieron también en las amistades y se concertaron muy de acuerdo y de voluntad de todos. Y el dicho Chichirubí mandó luego a su casa a mandar moler para hacer mucha chicha y bollos y a montar y a pescar para aderezar muy bien de comer y traer a su casa al dicho Huraba y a los otros caciques para que de allí saliesen todos muy conformes y amigos. Y esto fue lo que se concertó y quedó de acuerdo entre el dicho Julián Gutierrez y los dichos caciques, y habíanse de ver y hacer las dichas amistades dende ha tres días. Y los dichos caciques demandaron al dicho Julián Gutierrez que hiciese sacar en tierra algunas hachas, si traía, y puñales para rozar, que ellos se las pagarían. Y el dicho Julián Gutierrez las mandó sacar, y rescataron treinta hachas y puñales y le dieron en chagualas y caricuríes y otro oro doscientos y cuarenta y seis pesos de oro. (Friede 1955:311)

Es evidente que las transacciones siguen el mismo patrón que encontramos en muchas otras sociedades. Tenemos también los regalos y delicadezas preliminares, ya que antes de comenzar los festejos Gutierrez ya había regalado camisas, gorras, peines, anzuelos, conchas y agujas de coser a los caciques. Está también el festejo previo al acto de intercambio, con bebida y comida en abundancia, las “políticas comensales” que cimentan y estrechan los vínculos entre los socios, creando las condiciones necesarias para futuros intercambios (Dietler 1996:91-92). Esta generosidad del anfitrión y del comerciante también es importante, ya que crea el ambiente propicio para que el intercambio se lleve a cabo, y a su vez, contribuye a aumentar el prestigio de ambos. Pero lo que es aún más importante para nuestro propósito es que lo que está siendo intercambiado por oro una y otra vez son hachas y cuchillos de monte.

Por lo demás, al revisar el documento con el aforo de la carga, la mayoría de los bienes para ser intercambiados con los indígenas son hachas y cuchillos, de los que hay 254 hachas, 23 cuchillos de monte y 13 cuchillos ordinarios. El resto era comida, camisas, tijeras, cuatro machetes y gorras de fieltro que fueron entregados como regalos (Friede 1955:436).

En el caso de los caciques de Urabá, a excepción del vino, tenemos el intercambio sistemático de oro por hachas y cuchillos de monte, el mismo patrón que inferimos entre los taironas. La única otra instancia en la que se intercambia oro por algo que no sea hachas y cuchillos de monte es por otra mujer. Isabel, la esposa de Gutiérrez, intercambia a una de sus hermanas con su primo, uno de los caciques, por oro. Esto podría indicar que las mujeres de cierto estatus pertenecen a esta esfera de intercambio. Sin embargo, contamos con poca evidencia adicional para sustentar este argumento. No obstante, si en realidad parece haber tal patrón, ¿cuál es la razón entonces para que los caciques continuamente quieran adquirir hachas de acero y vino?

Las hachas de acero y los cuchillos de monte, al parecer, eran utilizados para cortar árboles y rozar terrenos. Una cita de Castellanos en Langebaek (1984) parece reforzar esta idea, pero debemos agregar que esto debe unirse a la producción de comida. Los árboles no eran cortados para dejarlos en el suelo. En este sentido, el interés de los caciques por las hachas probablemente estaba unido a lo que Sahlins (1972:140) ha denominado “el desarrollo de las fuerzas productivas”. Para usar otro ejemplo de Sahlins (1985:43), en las fases iniciales de este comercio podríamos estar observando algo similar a lo que ocurría en Hawaii cuando los caciques “confiscaban” para sí todos los objetos de acero que eran intercambiados con los ingleses, lo que Appadurai (1986:25) ha llamado “desviaciones en el flujo de bienes” con el fin de proteger sistemas de estatus. Las herramientas de acero podrían haber sido usadas para aumentar las áreas cultivadas bajo control de los caciques y/o su linaje, acelerando así la dinámica de creación de excedentes. Esto le habría permitido tener acceso a cantidades más grandes de alimentos que podían ser usados para financiar actividades comunales, fiestas de trabajo para movilizar trabajadores, o una generosidad excepcional, las cuales contribuirían a incrementar su prestigio y estatus dentro de la comunidad.

## Del vino y las fiestas

Henning Bischof, al notar el comercio de vino entre los españoles y la población tairona, sugirió que probablemente este era para consumo doméstico. Sin embargo, este argumento carece de fuerza a la luz de los patrones de consumo de alcohol que han sido documentados para los pueblos indígenas en Suramérica

y otras partes del mundo (ver Bernal Villa 1953; Cavero 1986; Dietler 1990; Mowat 1989; Wagner 1978). Si bien hay excepciones, el consumo de bebidas alcohólicas usualmente se hace en un contexto de actividades comunales, tales como fiestas de trabajo, rituales y otros tipos de festivales en los que el compartir alimentos y bebida dan la oportunidad de renovar y estrechar los vínculos sociales. Como Sahlins (1972:139) ha anotado, muchas de estas actividades son financiadas por los caciques y su riqueza, y constituyen una parte esencial en la construcción de prestigio y estatus.

Más aún, las fuentes documentales indican que el consumo de alcohol no parece ser individual. Fray Pedro Simón menciona que las fiestas de cosecha del maíz, en las que los indígenas aparecían con sus mejores vestiduras, se caracterizaban por la ingestión continua de alcohol hasta llegar a una intoxicación generalizada (Simón en Reichel-Dolmatoff 1951:94). Que los caciques taironas estuviesen tomando Rioja con sus comidas es poco probable. Es más factible pensar que el vino fue incorporado a los patrones ya existentes de consumo de chicha, probablemente varios tipos de fiestas en las que el cacique era el anfitrión principal. Adicionalmente, los documentos indican que eran los caciques los que estaban comerciando por vino, no la población en general.

¿Por qué estaban dispuestos los caciques taironas a intercambiar oro por vino español o italiano? ¿Por qué de todas las cosas posibles adoptar una bebida foránea? ¿Acaso la chicha no era lo suficientemente buena? Para un caso similar en la zona del Rhône, en el cual grupos celtas de la Edad de Hierro Temprana adoptaron vino griego y la parafernalia asociada, Dietler (1990) ha argüido que existen varias razones políticas y económicas.

El vino puede ser almacenado por largos períodos de tiempo, algo imposible con la chicha. Con esto el cacique tendría un bien de prestigio almacenable, uno que podría ser usado en el momento mismo de la llegada de aliados o socios políticos y comerciales, ya que no hay que fermentar nada. El carácter "exótico" de la bebida habría contribuido a crear diferencias entre aquellos caciques que servían vino en sus festejos contra aquellos que sólo podían ofrecer chicha a sus comensales. De ahí también se desprende que el comercio por vino con los españoles y franceses sea algo generalizado, y no el capricho alcohólico de algún cacique.

En cuanto a su consumo interno, es razonable pensar que su uso podría haberse restringido al cacique, caciques menores bajo su control y posiblemente a ciertos guerreros. Esto operaría como un importante elemento diacrítico sobre su diferencia esencial y superioridad social del resto de la población. Aún así, el que sea el cacique el único con acceso y control sobre su uso conferiría a aquellos que reciben el vino el carácter permanente de receptores, marcando su papel subordinado dentro de una estructura social jerárquica (Dietler 1996:92). El

prestigio y estatus adicional de líderes generosos repartiendo vino a sus caciques menores probablemente se vería convertido en unos nexos políticos y tributarios más fuertes.

Sin embargo, es poco probable que en este tiempo el vino hubiese reemplazado a la chicha en ceremonias rituales o estrictamente religiosas. Este carece en todos sus aspectos de las connotaciones simbólicas usualmente asociadas a la chicha, impidiendo su intercambiabilidad. Aún hoy en día entre la población indígena de los Andes centrales que usa la chicha y los licores occidentales para libaciones religiosas existen diferencias en su consumo: mientras que la primera se usa con referencia a las deidades solares y lunares, licores como el Pisco se reservan para los seres subterráneos (Abercrombie 1998:362).

En este punto del análisis debemos reconocer que no se ha encontrado evidencia directa relacionada con los contenedores tradicionalmente usados por los españoles para transportar y almacenar vino en los sitios taironas que han sido excavados por los arqueólogos. Infortunadamente, la mayor parte del vino llegaba al Nuevo Mundo en pipas, toneles de madera que contenían aproximadamente 330 libras de líquido (27,5 arrobas) (Sanz 1979:467). Las largas temporadas lluviosas de la Sierra Nevada de Santa Marta no favorecen a la conservación de la madera, y tampoco se han encontrado aros de acero en los sitios que se han excavado. Aún así, el tamaño y peso deben de haber hecho de estos una carga incómoda para transportar en los caminos angostos y pendientes que conectaban a los sitios de vivienda en la costa con los del piedemonte y las partes altas de la montaña. Las pipas probablemente alcanzaron a llegar a aldeas como Bonda o Pocigüica, pero la localización exacta de estos sitios sigue siendo debatida, y es poca la investigación que se ha realizado en esas áreas.

En algunos casos, el vino era traído en botijas, jarros de aceite de oliva reutilizados que algunos investigadores han llamado el “cargalotodo” del imperio español (Skrowneck 1987:107). Estos se reconocen fácilmente en el registro arqueológico, pero al igual que las pipas, no se han reportado jarros de aceite de oliva para los sitios excavados. Otra posibilidad es que el vino fuera transferido a vasijas indígenas. Sin embargo, mientras no se hagan análisis especializados para residuos orgánicos específicos al vino, tales como ácido tartárico o taninos (McGovern y Michel 1995:58) que se encuentren en las vasijas, el análisis tendrá que limitarse a características formales y estilísticas. Así, debemos volver a la alfarería indígena en busca de cerámica especializada que pueda estar relacionada con el consumo de chicha y posiblemente vino en contextos de festines.

Los documentos etnohistóricos del período mencionan que la chicha era fermentada en grandes tinajas, algunas de las cuales eran lo suficientemente grandes como para que cupiera una persona (Reichel-Dolmatoff 1951:86). Castellanos también menciona que los guerreros muertos eran enterrados “Con

copas de sus bebidas a su lado...” (Castellanos 1847:276 en Reichel-Dolmatoff 1951:93). Como los festines usualmente exigen el servir copiosas cantidades de comida y bebida, en esos sitios se deben encontrar vasijas de servicio y almacenamiento especialmente grandes. Más aún si las fiestas y la generosidad son estrategias de los caciques que resultan fundamentales para ejercer el poder, este tipo de vasijas debería aparecer en aquellos sitios donde se encuentran otros objetos de prestigio y poder.

Aquí es importante incluir el intercambio continuo de oro por hachas metálicas con los españoles y franceses por parte de los caciques taironas. Proponemos entonces que si esas hachas son objetos de prestigio masculinos, entonces su contraparte indígena (hachas monolíticas y cabezas de hacha en piedra) debe tener un valor similar. Estas hachas de ambos tipos deben aparecer en contextos con otros bienes de prestigio y estatus, tales como cuentas de collar, objetos de oro, hachas monolíticas, pendientes de piedra pulida y bastones. Que algunas cabezas de hacha muestren señas de uso no las convierte en simples “herramientas” sin valor. Con esto estamos rechazando la interpretación comúnmente aceptada de que bienes como los pendientes de piedra pulida, hachas monolíticas y bastones son “ceremoniales”, mientras que las cabezas de hacha son simplemente objetos “utilitarios” (Reichel-Dolmatoff 1954b:154-60). En efecto, si fueran solo objetos utilitarios, desprovistos de cualquier valor, deberían aparecer prácticamente en todas las unidades domésticas y “todos” deberían tener acceso a ellas. Así mismo, tampoco estoy teniendo en cuenta las interpretaciones que se han hecho usando una aproximación histórica directa (*direct historical approach*) acerca del uso que les dan los Kággabba o Kogi a estos objetos hoy en día.

## Revisando la evidencia arqueológica

Al mirar más detenidamente algunos de los sitios excavados por J. Alden Mason (1931), G. Reichel-Dolmatoff (1953, 1954), y Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán (1955), y algunas de las tumbas más grandes y espectaculares en la aldea tairona conocida como Pueblito, podemos obtener algunos datos interesantes sobre lo que se ha propuesto en líneas anteriores. Se excavaron en total alrededor de sesenta sitios de varios tamaños (cuarenta y seis por J.A. Mason y catorce por Reichel-Dolmatoff y Dussán), los cuales son suficientes para propósitos comparativos. Todos son las características plataformas redondas, la mayoría viviendas, con el anillo o anillos de piedra que los delimitan. Tanto Alden Mason (1936:285) como Reichel-Dolmatoff (1954:152) están de acuerdo en que los sitios parecen haber sido ocupados durante un corto período de tiempo y que no existen diferencias estratigráficas o estilísticas aparentes. Ante la

ausencia de métodos de datación más sofisticados, asumiremos que estos sitios son contemporáneos, o por lo menos que pertenecen a un mismo período. No estamos contando dos sitios que ya habían sido excavados por Mason y que Reichel-Dolmatoff reexcavó, aunque sí los usaremos en el análisis.

También debemos tener en cuenta que el objetivo de Alden Mason era encontrar vasijas completas y objetos “interesantes” que debían ser exhibidos en un museo. Como tal, el informe no incluye conteos de tiestos, número mínimo de vasijas o descripciones detalladas sobre las áreas con mayor o menor densidad. Aquellos sitios que solo tenían fragmentos de cerámica son descritos como “teniendo nada de interés”. Pero también debemos agregar que el que sean datos viejos no significa que sean datos inservibles, y sería injusto el juzgar su trabajo según nuestros estándares. Las preguntas y objetivos en aquella época eran de otro tipo, y debemos sortear las limitaciones si alguna vez hemos de usar datos viejos para ayudarnos a responder preguntas contemporáneas.

El trabajo de Reichel-Dolmatoff y Dussán es mucho más cuidadoso y detallado. Tenemos conteos de tiestos y datos sobre el número mínimo de vasijas de cada tipo, un breve análisis espacial en donde se mencionan algunos patrones de asociación y deposición y las características de cada sitio. También indican que es común que las viviendas tengan dos áreas de actividad opuestas la una a la otra, separadas por una línea divisoria imaginaria uniendo los dos umbrales. En un lado, alrededor del fogón, se encuentran las ollas de cocina, metates y tinajas de agua, mientras que los pendientes de piedra pulida, bastones, hachas monolíticas, cabezas de hacha, cuentas de collar y pesas para red tienden a aparecer en el otro lado (Reichel-Dolmatoff 1953, 1954; Reichel-Dolmatoff y Dussán 1955).

La evidencia más clara sobre fiestas o festines aparece en dos de los sitios más grandes y “ricos” de Pueblito. Debido a la naturaleza de los artefactos que allí encontró, Alden Mason llegó a la conclusión de que eran sitios ceremoniales. En su informe anota que al excavar el sitio XXI, una plataforma redonda de 20 m de diámetro con un área aproximada de 344 m<sup>2</sup>, aparecieron grandes cantidades de fragmentos cerámicos cerca de la superficie, “...muchos de ellos con grotescas caras en relieve...” (Mason 1931:96). Estos fragmentos pertenecían a un tipo especial de urna que no se encontró en ninguna otra parte. Una de estas urnas de gran tamaño fue encontrada intacta muy cerca de la plataforma, constatando que eran grandes urnas de doble vertedera (Figura 1).

Mason además anota que este tipo de urna no se encontró en otros sitios de Pueblito, ni en otros de los sitios en los que excavó. Veinte metros más allá, en el sitio XXX, una plataforma de 14,5 m de diámetro, encontró una gran bandeja cerámica, una olla para cocinar de 45 cm de diámetro y dos metates grandes (Mason 1931:98) (Figura 2).



Figura 1. Urna de doble vertedera (en Mason 1939: Plate CLXXI, cortesía del Field Museum, Chicago).

Solo se han encontrado tres bandejas de este tipo, una en un sitio excavado por Reichel y Dussán (1955:192-98) y las otras en lo que Mason llama un “sitio ceremonial” que aparece en su informe como el sitio No. I, una plataforma de 19 metros de diámetro. Por lo demás, Mason anota que en este sitio el estrato superior también contenía grandes cantidades de fragmentos de grandes y gruesas urnas de cerámica (Mason 1931:66). Una parte de este sitio fue reexcavada por Reichel y Dussán (1955:236), y encontraron dos bandejas más, diez ollas para cocinar y otras vasijas del tipo negro fino. Además, a unos ocho metros del umbral sur, encontraron una acumulación de vasijas de base anular del tipo negro fino, casi todas completas (Reichel y Dussán:238, 231).

Debo admitir que existen problemas con la evidencia. Pero la presencia de abundantes cantidades de grandes urnas de doble vertedera en una plataforma con un área de más de 300 m<sup>2</sup> que también tenía cantidades importantes de cuentas y objetos de piedra pulida puede ser un indicio de que ahí se hacían festines. Así mismo, el hallazgo en una terraza contigua de una bandeja de cerámica y una gran olla de cocinar también apunta en esa dirección. En el otro sitio también encontramos bandejas grandes, cantidades de ollas de cocinar y vasijas de la cerámica negro fino que podrían haber sido utilizadas para servir líquidos. Vistos en conjunto con los datos etnohistóricos sobre el consumo de la chicha y el vino, y el que la chicha era almacenada en grandes tinajas, esta puede ser una hipótesis alternativa que debe ser examinada más atentamente. Sin duda alguna, es necesario tener datos de otros sitios grandes y nucleados como Pueblito para poder hacer comparaciones más amplias. A su vez, son necesarios los análisis químicos de residuos que se pudiesen encontrar en estas tinajas y urnas para determinar si en ellas sí se almacenó chicha o alguna bebida alcohólica.

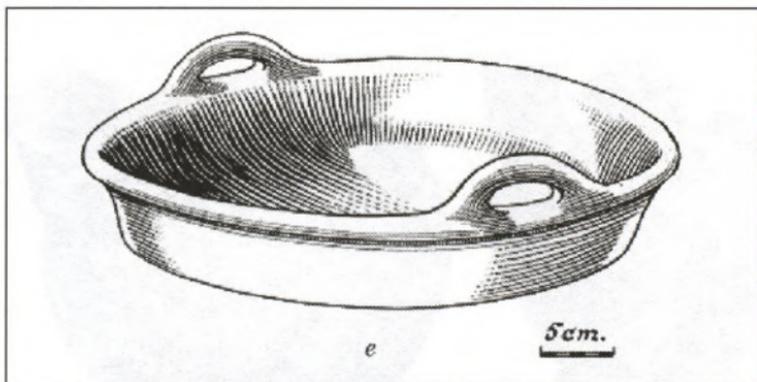


Figura 2. Una de las bandejas de tairona rojo burdo encontradas por Mason (1939:291, fig. 1e). Cortesía del Field Museum, Chicago.

Volviendo al problema de las hachas, la evidencia arqueológica es algo más clara, ya que constantemente aparecen asociadas a otros tipos de artefactos en piedra pulida. Podemos dar por descontado el que los taironas las usaran en la guerra, ya que hay suficiente evidencia etnohistórica que demuestra que eran “indios flecheros” que usaban el arco y ocasionalmente macanas para el combate (Reichel-Dolmatoff 1951:87).

Las hachas de piedra pulida aparecen como parte del ajuar funerario en las tumbas de cancel halladas en Pueblito. Para el sitio XXIX, Mason (1931:91-92) reporta que dentro de una de estas tumbas encontró cabezas de hacha, siete vasijas cerámicas que contenían pendientes en piedra, brazaletes de oro y cobre, y muchas cuentas de collar en cornalina y piedra verde. En el sitio XVII, encontró otra tumba de cancel con dos vasijas del tipo negro fino llenas de cuentas de collar, un pendiente en piedra pulida y una de las grandes bandejas cerámicas. Justo afuera de la tumba había otra vasija cerámica que contenía cinco cabezas de hacha y un rodillo para estampar tela (Mason 1931:81).

Otra tumba de cancel en el sitio XXXII contenía cuentas de collar en cornalina, cabezas de hacha y fragmentos de objetos de oro. Encima de la tumba se encontró una cabeza de hacha verde y otra roja, un ornamento alargado de piedra verde y bastantes cuentas de collar adentro de una vasija del tipo negro fino. En uno de los extremos, cerca de las lajas se halló otra vasija que contenía dos hachas monolíticas, y en el centro de la tumba Mason encontró otra olla cerámica con dos hachas monolíticas, un cuenco de piedra con cuentas y fragmentos en cornalina y seis adornos de piedra. Además se encontraron más ollas con cuentas tubulares de cornalina. En la tierra suelta, se hallaron más de treinta cabezas de hacha, un objeto de oro, fragmentos de dos aretes en oro, más cuentas de collar, cristales de cuarzo y otra hacha monolítica (Mason 1931:104-5).

El sitio XXXI, donde se encontraron las urnas de doble vertedera, también tenía nueve depósitos distribuidos en el interior de la plataforma. Estos tenían cuentas de collar en cuarzo y cornalina, hachas monolíticas, cantidades de pendientes en piedra pulida, cabezas de hacha “ordinarias” y bastones en piedra pulida. En la tierra suelta bajo la capa de humus se hallaron otras siete cabezas de hacha, más bastones de piedra y cuentas de collar. Adicionalmente, había 22 vasijas más, muchas de ellas con cuentas o pedazos sin trabajar de cornalina. La reexcavación parcial del sitio por Reichel-Dolmatoff y Dussán produjo otras 200 cuentas de cuarzo, más pendientes en piedra pulida y bastones líticos.

De igual manera, los sitios excavados por Reichel-Dolmatoff y Dussán que tenían grandes cantidades de objetos en piedra pulida son los que también tienen las mayores cantidades de hachas monolíticas y cabezas de hacha. Por ejemplo, el sitio 271 tenía 19 cabezas de hacha trapezoidales. Con estas también encontraron una cabeza de hacha muy grande, dos cinceles, cuatro pendientes y seis bastones en piedra pulida y treinta y seis cuentas de collar (Reichel-Dolmatoff y Dussán 1955:191-98). Más aún, en el sitio 238 encontraron un hacha de acero debajo de dos cabezas de hacha en piedra pulida, una cuenta esférica en cuarzo rojo y una vasija ofrendataria grande.

En otros sitios se encuentran distintas proporciones de hachas a objetos de piedra pulida y cuentas de collar, pero en casi todos los casos aparecen con cuentas de collar, pendientes de piedra pulida, cinceles de piedra y hachas monolíticas y tienden a estar agrupados. Generalmente, están localizados en el lado opuesto a lo que consideran es el lado femenino de la vivienda. Algunas de las hachas muestran señas de uso y otras no, pero las hachas monolíticas nunca muestran señas de desgaste. Esto puede indicar que no era simplemente cuestión de acumular hachas y no utilizarlas. Lo contrario parece aplicar a las hachas monolíticas, donde su sola posesión podría reflejar estatus, prestigio y poder.

Como podemos inferir de los ejemplos anteriores, podemos añadir a las razones por las cuales los caciques taironas estaban intercambiando oro por hachas de acero, el que las hachas de piedra eran muy probablemente bienes valiosos que circulaban dentro de la economía política tairona antes de la llegada de los españoles. También es factible que existieran redes de intercambio de hachas bastante más amplias, como lo sugiere el ejemplo de Urabá. En este sentido, la demanda tairona por estos objetos de acero no era sólo producto de su utilidad o aparente eficacia tecnológica, sino de categorías culturales que ya existían dentro de la estructura social. Si en realidad fueran objetos simplemente “utilitarios”, no aparecerían asociados y en los mismos contextos con objetos que sabemos eran valiosos para los taironas. De los cuarenta y seis sitios excavados por Mason, veinte parecen tener “nada de interés”, o sea, ningún artefacto en piedra, cuentas de collar en piedra o concha, cerámica, tumbas de cancel u objetos de oro. En todo caso, es importante aclarar que no se está proponiendo



## Conclusiones

En este escrito he tratado de observar más cuidadosamente ciertos patrones de intercambio entre una de las “empresas coloniales” más tempranas en el Nuevo Mundo y una población indígena que fue capaz de resistir en más de una ocasión su incorporación forzosa al “Sistema-Mundo” occidental. Por lo demás, parecería que la interacción entre los españoles y las unidades políticas taironas fue más compleja y sutil de lo que usualmente se cree. Sin duda alguna, mucha más investigación arqueológica y etnohistórica es necesaria para aclarar algunos de los puntos que he tocado. Pero en aquellas instancias en que podemos reconocer un comercio pacífico, proponemos que para el área tairona son los españoles los que se están acoplando a la visión indígena sobre la forma y contenido del intercambio. Esto no significa que este “encuentro de dos mundos” fuese algo idílico, ya que indígenas y españoles constantemente morían de las formas más atroces. Sin embargo, el considerar con más atención aquellos eventos que ocurrieron bajo distintos parámetros a los que estamos acostumbrados para la conquista española podría ser especialmente interesante para el análisis de la demanda y consumo indígenas y su significado social.

Los patrones de intercambio no son el resultado del reconocimiento por parte de los nativos de la “superioridad inherente” de estos bienes, o que se estuvieran “aculturando” y quisieran ser españoles, sino producto de un proceso selectivo en el cual ciertos bienes eran considerados valiosos y otros no, y adoptados acordemente. Al incorporar datos etnohistóricos y arqueológicos en el análisis, podemos observar cómo la demanda por hachas y vino no estaba basada simplemente en premisas utilitarias o el “capricho” de los caciques. El que los caciques estuviesen intercambiando oro por estos objetos implica que lo que recibían era tan o más valioso que el oro que entregaban. El considerar estos objetos como parte de ciertas esferas de intercambio nos brinda una estructura adecuada para comprender lo que debieron ser sistemas de valor jerárquicos aplicados a los bienes comerciados en el área. Como mínimo, debemos reconocer que los procesos históricos no actuaron de forma apabullante sobre los indígenas, sino que ellos también fueron activos en decidir qué era lo que querían incorporar o no a su sociedad.

### AGRADECIMIENTOS

---

Este artículo es producto de varias discusiones acerca de la naturaleza de los encuentros coloniales en distintas partes del mundo durante un seminario dirigido por Michael Dietler en la Universidad de Chicago. Sus comentarios e ideas acerca del papel de los festines y la bebida en el mantenimiento de las estructuras de poder fueron especialmente relevantes. Agradezco además los

comentarios de Víctor González, Camilo Hoyos y dos evaluadores anónimos; casi todas sus anotaciones fueron incorporadas al texto. Los comentarios de Diana Bocarejo ayudaron a corregir más de un problema en el texto original; a ella también gracias. En todo caso, la responsabilidad por las omisiones y errores es enteramente del autor.

## Referencias

Abercrombie, Thomas A.

1999 *Pathways of Memory and Power Ethnography and History among an Andean People*. University of Wisconsin Press, Madison.

Appadurai, Arjun

1986 *The Social Life of Things Commodities in a Cultural Perspective*. Cambridge University Press, Cambridge.

Bernal Villa, Segundo

1953 La Fiesta de San Juan en Calderas, Tierradentro. *Revista de Folklore*. Antares, Bogotá.

Bischof, Henning.

1971 *Die Spanisch-Indianische auseinandersetzung in der Nördlichen Sierra Nevada de Santa Marta, 1501-1600*. Bonner Amerikanistische Studien; no. 1. Bonn: Udo Oberem.

1983 Indígenas y españoles en la Sierra Nevada de Santa Marta, siglo XVI. *Revista Colombiana de Antropología*, 24:75-124.

Bohannon, Paul

1955 Some Principles of Exchange and Investment among the Tiv. *American Anthropologist* 57:60-70.

Bray, Warwick.

1978 *The Gold of El Dorado*. Time Books, London.

1984 Across the Darien Gap: A Colombian View of Isthmian Archaeology. En *Archaeology of Lower Central America*. Editado por F. Lange y D. Stone:305-40. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Cárdenas, Felipe

1988 Importancia del Intercambio Regional en la Economía del Area Tairona. *Revista de Antropología* 4(1):37-64. Bogotá:Universidad de los Andes.

- Cárdenas, Felipe, y Langebaek, Carl (Eds.)  
1996 *Chieftains, Power and Trade: Regional Interaction in the Intermediate Area of the Americas*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Cavero Carrasco, Ranulfo  
1986 *Maíz, chicha y religiosidad andina*. Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.
- Castellanos, Juan de  
1601[1847] *Elegías y Elogios de Varones Ilustres de Indias*. Carlos Aribau, Buenaventura.
- Comaroff, John y Comaroff, Jean  
1992 *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder: Westview Press.
- Cooke, Richard G.  
1984 Archaeological Research in Central and Eastern Panama: A review of some problems. En *The Archaeology of Lower Central America*. F.W. Lange y D. Stone, Eds. pp. 263-302, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Dietler, Michael  
1990 Driven by Drink: The Role of Drinking in the Political Economy and the Case of Early Iron Age France. *Journal of Anthropological Archaeology* 9:352-406.  
1996 Feasts and Commensal Politics in the Political Economy Food, Power and Status in Prehistoric Europe. En *Food and the Status Quest: an Interdisciplinary Perspective*. Polly Wiessner and Wulf Schiefenhövel Eds. Bergahn Books, Oxford.
- s.f. *Archaeologies of Colonialism: The Cup of Gyptis and the Encounter in Early Iron Age France*. Manuscrito inédito.
- Earle, Timothy K y D'Altroy, Terence.  
1985 Staple Finance, Wealth Finance, and Storage in the Inca Political Economy. *Current Anthropology* 26(2):187-206.
- Friede, Juan  
1955 *Documentos Inéditos para la Historia de Colombia*. Vols. I-X. ARO, Madrid.
- Halperin, Rhoda H.  
1993 The Concept of Equivalencies in Economic Anthropology. *Research in Economic Anthropology* (14):255-298. JAI Press, Greenwich.

Helms, Mary

1979 *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*. University of Texas Press, Austin.

Jones Mathers, Constance

1995 Santa Marta Gold Spaniards in Colombia, 1526-1536. *Colonial Latin American Historical Review* 4(3):287-310.

Keith, Robert G.

1980 The Encomienda and the Genesis of a Colonial Economy in Spanish America. *Research in Economic Anthropology*. 3:135-60. JAI Press, Connecticut.

Kopytoff, Igor

1986 The cultural biography of things: commoditization as process. En *The Social Life of Things: Commodities in a Cultural Perspective*. Arjun Appadurai Ed. Cambridge University Press, Cambridge.

Landaburu, Jon y Pineda C., Roberto

1984 *Tradiciones de la gente del hacha: mitología de los indios andoques del Amazonas*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

Lange, Fred W., y Stone, Doris

1984 *Archaeology of Lower Central America*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Langebaek, Carl

1985 Notas históricas sobre los artefactos de origen europeo en el área de la cultura Tairona. *Revista de Antropología* 1:80-84. Universidad de los Andes Departamento de Antropología.

1987b Relaciones de los desarrollos del Area Tairona y el intercambio. *Boletín de Arqueología* 2(2):32-41.

1991 Highland center and Foothill periphery in 16<sup>th</sup> century Eastern Colombia. *Research in Economic Anthropology*. 13:325-40. JAI Press, Connecticut.

1992 *Noticias de caciques muy mayores: origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de los Andes, Bogotá.

1996 Patterns of human mobility and elite finances in 16<sup>th</sup> century northern Colombia and western Venezuela. En *Chieftains, Power and Trade: Regional Interaction in the Intermediate Area of the Americas*. Carl

Langebaek and Felipe Cárdenas Eds. Universidad de los Andes, Bogotá.

Langebaek, Carl, y Cárdenas, Felipe

1996 *Chieftains, Power and Trade: Regional Interaction in the Intermediate Area of the Americas*. Universidad de los Andes, Bogotá.

Mason, J. Alden.

1931 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture*. Field Museum of Natural History, Anthropological Series, Vol. 20 (No. 1) Part I Report on Field Work. Field Museum Press, Chicago.

1936 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture*. Field Museum of Natural History, Anthropological Series, Vol. 20 (No. 2) Part II, Section I Objects of Stone, Shell, Bone, and Metal. Field Museum Press, Chicago.

1939 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture*. Field Museum of Natural History, Anthropological Series, Vol. 20 (No. 3) Part II, Section II Objects of Pottery. Field Museum Press, Chicago.

McGovern, Patrick E., y Michel, Rudolph H.

1995 The Analytical and Archaeological Challenge of Detecting Ancient Wine: Two Case Studies from the Ancient Near East. En *The Origins and Ancient History of Wine*. Patrick E. McGovern, Stuart J. Fleming y Solomon Katz Eds. Gordon and Breach, Luxembourg.

Mowat, Linda

1985 *Cassava and chicha: bread and beer of the Amazonian Indians*. Aylesbury, Shire.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernando de

1852 *Historia General y Natural de las Indias*. Madrid.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo.

1951 *Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta*. Imprenta del Banco de la República, Santafé de Bogotá.

1954a Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta. Partes 1-2. *Revista Colombiana de Antropología* 2(2):145-206.

1954b Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta. Parte 3. *Revista Colombiana de Antropología* 3:141-70.

- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, y Dussán de Reichel-Dolmatoff, Alicia.  
 1955 Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta. Parte 4a. En *Revista Colombiana de Antropología* 4:189-245
- Restrepo Tirado, Ernesto  
 1975[1892] *Historia de la Provincia de Santa Marta*. Publicaciones Especiales del Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- Rogers, J. Daniel  
 1990 *Objects of Change The Archaeology and History of Arikara Contact with the Europeans*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Rojas, Ulises.  
 1958 *El Beneficiado Don Juan de Castellanos – Cronista de Colombia y Venezuela*. Biblioteca de Autores Boyacenses, Tunja.
- Sahlins, Marshall D.  
 1972 *Stone Age Economics*. Aldine de Gruyter, Hawthorne.  
 1987 *Historical Myths and Mythical Metaphors Structure in the Early History of the Sandwich Islands Kingdom*. University of Michigan Press, Ann Arbor.  
 1985 *Islands of History*. University of Chicago Press, Chicago.
- Sanz, Lorenzo  
 1979 *Comercio de España con América en la Época de Felipe II*. Sever-Cuesta, Valladolid.
- Sharp, Lauriston  
 1952 Steel Axes for Stone Age Australians. En *Human Problems in Technological Change: A Casebook*. Edward H. Spicer, Ed. Russell Sage Foundation, New York.
- Skowneck, Russel K.  
 1987 Ceramics and Commerce: The 1554 *flota* Revisited. *Historical Archaeology* 21(2):101-11.
- Wagner, Catherine Allen  
 1978 *Coca, chicha, and trago: private and communal rituals in a Quechua community*. University of Illinois at Urbana-Champaign, 1978. Tesis (Ph. D.) University of Illinois at Urbana-Champaign.

# Agricultura intensiva, dinámica de población y acceso diferencial a la tierra en el Alto Magdalena

CARLOS AUGUSTO SÁNCHEZ, M.A.  
Universidad Nacional de Colombia

.....

RESUMEN: *El uso intensivo de los suelos con fines agrícolas ha sido explicado invariablemente como resultado de uno de tres factores fundamentales: presión demográfica, limitación ambiental adversa que exige minimizar riesgos alimenticios a futuro, y necesidad de producir excedentes por requerimiento de sectores sociales no productivos. Este estudio somete a contrastación las tres hipótesis, en los campos con obras de adecuación de suelos en épocas prehispánicas, en el actual municipio de Isnos, en el sur del departamento del Huila, epicentro del desarrollo cultural agustiniano. Mediante la técnica del reconocimiento regional de cubrimiento total, fue posible entender la historia de la dinámica poblacional y, contrario a lo esperado, el surgimiento de la agricultura intensiva no lo explican estos factores, ni se produjo durante el período de auge de la monumentalidad funeraria. Más bien, este parece ser un suceso que aunque tardío, se debió a factores de circunscripción social y a la escasa aptitud agrícola de los suelos locales.*

## Intensive agriculture, dynamics of population, and differential access to land in the Alto Magdalena

ABSTRACT: *The intensive use of soil for agriculture has been invariably explained as a result of one of three fundamental factors: demographic pressure, adverse environmental limitations that require to minimize future food risks, and the need to produce surplus by demand of a non-producer social sector. This study contrasts these three hypotheses, by examining drained fields from prehispanic times in the municipality of Isnos, at the epicenter of the Augustinian cultural development in Huila, Colombia. Through a full-coverage*

*regional survey it has been possible to understand population dynamics in the region, but contrary to what was expected, the emergence of intensive agriculture cannot be explained by the three factors mentioned above. Neither did it happen during the boom of monumental funerary architecture. Although intensive agriculture seems to be a late event, it was also prompted by factors related with social circumscription and by the limited fertility of local soils.*

## Problemática de estudio

Es usual que en el estudio de las singularidades que manifiestan los procesos de complejización social se recurra a la observación y contraste de algunos factores relacionados con las formaciones sociales que, se supone, son determinantes en su génesis y pervivencia. Estos factores son, fundamentalmente, de índole política, económica, medioambiental y demográfica. No obstante la diversidad de enfoques teóricos y metodológicos de los estudios sobre el tema, la producción de alimentos, de bienes de consumo masivo y de bienes de acceso restringido se halla indisolublemente ligada con esos factores, aunque se les asigne importancia variable.

A pesar de la importancia determinante de los procesos productivos de bienes indispensables, cuando se advierten cambios drásticos en ellos se los considera, usualmente, como efecto de algún acontecimiento trascendental de tipo medioambiental o de colapsos socioculturales. En este sentido, la agricultura intensiva ha sido percibida en la economía y en la antropología como una respuesta obvia en momentos de presión demográfica o, por lo menos, como efecto del incremento constante de las poblaciones (e.g., Boserup 1967; Sanoja 1978; Carneiro 1981; Cohen 1981; Earle 1987).

Algunos investigadores señalan que el paso al uso intensivo de los suelos corresponde a una estrategia social ante condiciones medioambientales adversas (Carneiro 1970, 1981; Reichel-Dolmatoff 1986; Cardale *et al.* 1992; Langebaek 1992; Plazas *et al.* 1993). Un tercer grupo de estudiosos del tema plantea que las prácticas agrícolas intensivas no son más que un mecanismo utilizado por las elites de una unidad política para extraer renta de los comuneros integrantes de la unidad (e.g., Gilman 1991).

Veamos muy someramente algunas disonancias del uso apresurado de estas hipótesis. Si la agricultura intensiva es una respuesta obvia al crecimiento acelerado de la población o a la presión poblacional, debe reconocerse que este es un fenómeno que se afronta, usualmente, mediante estrategias asumidas a nivel de las unidades domésticas. No hay que olvidar que las unidades básicas de producción son el segmento social en el que primero y fundamentalmente se siente el crecimiento demográfico, y por tanto la necesidad de resolver el

desequilibrio entre cantidad de individuos y recursos disponibles; trátese de sociedades igualitarias o jerarquizadas (Netting 1990a:22-39). La solución en este nivel básico de producción consiste en desplazarse hacia áreas con cantidades de tierra y recursos adecuados. Si no hay posibilidad de emigrar, puede hallarse solución mediante cambios en el tipo de agricultura; es decir, en las técnicas de laboreo: uso intensivo del suelo con policultivo (horticultura), utilización de la azada, cultivo en eras, fertilización de los suelos, drenaje, irrigación, etc.; todo sin necesidad de recurrir a la ampliación de los campos de laboreo.

Con el término agricultura intensiva me refiero al incremento en el uso de una unidad de tierra para la producción; es decir, al incremento en el tiempo de uso, mayor al que pueda permanecer en barbecho, no al incremento de recursos que se invierten en una unidad de tierra para maximizar su rendimiento productivo, como capital y trabajo que se invierten en una unidad de tierra para maximizar su rendimiento productivo. El concepto de agricultura intensiva no implica, necesariamente, incremento de la productividad. Pero, como veremos más adelante en el caso de un sector al suroriente de Isnos (en el Alto Magdalena, suroccidente de Colombia), los patrones de asentamiento en la secuencia temporal podrían insinuar también optimización del espacio para incrementar la producción.

Ahora bien, basados en la información paleoclimática obtenida en el Valle de La Plata (Herrera *et al.* 1989), área contigua con características geográficas similares, las condiciones climáticas imperantes en la zona, del año 1050 al 50 a.C., período Formativo, se caracterizaron por alta precipitación y bajas temperaturas (Drennan *et al.* 1989); a partir del año 50 a.C., comienzos del período Clásico Regional, mejoraron hacia las condiciones actuales; pero luego del año 550 y hasta el 1300 d.C. hubo un incremento tanto en la precipitación como en la temperatura. Eso, por lo menos en Isnos, no indica necesariamente una mejora en las condiciones de los suelos como lo señala Piñeros (1989:222), pues es evidente que ocasionó saturación de agua en ellos. Por esa razón los pobladores prehispánicos se vieron en la necesidad de drenarlas para evacuar los excesos de agua a pesar de tratarse de relieve de colinas.

Estas particularidades medioambientales, bien pudieron convertirse en limitantes, que, a su turno, serían algunas de las razones, aunque no las únicas, que pueden explicar el hecho de que se destinaran algunos suelos, en forma intensiva, a las actividades agrícolas, o por lo menos que surgiera la necesidad de drenarlos para hacerlos más productivos, como veremos más adelante.

Por otra parte, si se observa que la producción agrícola es mayor que los requerimientos nutricionales del grupo, porque está ausente la presión demográfica, es posible que la unidad doméstica o la comunidad esté presionada de alguna manera a ceder ese excedente a un agente central, perteneciente a un

nivel superior en la estructura social supralocal. En otras palabras, se podría tratar del ejercicio del control político sobre la producción de excedentes logrados por los comuneros. El control lo efectuarían las elites para su beneficio y para el mantenimiento de sectores no vinculados directamente a la producción de bienes básicos, aunque estrechamente relacionadas con esas elites.

Fueron varias las consideraciones que guían el estudio de la producción agrícola prehispánica en el actual municipio de Isnos. Ante todo, se fundamenta en el reconocimiento regional de cubrimiento total de diferencias espaciales y, por lo tanto, de las magnitudes de integración de los segmentos sociales durante buena parte del desarrollo cultural regional, que comprende desde las primeras sociedades agrícolas (del 1100 a.C. al año 1 o período Formativo) hasta aquellas con altos grados de integración y de centralización política (del 800 al 1500 d.C., o período Tardío). De esta manera se resuelven los baches extremos y las innumerables limitaciones que implica el estudio de sitios individuales e incluso de áreas muy reducidas que llevan a inferir configuraciones espaciales de áreas de ocupación absolutamente irreales, densidades de población muy bajas o muy altas, dislates sobre despoblamientos por emigraciones e incluso repoblamientos por sociedades foráneas de procedencia desconocida.

## Medio ambiente del área de estudio

La zona donde se realizó este estudio está ubicada al sur y oriente del área urbana del municipio de Isnos, entre la vertiente oriental de la cordillera Central y el cañón del río Magdalena, al sur del departamento del Huila (Figura 1). La orografía es uniformemente ondulada, con colinas de cimas planas de poca elevación; la zona corresponde al piso térmico templado, entre 1.600 y 1.800 m.s.n.m. Impera una temperatura media de 18 a 22° C y una pluviosidad entre 1.100 y 1.500 mm anuales, con distribución de lluvias de tipo monomodal. No es una zona de pisos térmicos contrastantes a corta distancia, exceptuando la proximidad del piso térmico frío sobre el flanco de la cordillera Central, por encima de los 2.000 m.

En general, los suelos varían de moderadamente evolucionados (suelos jóvenes con horizontes poco definidos) a muy evolucionados. En el área se distinguen unidades de origen volcánico y fluvio-volcánicos, producto de las diversas fases de actividad volcánica que se han sucedido sobre el vértice que forman las dos cordilleras. Por lo tanto, existen varios conos de escoria (conos volcánicos de poca elevación); sectores de coladas de lavas de diferentes composiciones; ignimbritas de edad pliopleistocénica (muy pobres en los minerales básicos que requieren las plantas) y con extensa cobertura; y mantos piroclásticos y ceniza volcánica (cf. Kroonenberg *et al.* 1981; Kroonenberg y Diederix 1985). Debido a los eventos de alta precipitación pluvial que se han presentado históricamente

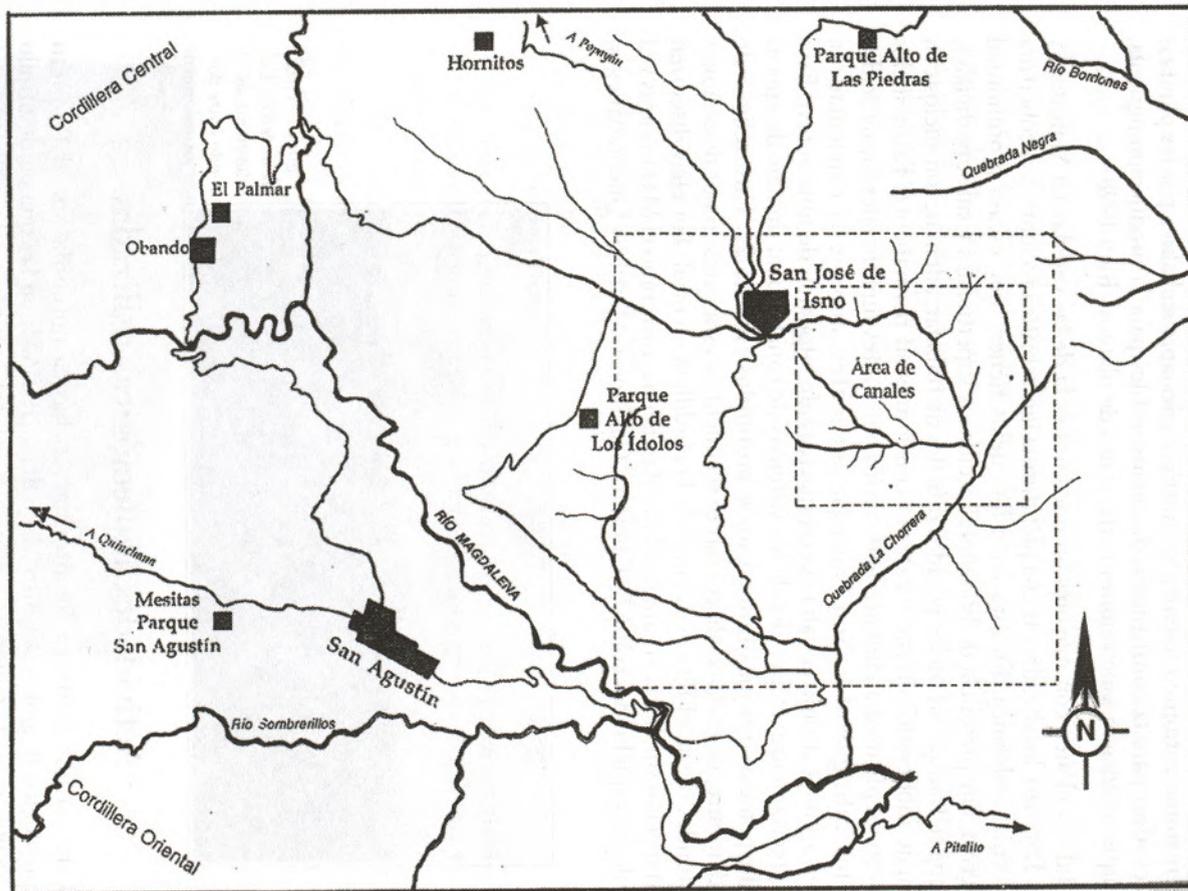


Figura 1. Localización del área de estudio (recuadro mayor) y el área de canales en las veredas La Marquesa y San Lorenzo (recuadro menor).

(Herrera *et al.* 1989) los suelos sufrieron procesos de fuerte lavado; a estos se agrega un clima de humedad relativa alta y saturación de arcillas. Por lo tanto, la formación y acumulación de bases y de minerales con alta capacidad de intercambio catiónico (elementos nutricionales aprovechables por las plantas) no es ideal para la constitución de suelos fértiles para la producción agrícola, aunque sostengan asociaciones particulares de plantas (Rico 1998).

Tal vez el área con mayores limitaciones es la de las veredas La Marquesa y San Lorenzo, localizadas en una plataforma ignimbrítica reciente con cobertura de ceniza volcánica. En esta zona los suelos tienen muy escasa profundidad efectiva, hay presencia de horizontes arcillosos superficiales y subsuperficiales, lo que se traduce en suelos pesados difíciles de trabajar; además, son suelos con drenaje moderado interno y externo con humedad permanente. Estos suelos poseen un pH medianamente ácido en los horizontes superficiales y muy ácidos en los subsiguientes. Son bajos en nutrientes, aunque la capacidad de intercambio catiónico es alta (i.e., capacidad de retención de nutrientes). Esta es, precisamente, el área donde los sistemas de canales para drenaje de épocas prehispánicas son más numerosos y profundos (Figura 2). Este relieve de piedemonte, de cadenas de colinas descendentes, está surcado por disecciones profundas desde el flanco oriental de la cordillera Central. Por ellas discurren en dirección sur, hacia el cañón del río Magdalena, ríos como el Mazamorra y el Bordes y quebradas como La Chorrera, Gallineros, Mortiño y Quebradanegra.

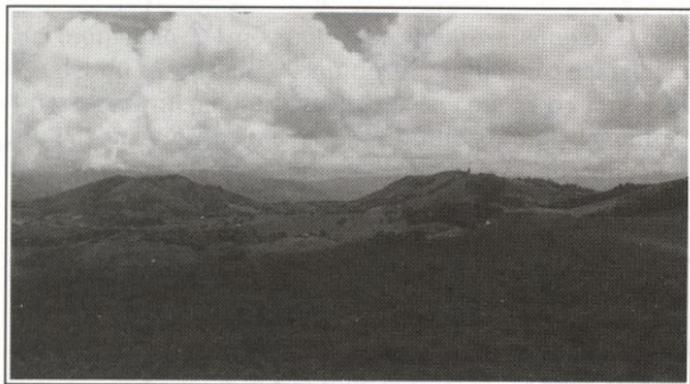


Figura 2. Vista de la vereda La Marquesa, al fondo entre dos conos volcánicos.

## Actividades arqueológicas realizadas

Este estudio parte de la información básica obtenida por el Proyecto Arqueológico Regional del Alto Magdalena (PARAM) en la zona en desarrollo del reconocimiento regional de cubrimiento total. Este reconocimiento permitió efectuar un inventario de las áreas de ocupación surcadas por canales para drenaje y campos de cultivo con eras. La distribución de estos rasgos abarca la mayor

parte del municipio de Isnos, aunque son más numerosos en el sector al suroriente, en las veredas La Marquesa, San Lorenzo y Mondeyal (Figuras 3 y 4). Los sistemas de canales en este sector se conservaron sin mucha alteración gracias a que fue un territorio de recolonización tardía y a que fueron terrenos dedicados fundamentalmente a la ganadería. El excelente estado de conservación en que se encuentran esos campos de cultivo resulta de vital importancia para observar el desarrollo de técnicas de cultivo, magnitud de la fuerza de trabajo invertida, intensidad de la producción, tipos de cultivos y consumo. En resumen, estamos frente a una impostergable oportunidad para entender el proceso de desarrollo de la agricultura como práctica económica autosuficiente de las unidades familiares pertenecientes a grupos locales y para comprender el cambio hacia la práctica de uso intensivo de los suelos en el marco de una economía política propia de las sociedades supralocales.

## Agricultura intensiva

¿Por qué considerar que la presencia de nuevas tecnologías, como los canales para drenaje, señalan campos de cultivo de uso intensivo? Netting (1993:262) señaló al respecto:

La intensificación, más precisamente definida, es un proceso de incremento en la utilización o productividad de la tierra corrientemente bajo producción y contrasta con la expansión, que es la extensión de tierra bajo cultivo.

Ahora bien, el surgimiento del uso intensivo de los suelos puede ser el resultado de varios eventos y/o necesidades que, básicamente, se contemplan en las tres hipótesis iniciales.

Para someter a prueba las hipótesis aludidas, creí adecuado delimitar un área de 17 km<sup>2</sup> que incluye las colinas con mayor cantidad de canales para drenaje en las veredas La Marquesa y San Lorenzo. Estos 17 km<sup>2</sup> (recuadro pequeño en la Figura 1) comprenden 83 sitios o áreas de ocupación, delimitados cuando se realizó el reconocimiento. El material cerámico obtenido en el reconocimiento



Figura 3. Canales para drenaje en la vereda La Marquesa.

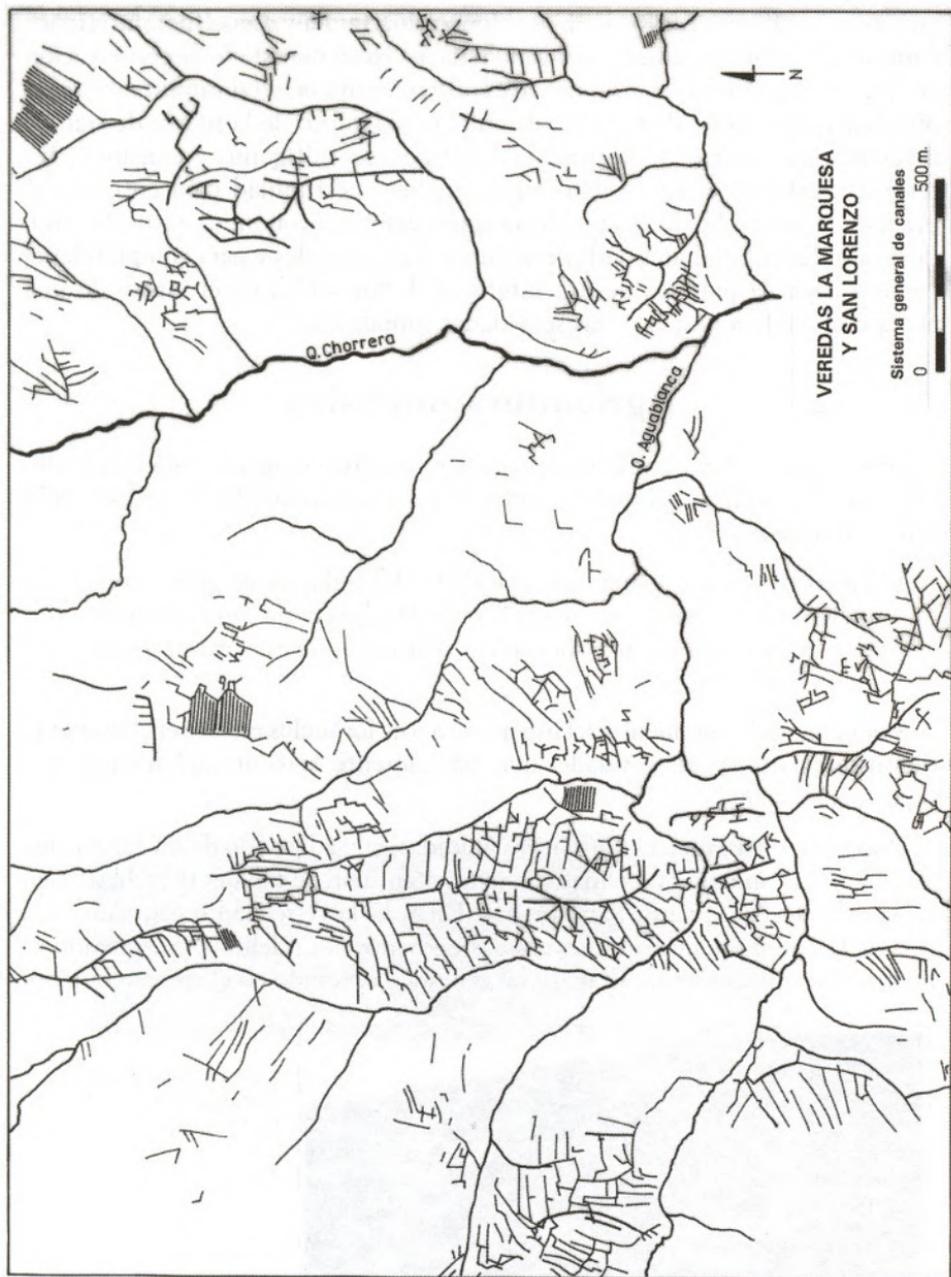


Figura 4. Sistema de drenaje en las veredas La Marquesa y San Lorenzo.

se clasificó siguiendo la tipología definida por Drennan (1985) en el valle de La Plata. El resultado son los mapas del terreno ocupado por las viviendas durante cada uno de los períodos de la cronología regional (Duque y Cubillos 1989, 1993; Drennan y Quattrin 1995) (Figura 5) y la variación cuantitativa de las ocupaciones que se pueden observar en la Tabla 1. Las subdivisiones Temprano, Medio y Tardío que uso aquí corresponden a los períodos Formativo 1, 2, y 3 respectivamente.

Tabla 1. Variación cronológica  
de los asentamientos en el área de canales

	Formativo Temprano	Formativo Medio	Formativo Tardío	Clásico Regional	Reciente
Total áreas de ocupación	6	13	43	79	66
Áreas de continua ocupación	-	3	15	39	62
Áreas abandonadas	-	1	2	1	7
Áreas reocupadas	-	-	1	2	-
Áreas nuevas	-	10	27	38	4
Promedios frag. por sondeo	1,38	2,0	2,4	10,2	5,2

El primer inconveniente para resolver se relacionó con la posibilidad y procedimiento a seguir para lograr información sobre la asociación y contemporaneidad entre los canales de drenaje y las eras para cultivo, y algunas de las muchas viviendas. Estos se construyeron sobre las cimas de las colinas durante diversos momentos del devenir histórico, pero sus plantas en el registro arqueológico son generalmente intrusivas. Por otro lado, la asociación y contemporaneidad son dos rasgos arqueológicos imposibles de fechar mediante los procedimientos químicos usuales.

Resulta extremadamente difícil y peligroso, de acuerdo con los estudios regionales de cubrimiento total realizados en el sur del Alto Magdalena, colegir asociación y contemporaneidad entre estos elementos por el simple hecho de ser contiguos en el espacio, cuando se carece de adecuada y suficiente información diacrónica sobre densidades de asentamientos y sobre las distribuciones de las viviendas en esos asentamientos.

Para obtener esa información fue necesario, como primer paso, aplicar la técnica que en el PARAM se denominó "reconocimiento intensivo". Se trata de la excavación de cortes estratigráficos de 1x1 m de lado, a intervalos de 40 m, fundamentalmente sobre las cimas de las colinas (áreas de ocupación), cubriendo un área de 5,5 Km<sup>2</sup>, en el centro sur de los 17 km<sup>2</sup>, donde es más profusa la presencia de canales para drenaje. Con esto se logra que, si el reconocimiento

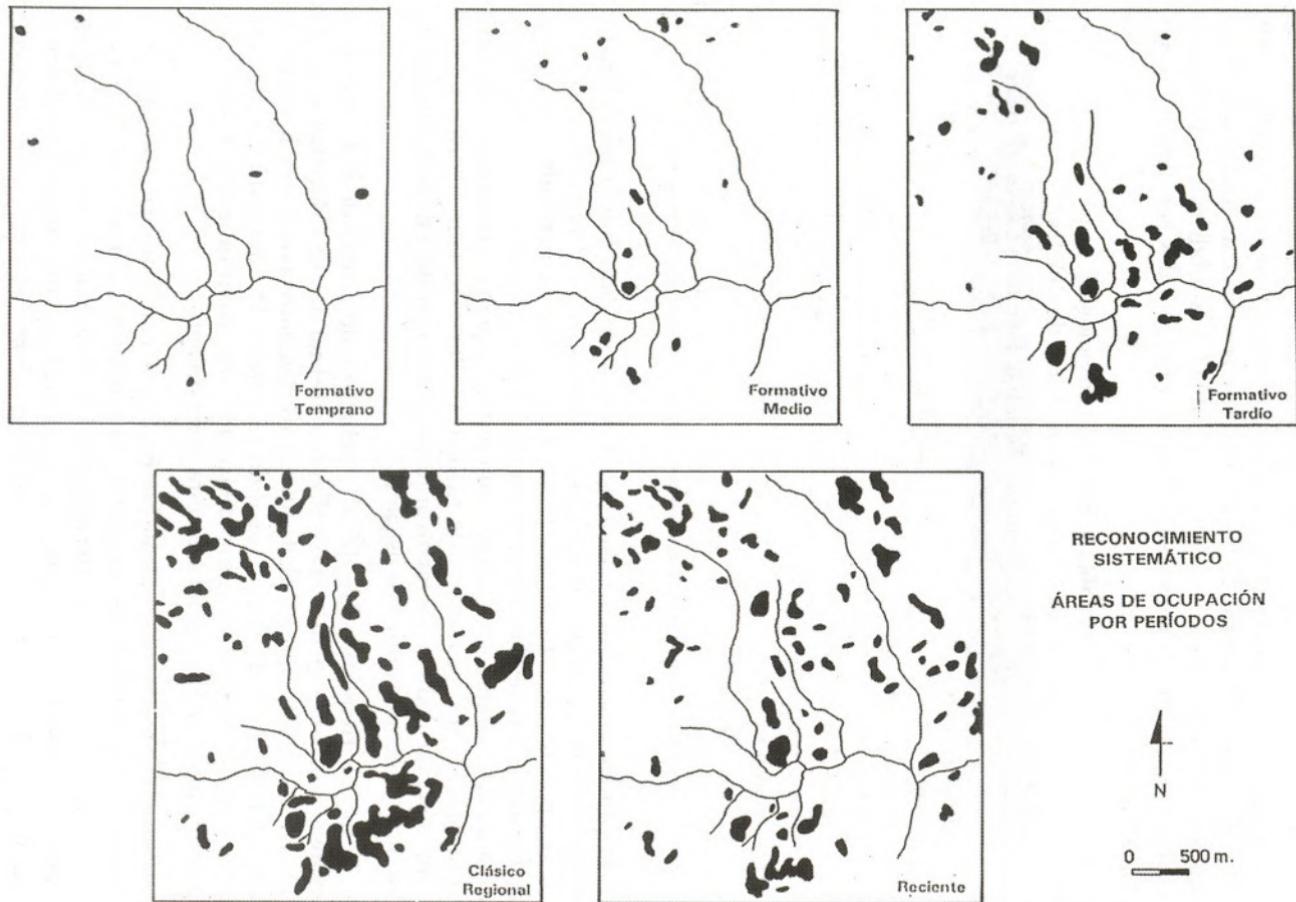


Figura 5. Áreas de ocupación del reconocimiento arqueológico en las veredas La Marquesa y San Lorenzo, (fotos aéreas).

sistemático permite obtener información sobre concentraciones de restos de artefactos, de manera más fehaciente se alcance este objetivo mediante muestreos más contiguos, de mayor amplitud y con control estratigráfico. Por otra parte, los cortes se hicieron sin considerar las distancias a las que se hallaban los canales, porque se buscaba un muestreo lo más representativo posible de las áreas sobre las colinas donde estuvieron ubicadas las viviendas en épocas prehispánicas.

Simultáneamente se buscaba información sobre posibles diferencias cualitativas entre las unidades residenciales, en las diferentes áreas de ocupación del sector y extraer muestras de suelos para recuperar restos botánicos procedentes de las proximidades de las plantas de viviendas prehispánicas y de los campos de cultivo, de ser posible.

Se excavaron 323 cortes en 42 sitios o áreas de ocupación, y de ellos se tomaron 1.230 muestras de suelos para flotación. En total, 441 muestras resultaron óptimas por la presencia de semillas de cultígenos y de plantas colonizadoras. Hasta el momento, solamente se ha realizado un análisis parcial de las semillas obtenidas durante las excavaciones efectuadas (Tabla 2).

Tabla 2. Semillas obtenidas durante el reconocimiento intensivo, por período

	Formativo Temprano	Formativo Medio	Formativo Tardío	Clásico Regional	Reciente
<b>Cultígeno</b>					
Uchuva (Phivalis cf. peruviana)		+		+	+
Maíz <sup>1</sup> (Zea mays)		+	+	+	+
Achiote (Bixa orellana)					
Tomate (Lycopersicum cf. Esculentum)			+	+	+
Papaya (Carica papaya)				+	+
Fríjol (Phaseolus vulgaris)			+	+	
Chirimoya (Anona chirimola)			+	+	
Palma <sup>2</sup>			+	+	
Bulbo <sup>3</sup>			+	+	
Platanillo (Heliconia huilensis)				+	
	1050 AC	50 AC	550	1300	
	Baja temp. Alta precip.		Condiciones similares a las actuales		Alta temp. Alta precip.

1. Por lo menos tres variedades.  
 2. Frecuente, pero aún no identificado.  
 3. Bastante frecuente, pero aún no identificadas.

Confirmada la distribución de las concentraciones de restos de artefactos prehispánicos, llevamos a cabo un procedimiento que nos informara sobre los materiales acumulados en las proximidades de los bordes de algunos canales para drenaje, en las partes planas sobre las cimas de las colinas.

Para lograr la información pertinente fue necesario excavar dos canales profundos con cortes transversales, de tal forma que se apreciara la estratigrafía y las características de los depósitos de material cerámico. En el sitio 618 se excavó una trinchera de 8x1 m de ancho y en el sitio 739 una de 5x1 m de ancho (Figura 6). La mayor concentración de material arqueológico se presenta en las cuadrículas 1 y 7, en los extremos de la trinchera; pero lo más interesante es que desde los niveles superficiales los fragmentos cerámicos típicos de los períodos cronológicos se hallan mezclados y, más interesante aún, los materiales del período reciente se encuentran en niveles superficiales mezclados con los de los períodos anteriores.



Figura 6. Cortes a partir de los bordes de los canales para drenaje

Las características de los depósitos de materiales en el corte 2 del sitio SA 739 no difieren mucho en relación con los del primer corte; la cerámica perteneciente al período Reciente representa el 22% y, al igual que en el primer corte, se encuentran mezclados con materiales del Formativo Tardío y del Clásico Regional en niveles superficiales.

Luego de la excavación de las trincheras y de percatarnos de la presencia y densidad de los materiales en los bordes de los canales, decidimos excavar pequeños sondeos de 40x40 cm de lado a lo largo de algunos otros canales, a 1 m de distancia de sus bordes y a intervalos de 5 m, con el fin de verificar la información suministrada por los cortes transversales. En total se excavaron 154 sondeos a lo largo de 5 canales.

Se realizó la clasificación de los materiales obtenidos de estos sondeos y, aunque no se pudo observar con rigurosidad la estratigrafía cultural, se advirtieron depósitos no muy profundos y presencia mezclada de fragmentos cerámicos en los niveles más superficiales, con tendencia estratigráfica hacia los niveles profundos de los materiales pertenecientes a los períodos Formativo y Clásico Regional.

Lo obtenido hasta el momento tiende a confirmar que (a) los materiales del período Clásico Regional se hallan diseminados ampliamente sobre las cimas de las colinas; (b) el análisis de las estratigrafías natural y cultural, especialmente en los cortes, indica presencia simultánea de los diversos tipos cerámicos, en especial de los grupos Guacas y Barranquilla, en niveles superficiales, y (c) la distribución espacial de los materiales del período Reciente (grupo Barranquilla) es bastante menor si se la compara con la de los materiales Guacas del período anterior o Clásico Regional; además, estos materiales se encuentran en buena proporción en unos pocos sectores alejados de los bordes de los canales.

Los cortes restantes se excavaron en sitios ubicados sobre suelos con propiedades agrícolas más benignas que las que presentan los de La Marquesa-San Lorenzo. Con estas excavaciones queríamos constatar si la construcción de los canales en épocas prehispánicas se debió exclusivamente a la intención de los habitantes del sector La Marquesa-San Lorenzo por mejorar las condiciones y hacerlos más apropiados para la producción de alimentos o si se trató de una estrategia de los agricultores en períodos de precipitaciones abundantes; también queríamos saber, por supuesto, el período o períodos en que se realizaron estas obras de adecuación.

En la vereda Mondeyal, ubicada al oriente de La Marquesa, hay trata de suelos bien desarrollados, bastante profundos y de texturas franca y franca arenosa; poseen buen drenaje interno y externo. Los cortes 3, 4 y 5 se excavaron en el sitio 1503, sobre una colina de poca elevación con cima plana bastante extensa en forma de L. En esta ocasión las trincheras de 3x1 m no cortaron los canales; simplemente se excavaron a partir de los taludes. Los fragmentos cerámicos pertenecen a los grupos Guacas (período Clásico Regional) y Barranquilla (período Reciente) en un 95%, y se encuentran muy superficiales y mezclados, salvo en la cuadrícula 2, donde los Guacas a mayor profundidad parecen mantener la posición estratigráfica original. En el corte No. 4 la situación fue similar, aunque a mayor distancia del talud el comportamiento estratigráfico conserva la posición original. En el corte No. 5 la tendencia fue la misma: presencia muy superficial mezclada de los materiales del período Clásico Regional (Guacas) con los materiales Barranquilla del período Reciente. Sin embargo, a medida que la cuadrícula se aleja del talud del canal (cuadrícula 3) la estratigrafía conserva su ubicación normal, como era de esperarse.

Los cortes 6A y 6B se efectuaron en una colina de cima plana extensa vecina al Alto de Los Idolos. Este sitio proporcionó magnífica información; la ocupación se inició desde el período Formativo Temprano y se prolongó hasta el período Reciente. La presencia de material cultural alcanza una profundidad de 45 cm. Gracias a la alta densidad de material cerámico que se encontró, fue posible advertir con mayor claridad la mezcla resultante de la remoción de tierra cuando se construyó el canal. Solo a profundidades mayores de 20 cm se conserva la estratigrafía cultural. De los 20 cm hacia la superficie los materiales de todos los períodos se encuentran mezclados: fragmentos Tachuelo (Formativo Temprano), Planaditas (Formativo Medio), Lourdes (Formativo Tardío), Guacas (Clásico Regional) y Barranquilla (período Reciente).

## La importancia de la escala

Varios aspectos e interrogantes surgieron al observar el comportamiento de los asentamientos y de las concentraciones de desechos domésticos en las áreas de ocupación que cubrían esos 17 km<sup>2</sup>; esto nos incentivó a ampliar la extensión del área de estudio. Las siguientes son algunas de las consideraciones e inquietudes que condujeron a esta determinación:

1. Durante el período Reciente la cantidad de sitios o áreas de ocupación, lo mismo que la densidad de material cerámico en los depósitos, desciende de modo abrupto en comparación con los datos disponibles para el Clásico Regional. Este fenómeno contrasta notoriamente con las cifras de otros sectores de la región, cubiertos por el reconocimiento sistemático realizado por el PARAM. Es el caso del Alto de Los Idolos a cuyo alrededor se observa, desde el período Formativo, una tendencia al crecimiento constante en la cantidad de asentamientos y en las densidades de fragmentos cerámicos en los depósitos (Sánchez 1994:250-52).

2. ¿A qué se debió la concentración de asentamientos (o mejor, la agregación) que se observa en la esquina noroccidental del área, separada desde el inicio de la colonización del resto de asentamientos por una franja despoblada o de muy baja densidad de ocupaciones? ¿Se trató de una frontera entre dos unidades políticas o ese vacío refleja la mala calidad de los suelos para fines agrícolas, poco apetecidos por los pobladores?

3. El estudio de suelos abarcó un área mucho mayor que la sometida a escrutinio arqueológico; por lo tanto, era interesante saber si algunos de los patrones de asentamiento que observamos en La Marquesa y San Lorenzo continuaban en sectores aledaños a su alrededor, de acuerdo con la caracterización agrológica realizada.

4. Tratándose de unidades socio-políticas que han trascendido el nivel segmentario, debe existir interrelación entre unidades locales; un rasgo fundamental de ese proceso es la delimitación territorial de tipo regional, porque se trata de sociedades supralocales.

Ante estas consideraciones era necesario abarcar un área más extensa que nos permitiera observar con mayor holgura las características de los asentamientos; por lo tanto, decidimos delimitar un área de aproximadamente 40 km<sup>2</sup> (recuadro mayor en la Figura 1). En estos 40 km<sup>2</sup> se habían delimitado 305 sitios o áreas de ocupación durante el reconocimiento sistemático del PARAM y comprende aproximadamente 460 hectáreas de terreno adecuado para la ocupación con viviendas. La ocupación por periodos de esta área se aprecia en la Tabla 3 (resultados preliminares).

Tabla 3. Variación cronológica  
de los asentamientos en el área de estudios

	Formativo Temprano	Formativo Medio	Formativo Tardío	Clásico Regional	Reciente
Total áreas de ocupación	31	85	162	224	229
Áreas de continua ocupación	-	24	77	130	176
Áreas abandonadas	-	7	13	34	42
Áreas reocupadas	-	-	6	9	26
Áreas nuevas	-	61	79	85	27
Promedios frag. por sondeo	0,1	0,6	1,4	3,0	8,2

Durante el Formativo Temprano los asentamientos fueron bastante dispersos y de dimensiones muy reducidas. Por las excavaciones realizadas en otras partes cercanas a Isnos (e.g., Llanos 1990; Moreno 1991; Jaramillo 1996) se sabe que las viviendas eran de forma circular u ovalada. Unas veces las casas estaban aisladas sobre las cimas planas de las colinas, en el centro o en sus extremos; otras veces en cimas extensas. En ocasiones se edificaban varias formando pequeños núcleos, pero con espacios amplios entre ellas. Se observa también que podían existir, simultáneamente, un pequeño núcleo y algunas viviendas retiradas, dependiendo de la extensión de las cimas.

En estos sitios la densidad de material cerámico similar al del grupo Tachuelo del Valle de La Plata (Drennan 1985) es extremadamente baja, con un promedio

de 0,1 fragmentos por sondeo. Quizás se trató de viviendas habitadas por familias nucleares o pequeños grupos familiares cuyos recursos alimenticios provenían, fundamentalmente, de cultivos mixtos en pequeñas huertas próximas a las viviendas, pues los grupos que habitaban las partes media y alta del valle del río La Plata –próximo al área de este estudio, con altura y condiciones medioambientales similares– en la misma época (1050 a.C.) ya cultivaban papa, quinua, maíz, frijol y achira (Herrera *et al.* 1989). Los habitantes de este sector complementaban su dieta con recursos silvestres vegetales y animales que abundaban en los extensos bosques en medio de los cuales estaban sus asentamientos.

Finalmente, y este hecho es el más importante, estos primeros agricultores colonizaron, antes que cualquier otra área, la franja angosta que se extiende desde la curva de la quebrada El Mortiño hacia el nororiente (símbolo cartográfico MhV2.1d); es decir, ocuparon desde muy temprano (Figura 7) los suelos que brindaban las mejores condiciones para la producción agrícola en un período en que las condiciones medioambientales eran de alta precipitación y bajas temperaturas. Además de las características químicas y físicas favorables de los suelos, el relieve de colinas favorece el drenaje externo.

En el Formativo Medio se duplican los asentamientos (Figura 8). En general, continúan siendo de tamaños reducidos; la densidad de fragmentos cerámicos similares a los del grupo Planaditas del valle de La Plata es muy baja: 0,6 por sondeo. Entre varios aspectos vale destacar la notoria concentración de áreas de ocupación en el sector oeste (curva de la quebrada El Mortiño), próximo al Alto de Los Idolos, y la dispersión en el sector norte. Hacia el centro-sur (La Marquesa) el poblamiento es extremadamente escaso, salvo que ya hay viviendas en los sitios 804 y 605, dos localidades que con el paso del tiempo adquirirán importancia notoria. Los suelos (unidades Mh V.1.2 de y fundamentalmente Mh V.3.1 cd) son de muy baja calidad para labores agrícolas, puesto que son poco profundos, pobres en minerales básicos y tienen un drenaje interno y externo deficientes por la elevada presencia de arcillas.

En el Formativo Tardío se eleva el número y extensión de los asentamientos. Ahora son 162, definiendo dos sectores: la franja que desde la curva de la quebrada El Mortiño se extiende con dirección nororiente hasta Mondeyal (unidad agrológica Mh V2.1 d), y el centro-sur (La Marquesa-San Lorenzo), cuya población aumenta vertiginosamente (Figura 9). La densidad de material similar al Lourdes del Valle de La Plata casi se triplica: 1,35 fragmentos por sondeo. Es interesante que el sitio 605 (centro sur del área de estudio) es el de mayor extensión y en su centro se halla una tumba con sarcófago monolítico en la que se enterró a una persona de rango sobresaliente.

La sectorización de los asentamientos, su aumento numérico y su ampliación no se relacionan únicamente con la disponibilidad de tierra óptima para la

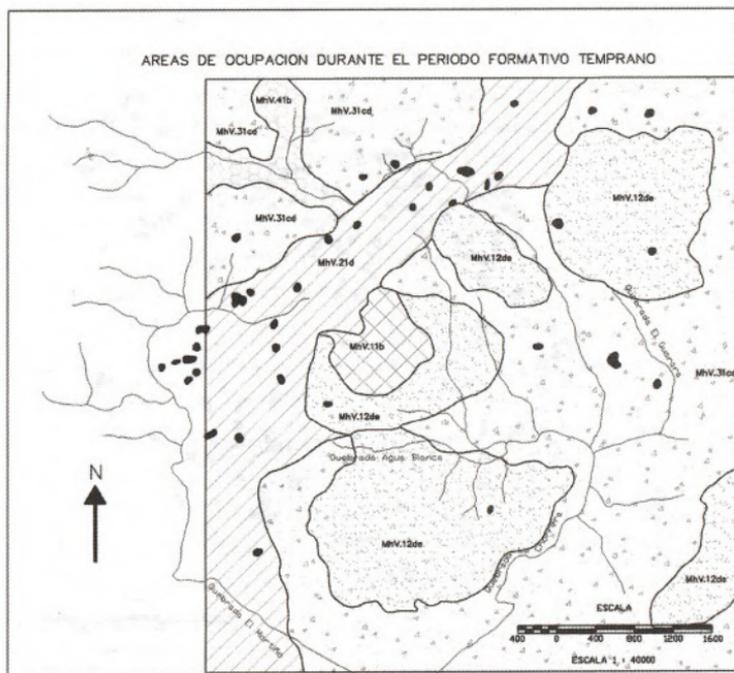


Figura 7. Ocupación del Formativo Temprano en el área de estudio.

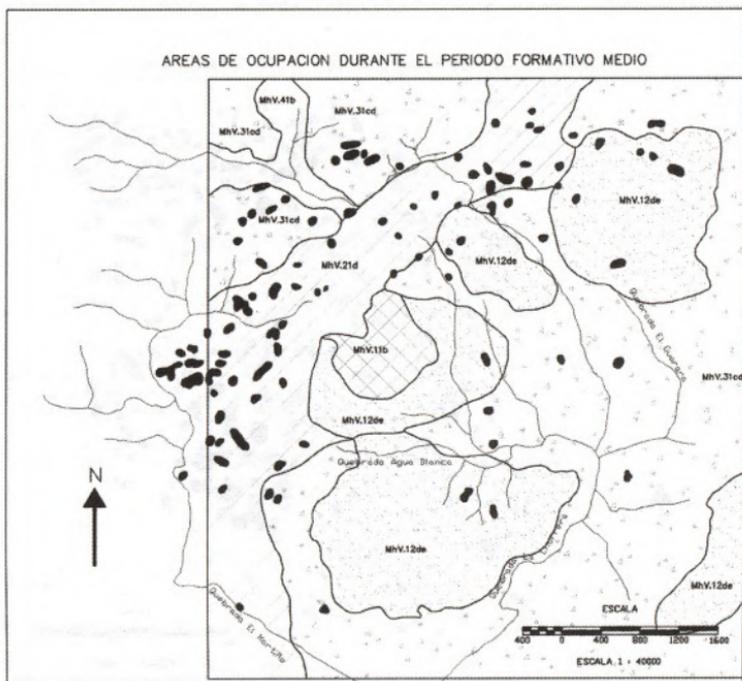


Figura 8. Ocupación del Formativo Medio en el área de estudio.

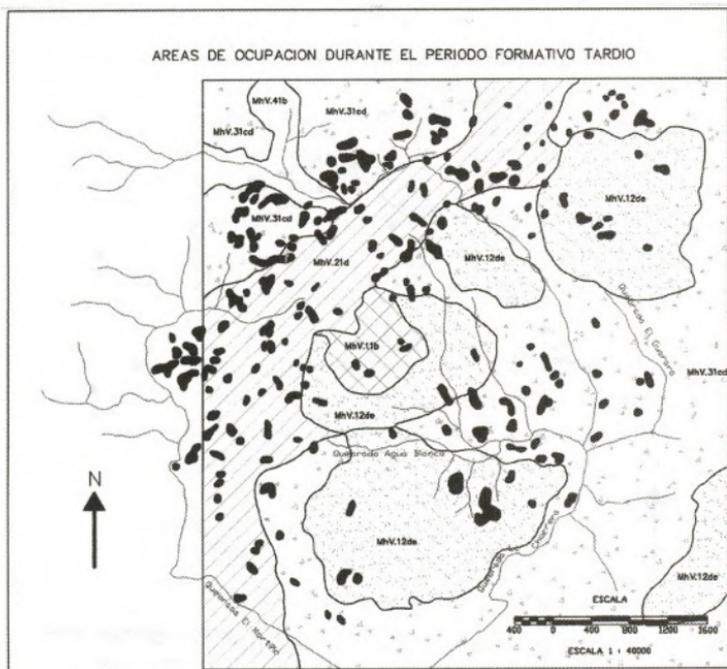


Figura 9. Ocupación del Formativo Tardío en el área de estudio.

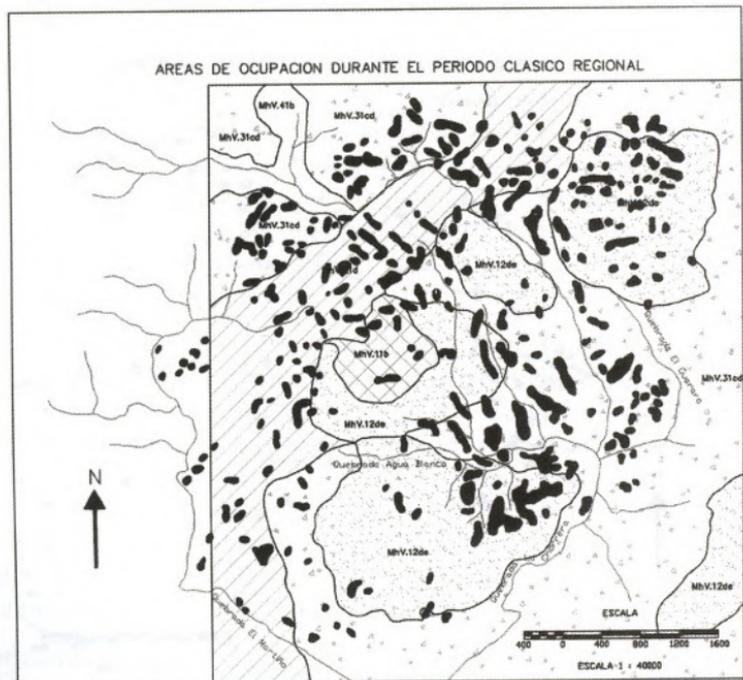


Figura 10. Ocupación del Clásico Regional en el área de estudio.

producción agrícola. Esto, debido a que la franja El Mortiño-Mondeyal (unidad agrológica Mh V2.1 d) permaneció ocupada, sino también con el incremento constante de la población que, sin embargo, no excedió la capacidad de sostenimiento (además porque una buena cantidad de asentamientos no fueron contemporáneos), por lo que la práctica del barbecho debió ser frecuente. De otro lado, el poblamiento de La Marquesa parece estar dispuesto en relación con el sitio 605, ocupado desde el Formativo Temprano. Hipotéticamente, se trataría de grupos de agricultores organizados en sociedades segmentarias (Service 1971; Sahlins 1984) con asentamientos algo dispersos, pero no muy alejados unos de otros, con tendencia a las agregaciones. Este tipo de sociedad se caracteriza, entre otros aspectos, por la integración a nivel de linajes que actúan como unidad socio-política autónoma.

El período Clásico Regional (Figura 10) corresponde al auge funerario del Alto de Los Idolos en los siglos I a.C. a VI d.C. (Duque y Cubillos 1988) y de poblamiento en su área más próxima (Sánchez 1994). Este hecho coincide con el período de mayor presencia de población en los sectores de La Marquesa-San Lorenzo y Mondeyal (al nororiente del área de estudio) por número, extensión de las áreas ocupadas y por la densidad de material cerámico presente en los depósitos, ahora con un promedio de 3 fragmentos por sondeo de material similar al grupo Guacas del Valle de La Plata. Además, en los sitios centrales de estos dos sectores se enterraron algunos individuos en sarcófagos monolíticos y montículos artificiales. En este momento se abandonan antiguas áreas de ocupación, principalmente en la pequeña franja al occidente, próxima al Alto de Los Idolos. Podría pensarse que se creó un área fronteriza discreta por lo menos entre los dos sectores más cercanos: Alto de Los Idolos y La Marquesa-San Lorenzo y, por supuesto, entre el segundo y Mondeyal. En el sector de La Marquesa-San Lorenzo las cimas de las colinas albergan varias viviendas esparcidas sin orden aparente, pero a prudente distancia unas de otras. Por ejemplo, el sitio 574, donde hay por lo menos 12 concentraciones de material cerámico; el 621, que posee 13 concentraciones; el 598, con 9, y el 598, con 7.

Aunque en el Período Reciente (Figura 11) se reocupan algunas áreas, la población contigua a Idolos es escasa; simultáneamente decrece ostensiblemente el número y extensión de las áreas de ocupación en el sector de La Marquesa-San Lorenzo y continúan aumentando las áreas al norte en la franja de suelos óptimos, con énfasis hacia Mondeyal. Por supuesto, en La Marquesa-San Lorenzo, la densidad continúa siendo alta en las concentraciones de material, hecho que podría indicar la reubicación de las viviendas con objeto de optimizar espacio (dejar más espacios libres de viviendas), o que estas se aglomeraron formando muy pequeños núcleos, como nos lo sugiere la Figura 12; sin embargo, es posible que el abandono de algunas áreas se debiera al agotamiento de los suelos agrícolas.



Este comportamiento del poblamiento induce a pensar más en la incidencia de factores políticos que de otra índole. Durante casi todo el período Clásico Regional se disfrutaba de unas condiciones climáticas similares a las actuales y la población se hallaba ocupando profusamente el espacio, conservando franjas o áreas pobladas discretamente; de ese modo se insinúa la presencia de unidades socio-políticas a las que pueden considerarse como sistemas de integración donde la interdependencia (movimiento de materia, energía e información entre las unidades) es alta, aunque de escasa centralización política (al respecto ver Kowalewski *et al.* 1983:35).

La comunidad que ocupaba el centro-sur del área de estudio (La Marquesa-San Lorenzo) debió disponer y hacer productivos unos suelos cuyas características no son las más aptas para la producción agrícola. Las otras comunidades, en cambio, disfrutaban de mejores condiciones para la producción, por lo menos hacia el Alto de Los Idolos y hacia el norte. También ese hecho nos sugiere que se trataba de segmentos sociales pertenecientes a comunidades mayores.

La magnitud del poblamiento en La Marquesa-San Lorenzo (ver Tabla 1, Figura 5) nos plantea las siguientes inquietudes: ¿Cómo considerar durante ese período la producción agrícola para alimentar a la elevada población? Muy seguramente se redujo la posibilidad de roturar campos indiscriminadamente en cercanías de la viviendas, aunque las unidades familiares continuaron disponiendo de cantidades adecuadas de tierra para la producción de sus alimentos.

Si había muchas viviendas sobre las cimas de las colinas (Figura 12), en un período en que las condiciones climáticas eran similares a las actuales, ¿cómo se explica la presencia de tan elevado número de canales para drenaje inalterados en su continuidad e intersecciones que cubren las colinas?

Ahora bien, si durante el Clásico Regional se abandonaron 34 áreas de ocupación (Tabla 3), este fenómeno sólo se relaciona con la definición de un área de frontera (entre Idolos y La Marquesa) entre dos comunidades o tal vez dos unidades políticas. Durante el período Reciente, el número de áreas abandonadas es mayor, pero a expensas del abandono de La Marquesa-San Lorenzo, cuyos habitantes se debieron nuclear formando muy pequeños asentamientos de unas pocas casas contiguas; así se consiguió la optimización del espacio, o tal vez, aunque poco probable, debieron emigrar hacia los sectores norte y nororiental a pesar de la alta población que allí vivía. Este cambio en el patrón de asentamiento coincidió con un nuevo cambio climático de alta precipitación pluvial y bajas temperaturas.

Si una parte considerable de la población no emigró con las nuevas pero adversas condiciones climáticas, y ya con una población más numerosa, las unidades familiares debieron optimizar el espacio de que disponían (Figura 12);

ahora ya no podían cultivar en cualquier parte, como sucedía durante el evento climático igualmente adverso del período Formativo, porque había más población. Ahora había que permanecer en un mismo sitio y cultivar con mayor frecuencia las parcelas aledañas a las viviendas. Para ello se vieron en la necesidad de mejorar las condiciones de los suelos, construyendo canales para drenaje, y cultivar en eras, siguiendo la dirección de las pendientes.

## Consideraciones finales

En el área agustiniana, particularmente en el sector al sur-oriente de Isnos, las evidencias sobre actividades agrícolas prehispánicas difieren con el paso del tiempo; por lo tanto, los rasgos arqueológicos resultantes de esas actividades no siempre son fácilmente detectables en el campo. Disponemos fundamentalmente de los sistemas de canales construidos sobre las cimas y laderas de las colinas, que por supuesto, como expresión de un uso definido de los suelos, correspondieron a momentos particulares del devenir histórico. Para otras prácticas particulares de laboreo y de facetas de los procesos productivos, debemos contemplar información que nos proporcionan la etnohistoria regional y la etnografía. Afortunadamente, la extensión y magnitud de las adecuaciones de los suelos en la zona nos permiten comparar sus distribuciones en relación con los patrones de asentamiento, como expresiones de unos órdenes sociales y económicos definidos, y con las condiciones medioambientales a través del tiempo.

¿Qué significa, en términos productivos agrícolas, la presencia de sistemas de drenaje en los campos agrícolas? Sin duda, el uso permanente o muy prolongado de las mismas unidades de laboreo, y expresan el resultado de exitosas estrategias de adaptación al medio ambiente, en el proceso de expansión de la población y de las definiciones político-territoriales. De acuerdo con la problemática que nos ocupa, la adaptación debe ser considerada como “el proceso mediante el cual tanto las especies de cultígenos como las prácticas agrícolas son introducidas y ajustadas a las condiciones locales” (Tuggle and Tomonari-Tuggle 1980 en Ladefoged *et al.* 1996:862-64); es decir, se trata de una selección consciente; por esto, es de esperar que las especies cultivadas en los diversos sectores de la zona varíen en algún grado.

Cuando se trata de sociedades segmentadas simples, el producto básico en esta estrategia de cultivo se realiza fundamentalmente a nivel de las unidades domésticas. Sin embargo, requiere una organización del trabajo disciplinada, y el uso y mejoramiento permanente de recursos; es decir, es la inversión de fuerza de trabajo en el mejoramiento del medio de producción básico, la tierra. La fuerza de trabajo es, además, el factor que a la postre establece derechos de uso a largo plazo y por ende la transmisión de generación tras generación, de esos derechos de uso (Netting 1993:60).

No obstante la connotación que tiene el concepto de agricultura intensiva que aquí manejo habría la posibilidad de que, como señaló Boserup (1967), el concepto también indicara incremento de la producción por unidad de tierra, ante las limitaciones territoriales y una numerosa población por alimentar. Esto podría haber sucedido en algunos sectores, especialmente en La Marquesa-San Lorenzo, a finales del período Clásico Regional o muy a comienzo del período Reciente (cuando se inició el segundo evento de condiciones climáticas adversas y dada la presencia mezclada de cerámica producida en los dos períodos en los sitios donde se realizaron los cortes).

Sobre el aspecto demográfico, principalmente en su relación con el surgimiento de la agricultura intensiva, logramos referentes que indican crecimiento constante de la población, por cantidades y extensión de las áreas ocupadas y por las densidades de restos de artefactos en los depósitos, desde el período Formativo Temprano hasta el período Reciente, más de 1.500 años después. En términos generales hubo crecimiento natural constante de la población, que necesariamente implicó la paulatina colonización de nuevas áreas por multiplicación de las unidades familiares; a la postre, esto condujo a que hubiera menos tierras susceptibles de ocupación y, por ende, la imposibilidad de dejar en barbecho prolongado las unidades de laboreo. Ante esa situación, las unidades familiares se vieron precisadas a optimizar el espacio y a definir estrategias que les permitieran suplir sus necesidades básicas de subsistencia.

El segundo factor fundamental, que se ha dicho induce el uso intensivo de los suelos, es el de las limitantes medioambientales, ya sean los cambios climáticos bruscos prolongados o la calidad de los suelos. Estos exigen innovaciones tecnológicas y mayor inversión de fuerza de trabajo, como pueden ser las adecuaciones de los campos de laboreo con la intención de producir más y minimizar riesgos futuros para las unidades familiares y las comunidades. Estas limitaciones medioambientales afectan a unos grupos más que a otros, y en ocasiones, como el caso nuestro, pueden ser determinantes si simultáneamente se presentan otros fenómenos, como la población numerosa y limitaciones territoriales. En La Marquesa-San Lorenzo, los suelos son muy pesados para el laboreo y de baja calidad agrícola a diferencia, por ejemplo, de Idolos o Mondeyal, donde también se hicieron drenajes.

En tercer lugar está la inquietud sobre la incidencia determinante del factor político, cuando el registro arqueológico nos señala facetas de los procesos productivos, en este caso campos surcados por canales dedicados a agricultura intensiva. Todo parece indicar que la centralización política y la jerarquización social en el sur del Alto Magdalena sólo se consolidaron durante el período Reciente de la cronología regional. Entonces pudo cumplirse el planteamiento de Gilman (1991), en el sentido de que la agricultura intensiva implica la producción de excedentes cuyo destino es el sostenimiento de las elites y de los

grupos que a ella sirven. Lo que podemos observar, hasta el momento, es que, dada la baja calidad de los suelos para la producción de alimentos, agravado por los inconvenientes de las altas precipitaciones; presencia de numerosa población (hacia finales del período Clásico Regional), y ante la imposibilidad de emigrar en busca de mejores tierras, por delimitación territorial o circunscripción social como lo denomina Carneiro (1981), la población debe optimizar el espacio, debe reubicar las viviendas para, mediante adecuaciones de los suelos con el objeto de incrementar los ciclos productivos, lograr producir lo indispensable. Sin duda, el aspecto político es aquí determinante, pero en la medida que incide en el ordenamiento espacial tanto local como supralocal.

La agricultura intensiva se inició ya avanzado el período Reciente, de acuerdo con la información estratigráfica de los cortes efectuados, y por la distribución de las concentraciones de material cultural en las áreas de los sitios de ocupación, que proporcionaron el reconocimiento sistemático y el intensivo. Los campos con evidencia de uso intensivo, en este pequeño sector de La Marquesa-San Lorenzo, no reflejan necesariamente extracción de renta por parte de las elites; esta afirmación nos la sugiere el hecho de que no en todas partes los habitantes prehispánicos construyeron sistemas de drenaje. Con seguridad, en otras áreas del Alto Magdalena hubo extracción de renta, hasta donde sabemos, a finales del período Reciente, según se desprende de la lectura crítica de algunos pasajes del libro *Los Andakí* de Juan Friede (1967).

¿Qué nos informan los patrones de asentamiento? Ante todo, que la colonización inicial cubrió las tierras con las mejores aptitudes agrícolas (unidad Mh V2.1.d). Seguramente, durante aproximadamente un milenio (período Formativo) se practicó un tipo de agricultura de tala y quema, pero con uso prolongado de las unidades de laboreo, hasta que se agotara la fertilidad natural de sus suelos, y luego se dejaban en barbecho durante un tiempo prolongado; es decir, una agricultura extensiva, con todas las características de la horticultura o el policultivo, aunque en períodos de altas precipitaciones debieron realizar drenajes efímeros a los campos.

Es a partir del período Formativo Tardío que comienza la construcción de centros de enterramiento de individuos de alto prestigio en la zona (Duque y Cubillos 1988); centros que por su monumentalidad, ubicación y distribución en el paisaje denotan jerarquía. Por lo tanto, las unidades sociopolíticas del período Formativo Tardío (300 a.C. al año 1) probablemente correspondieron a estructuras que estaban trascendiendo el nivel estrictamente local, basadas en relaciones de parentesco para formar linajes (ver Service 1975; Meillassoux 1982 y Sahlins 1984, entre otros). Por tanto, es presumible la presencia de grupos de individuos señalados por la consanguinidad y proximidad a los ancestros claniles, que ejercen el control político. Avanzado el tiempo, durante y después del período Clásico Regional, es posible que el ejercicio del poder político se centralizara aún más en cabeza de individuos descendientes directos de los ancestros

fundadores de los linajes; sin embargo, la autoridad de estos individuos no estaría respaldada por una fuente de financiación muy sólida ni por una autoridad sobre la comunidad, rígida e incuestionable.

Durante el Clásico Regional la población en La Marquesa-San Lorenzo era elevada, tanto que en algunos momentos, tal vez simultáneamente, hubo varias viviendas sobre las cimas de las colinas, pero aún así las unidades familiares disponían de suficiente tierra para la producción de sus requerimientos nutricionales. Si había varias viviendas sobre las cimas de las colinas, no resultaba funcional la construcción de tan elevado número de canales. La agricultura intensiva; por lo tanto, sólo apareció al final del período Clásico Regional o a comienzo del Reciente, cuando cambió el régimen de lluvias y hubo necesidad de reubicar las viviendas de tal forma que los sistemas de drenaje construidos no se interrumpieran y fueran funcionales, evacuando el exceso de agua de todo el terreno. No obstante lo anterior, extensas áreas, en especial de pendientes y cañadas, permanecían cubiertas de bosques y rastrojos, donde se accedía a especies útiles como complemento proteínico.

En toda discusión sobre cambios en las sociedades existe la inquietud difusionista, arraigada en nuestra arqueología, de que los cambios formales en los rasgos de los artefactos, en este caso la cerámica, indican movimiento de pueblos. En nuestro caso sería difícil entender la rápida adaptación lograda por las poblaciones del Formativo Temprano al medio ambiente y su localización sobre los suelos con mejores aptitudes agrícolas si aceptáramos que estos grupos de agricultores tempranos llegaron de la Amazonia (Reichel 1984:73-76) o que penetraron a la región desde el norte (Reichel 1986:80) porque dicho escenario no dejaría mucho tiempo para acumular conocimientos profundos del medio ambiente local.

Esto por supuesto nos induce a pensar en la posibilidad de que las poblaciones agrícolas tempranas, cuyos restos culturales hallamos en el sur del Alto Magdalena, sean descendientes de poblaciones tempranas cuyas economías descansaron fundamentalmente en la recolección y la caza, durante mucho tiempo (centurias!), para que solo la práctica prolongada de ese tipo de economía les proporcionara conocimiento sobre las ventajas y limitaciones de los suelos que habitaban, de la biología de las plantas, de los ciclos climáticos, etc.

Finalmente, lo que observamos no es simplemente una exitosa estrategia de adaptación a unos tipos particulares de suelos o de eventos adversos de mayor precipitación, sino un ajuste adaptativo cultural entre el medio ambiente natural y la densidad de población de una unidad política particular.

## Agradecimientos

Esta investigación, adscrita al Programa de Arqueología Regional en el Alto Magdalena, fue auspiciada por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). Al profesor R. Drennan (Director del PARAM) y a María Victoria Uribe (Directora del ICANH), mis agradecimientos por su permanente preocupación por este estudio. A los estudiantes de los Departamentos de Antropología de la Universidad Nacional y del Cauca, mi gratitud por el denodado esfuerzo en campo para obtener la información aquí presentada.

## Referencias

- Boserup, E.  
1967 Las Condiciones del Desarrollo en la Agricultura. Tecnos, Madrid.
- Cardale, M., W. Bray, T. Gahwiler y L. Herrera (Editores)  
1992 Calima: Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia. Fundación Pro Calima, Bogotá.
- Carneiro, R.  
1970 A theory of the origins of the state. *Science* 169:733-38.  
1981 The chieftdom: precursor of the state. En *The Transition to Statehood in the New World*, editado por G.D. Jones y R.R. Kautz, pp 37-79. Cambridge University Press, Cambridge.
- Cohen, M.N.  
1977 *La Crisis Alimentaria en la Prehistoria*. Alianza Editorial, Madrid.
- Drennan, R.D.  
1984 Long-distance movement of goods in the Mesoamerican Formative and Clasic. *American Antiquity* 49:27-43.  
1985 Arqueología Regional en el Valle de La Plata, Colombia. *Informe Preliminar sobre la Temporada de 1984 del Proyecto Arqueológico Valle de La Plata*. Ann Arbor.  
1995 Mortuary practices in the Alto Magdalena: the Social context of the San Agustín Culture. En *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, editado por Tom D. Dillehay, pp 79-110. Dumbarton Oaks, Washington.

Drennan, R.D., L.F. Herrera y F. Piñeros

1989 El medio ambiente y la ocupación humana. En *Cacicazgos Prehispánicos en el Valle de La Plata*, Volumen 1: *El Contexto Medioambiental de la Ocupación Humana*, editado por L.F. Herrera, R.D. Drennan y C.A. Uribe, pp 228-32. Memoirs in Latin American Archaeology 2, University of Pittsburgh.

Drennan, R.D. y D.W. Quattrin

1995a Patrones de asentamiento y organización sociopolítica en el Valle de La Plata. En *Perspectivas Regionales en la Arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*, editado por C. Gnecco. Universidad del Cauca, Popayán.

1995b Social inequality and agricultural resources in the Valle de La Plata, Colombia. En *Foundations of Social Inequality*, editado por T.D. Price y G.M. Feinman, pp 207-33. Plenum, Nueva York.

Duque, L. y J.C. Cubillos

1988 *Arqueología de San Agustín: Alto de Lavapatas*. FIAN, Bogotá.

1993 *Arqueología de San Agustín: Exploraciones Arqueológicas Realizadas en el Alto de Las Piedras (1976-1976)*. FIAN, Bogotá.

Earle, T.K.

1987 Specialization and the production of wealth: hawaiian chiefdoms and the inka empire. En *Specialization, Exchange, and Complex Societies*, editado por E. Brumfiel y T. Earle. Cambridge University Press, Cambridge.

1991 Property rights and the evolution of chiefdoms. En *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*. Editado por T.K. Earle, pp 71-99. Cambridge University Press, Cambridge.

Friede, J.

1944 *Los Indios del Alto Magdalena: Vida, Luchas y Exterminios 1609-1931*. Instituto Indigenista de Colombia, Bogotá.

1967 *Los Andakí, 1538-1947: Historia de la Aculturación de una Tribu Selvática*. Fondo de Cultura Económica, México.

Gilman, A.

1991 Trajectories toward social complexity in the later prehistory of the Mediterranean. En *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*, editado por T. Earle, pp 146-68. Cambridge University Press, Cambridge.

Herrera, L.F. y F. Piñeros

1989 Análisis Palinológico de los Sitios de Pilimbalá (Perfil 15) y Laguna de San Rafael (Perfil 16). En *Cacicazgos Prehispánicos en el Valle de La Plata*, Volumen 1: *El Contexto Medioambiental de la Ocupación Humana*, editado por L.F. Herrera, R.D. Drennan y C.A. Uribe, pp 138-64. *Memoirs in Latin American Archaeology* 2, University of Pittsburgh.

Herrera, L.F., R.D. Drennan y C.A. Uribe (Editores)

1989 *Cacicazgos Prehispánicos en el Valle de La Plata, Volumen 1: El Contexto Medioambiental de la Ocupación Humana*. *Memoirs in Latin American Archaeology* 2, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

IGAC

1993 *Atlas de Colombia*. IGAC, Bogotá.

Jaramillo, L.G.

1996 *Cacicazgos Prehispánicos del Valle de La Plata. Tomo 3: La Estructura Socioeconómica de las Comunidades del Formativo 3*. *Memoirs in Latin American Archaeology* 10, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Kowalewski, S.

1983 Boundaries, scale, and internal organization. *Journal of Anthropological Archaeology* 2:32-56.

Kroonenberg, S. y H. Diederix

1985 Geología. En *Arqueología Regional en el Valle de La Plata, Colombia: Informe Preliminar sobre la Temporada de 1984 del Proyecto Arqueológico Valle de La Plata*, editado por R.D. Drennan, University of Michigan, Ann Arbor.

Kroonenberg, S *et. al.*

1981 Ignimbritas plio-pleistocénicas en el suroeste del Huila, Colombia, y su influencia en el desarrollo morfológico. *Revista CIAF* 8.

Langebaek. C.H.

1992 *Noticias de Caciques muy Mayores*. Universidad de los Andes, Bogotá.

Ladefoged, T.N., M.W. Graves y R. Jennings

1996 Dryland agricultural expansion and intensification in Kohala, Hawaii island. *Antiquity* 70:861-80

Llanos, H.

- 1990 *Proceso Histórico Prehispánico de San Agustín en el Valle de Laboyos (Pitalito-Huila)*. FIAN, Bogotá.

Moreno, L.

- 1991 *Arqueología de San Agustín. Pautas de Asentamiento Agustinianas en el Noroccidente de Saladoblanco (Huila)*. FIAN, Bogotá.

Netting, R.M.

- 1990 Population, permanent agriculture, and politics: unpacking the evolutionary portmanteau. En *The Evolution of Political Systems*, editado por S. Upham, Cambridge University Press, Cambridge.
- 1993 *Smallholders, Householders: Farm Families and the Ecology of Intensive, Sustainable Agricultures*. Stanford University Press, Stanford.

PARAM

- 1996 Informes preliminares del programa de arqueología regional en el alto Magdalena 1993, 1994, 1995, 1996. Manuscrito sin publicar. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Plazas, C., A.M. Falchetti, J. Sáens y S. Archila

- 1993 *La Sociedad Hidráulica Zenú. Estudio Arqueológico de 2.000 Años de Historia en las Llanuras del Caribe Colombiano*. Banco de la República, Bogotá.

Piñeros, F.

- 1989 Análisis de polen del cráter de Merenbergh. En *Cacicazgos Prehispánicos en el Valle de La Plata*, Volumen 1: *El Contexto Medioambiental de la Ocupación Humana*, editado por L.F. Herrera, R.D. Drennan y C.A. Uribe, pp 190-202. Memoirs in Latin American Archaeology 2, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Reichel-Dolmatoff, G.

- 1986 *Arqueología de Colombia: Un Texto Introductorio*. Segunda Expedición Botánica, Bogotá.

Rico, N.

- 1998 *Levantamiento fisiográfico-pedológico y clasificación agrológica de un sector del Municipio de Isnos*, Departamento del Huila. Manuscrito sin publicar. Departamento de Antropología, Universidad Nacional, Bogotá.

Sahlins, M.D.

1984 *Las Sociedades Tribales*. Labor, Barcelona.

Sánchez, C.A.

1994 *Programa de arqueología regional en el alto Magdalena*. Proyecto de investigación, Instituto Colombiano de Antropología. Manuscrito sin publicar.

Sanoja, M.

1978 Origen de los sistemas agrarios. *Boletín de Antropología Americana*. N° 49.

Service, E.R.

1975 *Los Orígenes del Estado y de la civilización*. Alianza Editorial, Madrid.

Sotomayor, M.L. y M.V. Uribe

1987 *Estatuaria del Macizo Colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Tello, C.H.

1981 *Geología de Algunos Sitios Arqueológicos*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

# Patrones de descarte de los nukak: implicaciones para la arqueología de los cazadores-recolectores

GUSTAVO G. POLITIS, PH. D.

Universidad Nacional del Centro de la Provincia  
de Buenos Aires, Argentina

.....

---

**RESUMEN:** *En este artículo se discuten los procesos de descarte de los cazadores-recolectores amazónicos, tomando como caso de estudio a los nukak de la Amazonia Colombiana y, con base en estos, se derivan expectativas arqueológicas para los sitios formados en condiciones similares. Se examina también cómo se produjeron y desplazaron los residuos durante la ocupación y qué es lo que queda cuando los campamentos residenciales son abandonados. Por último, se resumen los pasos por los cuales van pasando las viviendas durante el proceso de desintegración natural. Se arriba a conclusiones originales y se formula un modelo que amplía el rango de variabilidad de las formas de producir y desplazar residuos que tienen los cazadores-recolectores y cómo esto se refleja en el registro material.*

## Nukak discard patterns: implications for the archaeology of hunter-gatherers

**ABSTRACT:** *In this article the discard processes of Amazonian hunter-gatherers is discussed, with the Nukak of the Colombian Amazon serving as a case study from which archaeological predictions are derived for sites formed in similar conditions. How residue is produced and moved about during occupation, and what remains when residential camps are abandoned, are also examined. Finally, the steps in the process of natural disintegration that the camps pass through are summarized. Original conclusions are reached and a model is formulated which broadens the range of variability of the ways that hunter-gatherers produce and displace residue and how this is reflected in the archaeological record.*

## Introducción

En este artículo se discutirán los procesos de descarte de los cazadores-recolectores amazónicos, tomando como caso de estudio a los nukak de la amazonia colombiana y, sobre esta base, se derivarán expectativas arqueológicas para los sitios formados en condiciones similares. En general, hay poca información etnoarqueológica sobre los patrones de descarte en sociedades cazadoras-recolectoras y la existente se refiere, básicamente, al análisis de las áreas de actividad dentro de los campamentos y cómo reconocerlas en los sitios arqueológicos (*e.g.*, Gould 1968; Schiffer 1976, 1985, 1987; Yellen 1977; Binford 1978a; Gifford 1978; O'Connell 1987; Bartram *et al.* 1991). Esta información ha derivado de la tercera fase de los análisis espaciales intra-sitio que surgió, en parte, como una reacción a los modelos generados de los enfoques visuales y estadísticos con los que se habían abordado los datos espaciales (Kroll y Price, Eds., 1991). Estos estudios etnoarqueológicos apuntaron, en general, a identificar la correlación espacial entre los residuos primarios y las actividades que los produjeron para aportar a la identificación de áreas de actividad en los sitios arqueológicos y discutir la variabilidad intra-sitio. Solo algunos pocos trabajos registraron con algún detalle el tratamiento de los desechos y la basura y cómo estos son desplazados desde que son producidos hasta que el campamento es abandonado (*e.g.*, Fisher y Strickland 1991).

En América del Sur la información sobre este tema es escasa y trata sobre todo la formación de los desechos en sociedades sedentarias horticultoras (Zeidler 1984; Stahl y Zeidler 1990), en pastores andinos (Yacobaccio *et al.* 1998) y muy poco en cazadores-recolectores (Borrero y Yacobaccio 1989; Jones 1993). Esto es desafortunado porque la Amazonia es uno de los últimos lugares del planeta donde aún existen sociedades cazadoras-recolectoras cuya forma de vida mantiene patrones culturales tradicionales. En muchos casos estas son continuación de sociedades prehispánicas aunque, por supuesto, esto no implica de ninguna manera que deban ser consideradas imágenes fosilizadas del pasado ni encapsuladas en tiempo y espacio.

En este trabajo presentaré información etnoarqueológica sobre los patrones de descarte de los nukak y discutiré brevemente cómo estos datos y los modelos generados a partir de ellos pueden ser usados para la interpretación del registro arqueológico. La información presentada fue obtenida durante 185 días de campo en el territorio nukak, distribuidos en siete temporadas en los meses de enero, febrero, julio, agosto, septiembre y octubre de diferentes años entre 1990 y 1996<sup>1</sup>.

Este trabajo es producto de una investigación con un enfoque etnoarqueológico (Politis 1992, 1995, 1996a, 1996b, 1998, 1999; Politis y

<sup>1</sup> Una síntesis de la metodología y de las técnicas de recolección de datos empleadas puede verse en Politis (1996b:25-43).



ríos Guaviare e Inírida, en el Departamento del Guaviare (Figura 1). Actualmente se reconocen 5 grupos étnico/lingüísticos makú en el noroeste amazónico (Pozzobon 1992), distribuidos entre Brasil y Colombia: hupda, yuhupde, dow, nadob, kakwa o bará y nukak. Algunos de estos grupos han sido relativamente bien estudiados y se dispone de algunos trabajos monográficos: hupda (Reid 1979; Pozzobon 1983, 1992), kakwa (Silverwood-Cope 1990) y nukak (Politis 1995, Cabrera *et al.* 1999); para los otros tres las referencias de trabajos científicos son menores, siendo los nadob los menos conocidos (Münzel 1969-74). Un primer punto para tener en cuenta en cualquier análisis antropológico de los cazadores-recolectores amazónicos es que el término makú es vago e impreciso y que, a pesar de ciertas afinidades en la forma de vida y en la lengua, incluye etnias diferentes y con grados de aculturación significativamente distintos. Cuando se ha tratado sobre los makú en las últimas décadas se ha hecho referencia, en la mayoría de los casos, a los hupda y a los kakwa pues, entre otras cosas, son los únicos dos grupos sobre los cuales hay publicaciones monográficas en inglés, las ultracitadas tesis doctorales de Silverwood-Cope y de Reid. Los otros han sido poco más que ignorados, especialmente en los trabajos arqueológicos.

En un territorio de aproximadamente 10.000 km<sup>2</sup> (Figura 1), viven entre 400 y 500 nukak que se agrupan en bandas de alrededor de 20 a 30 individuos (en el sector nororiental hay agrupaciones mayores que pueden llegar a las 50 personas).

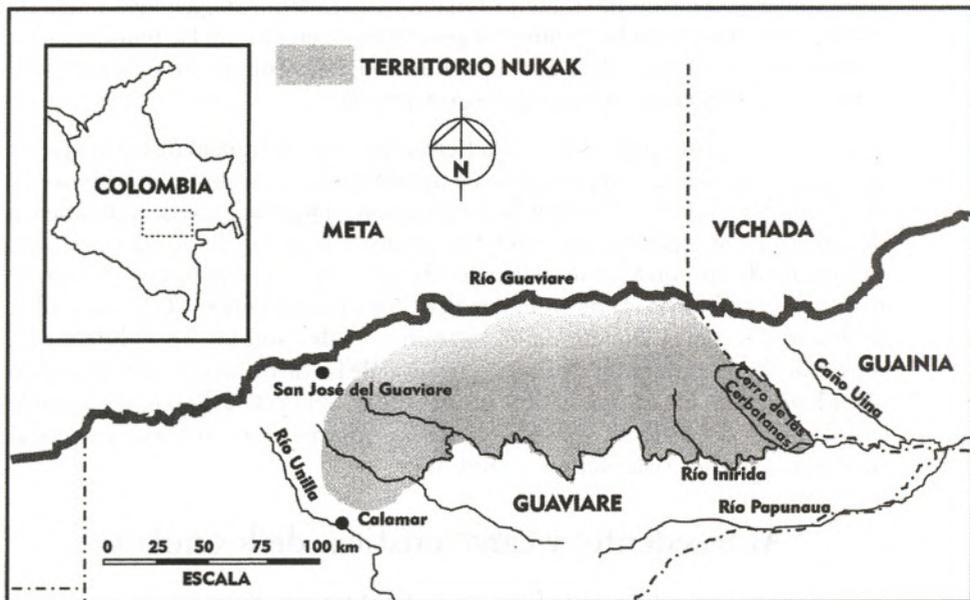


Figura 1. Mapa del territorio nukak.

La región en donde se encuentra el territorio nukak es una zona divisoria entre las cuencas del Orinoco y el Amazonas. En ella la cobertura vegetal es la típica de la foresta tropical lluviosa (cf. Cárdenas y Politis 2000), aunque se observa un período seco entre diciembre y marzo. Las precipitaciones fluctúan entre 2.500 y 3.000 mm anuales (Domínguez 1985).

Si bien hasta 1988 había algún conocimiento sobre la existencia de indígenas de filiación makú en el interfluvio Guaviare-Inírida (cf. Reichel-Dolmatoff 1967 e Informes Inéditos de la Asociación Nuevas Tribus de Colombia), fue solo hasta ese año cuando los antropólogos y el público en general tomaron conocimiento de la existencia de los nukak (Chaves y Wirpsa 1988; Wirpsa y Mondragón 1988). A partir de fines de la década de los 80 los nukak comenzaron contactos regulares con los colonos llegando, incluso, hasta la capital departamental, San José del Guaviare. Desde ese momento se aceleró el proceso de aculturación y transformación de los patrones tradicionales de los nukak (Ardila y Politis 1992; Cabrera *et al.* 1994:426-36; Politis 1996b:355-78). A partir de los primeros contactos se iniciaron diferentes estudios antropológicos que han esbozado las características generales de la etnia y han realizado una suerte de “etnografía de rescate” ante la velocidad de transformación de los patrones tradicionales (*sensu* Politis 1996a:22-23). Entre los estudios más importantes merecen destacarse las investigaciones sobre el territorio (Mondragón s.f.; Cabrera *et al.* 1994; Torres 1994; Cárdenas y Politis 2000), organización social (Cabrera *et al.* 1994; Franky *et al.* 1995; Politis 1996b), subsistencia (Politis y Martínez 1992; Cabrera *et al.* 1994; Politis y Rodríguez 1994; Politis 1996b; Politis *et al.* 1997; Mondragón s.f.), movilidad y asentamiento (Politis 1992, 1996a, 1996b), lingüística (Reina 1990; Cabrera *et al.* 1999; Mondragón s.f.). Así mismo, se debe mencionar la copiosa información recogida por los misioneros de la Asociación Nuevas Tribus de Colombia, quienes hicieron los primeros contactos con algunas bandas nukak a fines de los 70 (Gualteros s.f.; Politis 1996b:47-48).

El ciclo anual de subsistencia ha podido ser reconstruido sobre la base de los trabajos citados y se ha estimado que la economía de los nukak se basa en la caza, la recolección de especies silvestres y de otros productos animales como la miel, los huevos de tortuga y el mojojy (larvas de coleópteros del género *Rhynchophorus*). Entre los animales cazados se destacan varias especies de monos (*Alouatta sp.*, *Lagothrix lagotricha*, *Cebus apella*, *Callicebus torquatus*, etc.), pecaríes (*Tayassu pecari*, *Tayassu tajacu*), agutí (*Dasyprocta sp.*) armadillos (*Dasybus novemcinctus*) y aves. El venado (*Mazama sp.*), el jaguar (*Panthera onca*) y el tapir (*Tapirus terrestris*) son un tabú alimenticio para todos los miembros del grupo y tanto su caza como su consumo están prohibidos. Hasta el presente se han identificado 113 especies vegetales utilizadas por los nukak, 90 de ellas silvestres y 23 cultivadas, la mayoría de las cuales han sido incorporadas

en la última década (Cárdenas y Politis 2000). Entre las plantas silvestres las más consumidas son seje (*Oenocarpus bataua*), platanillo (*Phenakospermum guianensis*), moriche (*Mauritia fluxuosa*), popere (*Oenocarpus mapora*), guaná (*Dacryodes peruviana*), corop'anat (*Iryanthera ulei*), palma real (*Maximiliana maripa*), etc. La pesca y la horticultura en pequeña escala complementan las actividades económicas, con variada importancia según las estaciones (Cabrera *et al.* 1999). En los últimos años los nukak también están incorporando alimentos que obtienen de los colonos en forma creciente. A pesar del consumo de especies cultivadas y del aporte de los colonos durante el período de estudio la subsistencia tradicional de los nukak giró sobre la explotación de recursos vegetales y animales no domesticados.

Los campamentos residenciales son los más frecuentes dentro del sistema de asentamiento. Durante el invierno los campamentos están cubiertos con hojas de platanillo (Figura 2) y tienen una planta aproximadamente geométrica regular (triangular, cuadrangular y pentagonal). Estos asentamientos son pequeños y compactos ( $n=12$ , mín=32,5 m<sup>2</sup>, máx=114 m<sup>2</sup>,  $x=3,89$  m<sup>2</sup>/persona). En el verano la planta es irregular y no existe la cobertura de hojas. En esta estación los campamentos tienen dimensiones levemente superiores a las del invierno ( $n=8$ , mín=45 m<sup>2</sup>, máx=129,9 m<sup>2</sup>,  $x=4,46$  m<sup>2</sup>/persona). En los casos en que hay dos o más bandas residiendo juntas, los asentamientos se hacen más compactos y más densamente poblados ( $n=4$ , mín=99 m<sup>2</sup>, máx=130 m<sup>2</sup>,  $x=2,61$  m<sup>2</sup>/persona).



Figura 2. Campamento residencial de invierno, cubierto con hojas de platanillo.

La movilidad residencial de los nukak es muy alta y se ha estimado que la mudanza del campamento residencial se produce entre 70 y 80 veces al año. Durante nuestros trabajos de campo hemos registrado distancias entre campamentos residenciales (el abandonado y el nuevo) que varían entre 0,9 y 18,1 kilómetros ( $n=25$ ,  $x=6,25$  km; ver Tabla 3.1 en Politis 1996b). Estos datos revelan un patrón distinto en verano y en invierno. En la primera estación las distancias son menores ( $x=3,85$  km,  $n=12$ ) y las estadías más cortas ( $x=3$  días,  $n=14$ ), mientras que en la segunda las distancias entre campamentos son mayores ( $x=8,94$  km,  $n=13$ ) y las estadías son más prolongadas ( $x=5$  días,  $n=13$ ).

Los nukak están organizados en bandas autónomas, vinculadas a grupos mayores de afiliación que tienen nombres definidos con referencia a su ubicación dentro del territorio (i.e., wayari los del nororiente; tákayu los del centro; muhabeñ los del suroriente; meu los del noroccidente, etc). Cada banda está formada por pocas familias, usualmente no más de 5 y, excepcionalmente, hasta 8. El tamaño máximo de una banda registrado en nuestros trabajos de campo fue de 46 individuos y el mínimo 12 (aunque este último valor está representando, probablemente, un segmento de una banda). En ocasiones especiales dos bandas (o segmentos) pueden acampar juntas por pocos días, llegando a reunir hasta 50 individuos residiendo en el mismo campamento.

Otros aspectos de la cultura nukak se han presentado en una tesis de grado (Cabrera *et al.* 1994) recientemente editada con leves modificaciones como libro (Cabrera *et al.* 1999) y en varios libros y artículos publicados por el autor en los últimos años (i.e., Politis 1996b, 1998; Cárdenas y Politis 2000). En estos trabajos se ha brindado mayor información sobre subsistencia, movilidad, ideología y cosmovisión, tabúes alimenticios y la tecnología tradicional. Politis (1996b) también ha examinado la organización social, el parentesco y los aspectos lingüísticos.

## Patrones de descarte durante la ocupación del campamento residencial

Durante la ocupación de los campamentos residenciales se generan múltiples residuos materiales que se acumulan en distintas partes del asentamiento. Existen zonas de concentración que se van generando en los siguientes lugares: (a) alrededor de los fogones de las viviendas; (b) entre las hamacas y la hilera de hojas que apoyan sobre el travesaño central y forman el techo (1 en Figura 3); esto se produce sólo en los campamentos de invierno, que son los que están cubiertos; (c) en ambos lados de las sendas de entrada/salida del campamento (2 en Figura 3).

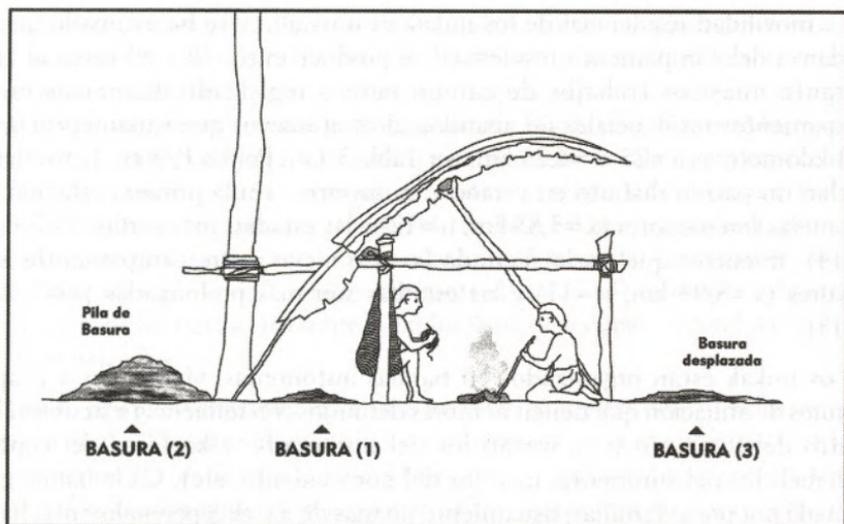


Figura 3. Esquema de las áreas de acumulación de basura en el campamento residencial de invierno.

Las dos primeras zonas de concentración son de residuos primarios (*sensu* Schiffer 1985:24) y se producen debido a que muchas actividades se realizan desde el chinchorro (hamaca de fibras vegetales, de trama abierta, en la que duermen los nukak), frente al fogón o alrededor de este. Desde allí se descartan los huesos y las partes no comestibles (cáscaras, semillas, etc.) de los frutos consumidos. Así mismo, los adultos se sientan en el chinchorro cuando fabrican algunos instrumentos y, por lo tanto, dejan caer a ambos lados los residuos que se van generando. Entre las actividades tecnológicas femeninas más frecuentes realizadas desde el chinchorro se encuentran tejido de pulseras (kdn'yii), hilado de fibras vegetales, tejido de cestas (Figura 4) y ahuecamiento de troncos de palmeras para hacer morteros. Las tareas tecnológicas más frecuentemente realizadas por los hombres desde el chinchorro o alrededor del fogón son confección de dardos de cerbatana, elaboración y fijación de puntas de hueso para arpones, retoque y terminación de los extremos de la cerbatana (boquilla y orificio de salida), confección de los faldines de corteza (especie de taparrabo de uso masculino llamado dú), endurecimiento al fuego de las puntas y alisamiento (parcial) de la superficie de la lanza. Todas estas actividades de fabricación producen derivados materiales que van cubriendo la superficie del campamento.

Los únicos animales que alteran la distribución de los depósitos primarios durante la ocupación del campamento son los perros. La actividad de estos se centra exclusivamente en los huesos y produce un patrón azaroso de distribución que involucra solamente algunos elementos óseos, especialmente de mono y de pecarí. En un análisis preliminar de marcas sobre restos recogidos por el autor

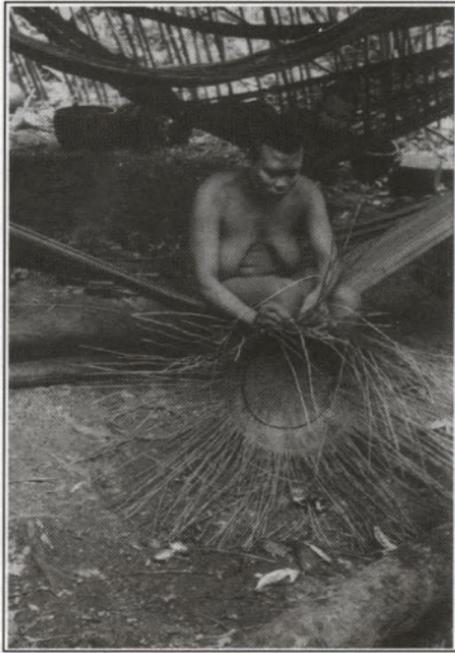


Figura 4. Mujer nukak tejiendo una cesta sentada en su chinchorro alrededor del fogón en un campamento residencial de invierno.

en varios campamentos nukak se detectó que aquellos huesos que provenían de campamentos con perros tenían porcentajes importantes de marcas de dientes, indicando una intensa actividad de estos animales. No se ha observado la acción de otros carnívoros distintos a los perros en los alrededores de los campamentos durante la ocupación ni tampoco después de su abandono.

El pisoteo de los habitantes del campamento ocasiona desplazamientos horizontales muy limitados de los restos que van quedando en la superficie. Debido al suelo arcilloso y relativamente compacto, el pisoteo humano no produce el enterramiento de los materiales. La acción más importante es la de los niños, quienes habitualmente juegan con sus propios artefactos o utilizan los de los adultos para juegos ocasionales

(Figura 5). Esto produce el desplazamiento de artefactos rotos y desechados en un lugar del sitio (cf. Politis 1998).

Diariamente algunos desechos más grandes (racimos que ya no tienen frutos, canastos expeditivos llamados burup, etc.) se van descartando fuera de las viviendas, a ambos lados de la senda de entrada/salida del campamento y van generando una acumulación secundaria de basura (*sensu* Schiffer 1985). En este mismo lugar también se van arrojando residuos muy voluminosos como cientos de semillas de seje, popere o guaná cuando son maceradas para hacer chicha.

Durante la estación lluviosa las mujeres limpian sectores del campamento cada varios días, dependiendo de factores diversos, y acumulan la basura en lugares específicos en los que ya se habían depositado desechos: entre la hamaca y la hilera de hojas y a ambos lados de las sendas de entrada/salida de los campamentos. El primer sector aumenta en densidad y llega a formar una hilera de basura de unos 6 a 7 metros de largo y aproximadamente 1 metro de ancho o que se eleva unos pocos centímetros (10 a 15, aproximadamente) sobre el nivel del piso. El segundo sector se transforma en una estructura formal de desechos y va aumentando regularmente durante la ocupación del lugar. De esta forma se van



Figura 5. Interior de un campamento de invierno en el que se observan niños jugando en el lugar central. También se observa la acumulación de basura desplazada entre los pisos limpios alrededor de los fogones.

generando pilas de basura en el límite del campamento, cerca de las entradas/salidas, que llegan a tener hasta 2 metros de diámetro y alturas cercanas a 1 metro.

En algunos casos, durante la estación lluviosa, el lugar central del campamento se transforma en un lugar transitorio de depósito secundario (Figura 5). Cuando se producen eventos menores de limpieza, i.e., cuando se barre solamente alrededor del fogón, algo de la basura desplazada va hacia este espacio entre viviendas (3 en Figura 3). Este tipo de basura sería semejante a lo que Nielsen (1994:15) denomina “desecho desplazado”. Posteriormente, cuando la limpieza es mayor y se asea casi todo el piso del campamento, la basura acumulada en el lugar central es depositada en las pilas a los lados de las sendas de entrada/salida.

Durante la estación seca los patrones de producción, distribución y acumulación de basura cambian debido a que los campamentos y las características de la ocupación son diferentes. Los límites de los asentamientos de verano son difíciles de precisar, ya que al no haber una pared de hojas las viviendas no presentan bordes marcados y, además, la planta es irregular. El límite observable está dado por una difusa línea que separa dos sectores: uno alrededor de los chinchorros y los fogones, en donde no hay vegetación, parte de la hojarasca ha sido removida y se ven parches de suelo desnudo; el otro es el terreno circundante al campamento donde el pisoteo es mucho menor, quedan plantas en pie, la hojarasca no ha sido removida y no se llega a ver suelo desnudo. El primero es el espacio doméstico, el segundo la periferia. Como casi nunca

hay una hilera de hojas de techo<sup>2</sup> no se genera la línea de basura sobre uno de los costados del chinchorro. Los desperdicios que se producen desde allí no se alinean en una pila paralela al chinchorro, como en el invierno, sino que se van dispersando hacia “afuera” del campamento. Lo que consistentemente se va produciendo son las pilas de basura a ambos lados de las sendas de entrada/salida, pero son más pequeñas que las de los campamentos de invierno, de límites difusos y chatos. Durante la ocupación de los campamentos de verano éstas son las únicas acumulaciones secundarias de basura.

En un caso se observaron pilas más grandes y localizadas durante el verano. Esto sucedió cuando una banda reocupó un campamento de finales del invierno que aún mantenía el techo de hojas intacto y, en esa oportunidad, cuando se barrió el piso del campamento la basura se acumuló en las pilas y luego se le prendió fuego. Esta conducta es muy poco frecuente.

Ahora bien; hay diferencias marcadas entre los campamentos de verano e invierno con respecto a la cantidad y distribución de la basura. Esto se debe a dos factores fundamentales: la duración de la ocupación y el diseño del asentamiento. En invierno los lapsos de ocupación son más prolongados y las viviendas tienen límites precisos. Este hecho genera acumulaciones formales de basura más grandes y definidas. En verano las ocupaciones son más cortas y los límites espaciales de los campamentos son relativamente difusos. En consecuencia, las acumulaciones formales de basura son menores y tienen un patrón de distribución azaroso. Esto, por supuesto, marca sólo una tendencia, ya que hay campamentos de invierno ocupados durante una sola noche (Politis 1996a) en los cuales no quedan desechos secundarios ni desplazados; además, se han observado campamentos de verano habitados por lapsos más prolongados (8 días) que generan estructuras formales de desechos.

El segundo punto por examinar es de qué manera queda la basura, tanto de los depósitos primarios como secundarios, cuando el campamento es abandonado. En otras palabras, se trata de analizar en qué situación se encuentran los residuos en el momento en que se interrumpe, en un espacio dado, la dinámica antrópica de generación y desplazamiento de desechos. Mientras el campamento está habitado se produce basura que queda circulando dentro del ámbito doméstico. Cuando este se abandona la dinámica de producción y distribución de residuos se detiene y comienzan a actuar múltiples agentes naturales<sup>3</sup>. Por lo tanto, es importante entender cómo se encuentran

---

<sup>2</sup> Hemos observado, sin embargo, tres campamentos de verano que tienen techo. En un caso se trataba de la reocupación de un campamento de invierno y en los otros dos las hojas se habían puesto para proteger de ocasionales lluvias estivales.

<sup>3</sup> Este aspecto ha sido objeto de una extensa discusión (e.g., Schiffer 1976, 1985, 1987; Binford 1981a, 1981b; Kent 1993; Tani 1995).

los desechos materiales en el momento en que se produce el punto de inflexión durante el proceso de formación de los sitios arqueológicos. Esto no implica que durante la producción de los residuos no actúen factores naturales ni que tampoco una vez abandonado el campamento los restos que quedan no puedan ser modificados por algún agente humano. De hecho se dan ambos casos, pero está claro que durante la ocupación del campamento los agentes humanos son los que contribuyen mayoritariamente a la formación del sitio y a la distribución de los materiales mientras que una vez que éste es abandonado los agentes naturales son los preponderantes.

Teniendo en cuenta este aspecto, examinaré a continuación cómo quedan distribuidos los desechos en el campamento después de su abandono. En primer lugar, hay dos puntos para destacar: (a) existen variaciones entre campamentos de la misma estación, y (b) hay diferencias consistentes entre los campamentos de verano y los de invierno. Con respecto a las variaciones entre los campamentos de la misma estación hay dos motivos principales que causan las diferencias en la acumulación y distribución de residuos: la duración de la ocupación y la frecuencia de episodios de limpieza. En cuanto al primer punto, hay una relación directamente proporcional entre la cantidad de basura producida y el tiempo de ocupación. Sin embargo, los depósitos que tienen una alta correlación positiva con la duración de la ocupación son las acumulaciones secundarias, especialmente las pilas de basura de las sendas de entrada/salida, ya que allí van a parar periódicamente la mayoría de los desechos generados en el campamento. En otras palabras, cuanto más prolongada es la ocupación, más grandes son las pilas de basura; también hay más pilas, llegando al máximo en que cada senda de entrada/salida tiene una pila a cada lado e, incluso, se han registrado algunas pilas entre las sendas. Los depósitos primarios de desechos, por el contrario, no reflejan la duración de la ocupación porque son objeto de desplazamientos periódicos durante las tareas de limpieza del campamento.



Figura 6. Piso de un campamento recién abandonado, en un área doméstica. Se observan abundantes semillas de los frutos consumidos durante la ocupación. La escala es de 20 cm

La frecuencia de los eventos de limpieza, que están a cargo de las mujeres, está relacionada con el tipo y cantidad de basura producida en los días previos al aseo y a la expectativa de abandono del campamento. Si las actividades llevadas a cabo en el sitio y los alimentos consumidos no generan gran cantidad de basura, la limpieza se realiza cada 5 ó 6 días; si sucede lo contrario, la frecuencia de aseo es mayor, cada 3 ó 4 días. La expectativa de abandono del sitio es tomada en cuenta para la limpieza ya, que si el campamento está próximo a ser abandonado se observa una mayor acumulación de basura primaria en el piso. Esto implica que las viviendas no sólo se limpian cuando hay una cantidad determinada de basura en el piso sino también cuando está planeado quedarse algunos días más en ese campamento. Esto trae aparejada una consecuencia importante para la formación del sitio: los campamentos casi nunca son abandonados con el piso limpio (Figura 6).

Hay, además, episodios más restringidos de barrido que son los que con mayor frecuencia se realizan alrededor del fogón, pero que no conducen a su vaciado<sup>4</sup> (Figura 7). En estos eventos menores la basura no se deposita en las pilas sino que es desplazada a corta distancia, preferentemente hacia dos lugares: (a) la línea de desechos que está entre el chinchorro y la pared de hojas (1 de la Figura 3), y (b) el lugar central que queda entre las viviendas (3 de la Figura 3).

Para efectuar las limpiezas mayores de las viviendas, las mujeres juntan con la mano los desperdicios más grandes, mientras que los medianos y pequeños se barren con algunos racimos o ramas usados a manera de escobillas. El material más usado para esta función son las raquillas de las infrutescencias yúbudi, *Euterpe precatória* (Cárdenas y Politis 2000). Durante este barrido algunos residuos

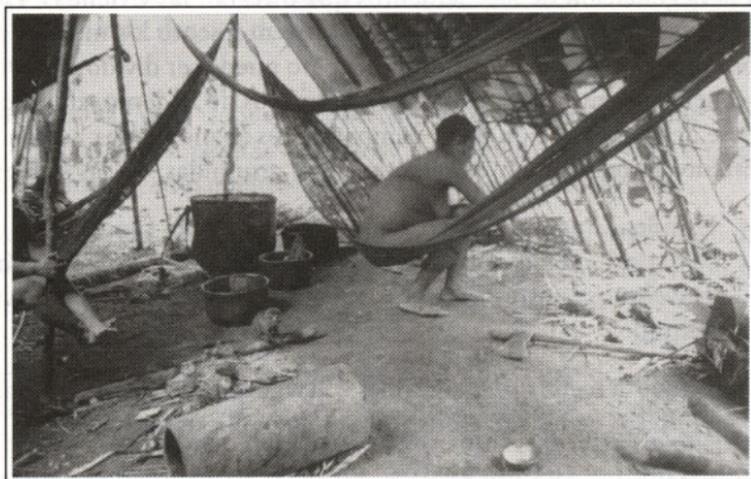


Figura 7. Mujer barriendo el área alrededor del fogón. La basura es barrida hacia la pared de hojas.

<sup>4</sup> Durante nuestros trabajos de campo, sólo hemos observado una vez el vaciado de un fogón.







etc. Los canastos expeditivos (burup) tienen un tratamiento diferente. En primer término, son mucho más abundantes que los otros artefactos y una banda puede fabricar hasta 5 ó 6 por día. Esto implica que al momento del abandono hay, a veces, algunas decenas de burup descartados en el campamento. En segundo término, los loci de descarte son varios: el piso de las viviendas, el lugar central entre estas, las pilas de basura y los alrededores del campamento.

Los artefactos son descartados por diferentes causas. En primer lugar, algunos son abandonados cuando finaliza su vida útil y ya no pueden ser reparados o reciclados. En este grupo se incluyen las cerbatanas<sup>7</sup>, cestas, balayes, ollas de metal, totumos y cabos de hacha (pewe-na o chak naát, hechos con las bambas pequeñas del árbol *Aspidosperma excelsum*). En general, cuando estos artefactos quedan en el piso de los campamentos abandonados se encuentran deteriorados: las cestas tienen fibras sueltas y cortadas, las ollas de metal están agujereadas y/o picadas, los cabos de hacha están partidos, los totumos están resecos (con uno o varios tajos en el borde) y las cerbatanas están partidas longitudinalmente. Dentro de este grupo también se pueden incluir los artefactos que se rompen por accidentes (i.e., caída involuntaria), aunque forman un porcentaje muy bajo.

En segundo término se encuentran artefactos expeditivos que aún tienen vida útil pero que se considera más económico y/o mejor hacerlos de nuevo cuando sea necesario (“residuos de facto”, *sensu* Schiffer 1985). En estas decisiones los nukak tendrían en cuenta el cálculo de costo de transporte y la comodidad versus el costo de fabricación de uno nuevo. Dentro de esta categoría se encuentran fundamentalmente los burup, las manos de mortero, los agitadores, los palos para revolver y los “rompecocos”.

Por último, se han identificado artefactos que son rotos intencionalmente y abandonados en el campamento. En esta situación hemos observado la ruptura intencional de ollas de cerámica, cerbatanas y dardos en situaciones generadas por problemas entre los esposos o entre miembros de la familia. Por un lado, son frecuentes las discusiones y peleas entre marido y mujer. Estas fricciones se producen por una gran variedad de causas y en varios casos conducen a que cada uno de los cónyuges rompa las pertenencias del otro. En una ocasión en la banda b-1991 (Politis 1996b:26) la mujer rompió la cerbatana y los dardos del marido y este arrojó al suelo y destrozó la única olla de cerámica de su esposa. La destrucción de objetos y la violencia física (controlada) entre marido y mujer es una de las maneras de resolver conflictos conyugales, pues cuando se llega a este punto el paso siguiente es, generalmente, la reconciliación. Otro ejemplo fue registrado en 1995 cuando una de las hijas adolescente del líder había decidido ir a vivir con la banda de su pareja en lugar de que él se trasladara para

<sup>7</sup> Hemos observado varias veces que cuando la cerbatana ya no sirve más (generalmente cuando se raja) y no puede ser reparada, el dueño la rompe completamente. Lo que queda, en la mayoría de los casos, son muchas fibras de caña desparramadas.

residir, al menos por un tiempo, con la familia de ella (como indicaban las reglas de residencia). En esa ocasión el padre de la joven, enojado, rompió la mayoría de los objetos que ella había juntado en un burup antes de partir. Entre los artefactos rotos también se hallaba una olla de cerámica. Es importante destacar que los únicos dos casos de ruptura de alfarería registrados en nuestros trabajos de campo fueron debidos a situaciones de conflicto familiar<sup>8</sup>. Otros elementos destruidos *ad hoc* en peleas conyugales fueron espejos, bolsas de sal, cestas, ropa, chinchorros, etc.

Dentro del grupo de los artefactos rotos intencionalmente también se encuentran las pertenencias de los muertos, destruidas inmediatamente después del deceso del individuo. Esto incluye en los hombres las cerbatanas y los dardos, el curare, el chinchorro, el hacha, etc.; en el caso de las mujeres el chinchorro, las vasijas, las cestas, los totumos, etc. En ambos casos también se cortan algunos de los cultivos plantados o cosechados por el muerto.

## Discusión

La información etnoarqueológica obtenida entre los nukak permite analizar los derivados materiales de algunas conductas de los cazadores-recolectores. Teniendo en cuenta las observaciones relacionadas con la ocupación de los campamentos, el depósito de basura, los eventos de limpieza y la expectativa arqueológica derivada de esta relación se puede esperar que los sitios generados bajo condiciones similares presenten:

1. Dificultad para identificar loci de actividades discretas. Esto es consecuencia de la cantidad de actividades distintas que se llevan a cabo en el mismo espacio (especialmente alrededor del fogón, sentados en el chinchorro).
2. Concordancia entre los loci de las actividades y los restos materiales producidos por estas cuando fueron llevadas a cabo pocos días antes del abandono del campamento.
3. Discordancia entre los loci de las actividades y los restos producidos por estas cuando se llevaron a cabo antes del último evento de limpieza.
4. Alta correlación positiva entre la cantidad de los depósitos secundarios de basura y el tiempo de ocupación del campamento.
5. Correlación media entre las actividades llevada a cabo desde el chinchorro y los depósitos que se encuentran a un costado de este. Esto se debe a que en esta acumulación se mezclan residuos primarios y secundarios.

<sup>8</sup> Esto ha sido también observado por otros investigadores que estudian a los nukak (i.e., Héctor Mondragón).

6. Ausencia de desechos “primarios residuales” (*sensu* Schiffer 1985), elementos pequeños que escapan a las tareas de limpieza, en los alrededores del fogón debido a los efectos del barrido minucioso del área.
7. Presencia de desechos “primarios residuales” en las acumulaciones secundarias de basura.

Las observaciones entre los nukak confirman también la recurrencia de una conducta con respecto a la limpieza de los campamentos: cuando el abandono del asentamiento se prevé para un futuro cercano se flexibilizan los estándares de limpieza y el mantenimiento del piso limpio es menos frecuente o no se realiza (Stevenson 1982; Schiffer 1985; Fisher y Strickland 1991). Esto tiene consecuencias arqueológicas significativas, ya que implica que, en condiciones semejantes, lo que queda en el piso de los campamentos representa con bastante precisión los loci de las actividades de los días previos al abandono (cf. Fisher y Strickland 1991). Sin embargo, se debe notar que esta conducta varía entre los cazadores-recolectores (e.g., Murray 1980), ya que los aché, por ejemplo, no barren los campamentos y, por lo tanto, el desplazamiento de los desechos es muy bajo (Jones 1993).

Así mismo, la correlación positiva entre la magnitud de los depósitos secundarios y la duración de la ocupación también ha sido identificada con frecuencia (i.e., Schiffer 1985:25; Hudson 1990:240). Este hecho apoya la hipótesis de que los depósitos secundarios, no los primarios, son buenos indicadores para estimar el tiempo de ocupación de los campamentos de cazadores-recolectores. Contrariamente, los depósitos secundarios tienen un bajo grado de resolución con respecto a las actividades llevadas a cabo en el campamento.

La información recogida entre los nukak muestra un patrón bastante diferente en cuanto al grado de resolución en función del tamaño de los desechos. Se ha observado y propuesto recurrentemente que las actividades de limpieza operan selectivamente sobre los desechos, de manera tal que los más grandes son desplazados mientras que los de menor tamaño tienden a permanecer en el locus de descarte primario (Binford 1978b; Schiffer 1987; Nielsen 1994). Esto ha conducido a considerar que los microdesechos (líticos) son más apropiados para identificar las áreas de actividad. En el caso expuesto en este trabajo el tamaño de los desechos no ha sido determinante para el desplazamiento de la basura y, en términos generales, los episodios de limpieza afectan tanto a los macro como a los microdesechos y, en consecuencia, no quedan desechos primarios residuales en los alrededores de los fogones. Sin embargo, la ausencia de tecnología lítica y la consecuente falta de esquirlas y microesquirlas en el piso de los campamentos no permite analizar qué tipo de distribuciones de desechos pequeños generaría los grupos que tallan la piedra.

Para concluir, este trabajo muestra que los nukak tienen algunas conductas similares a otros cazadores-recolectores y otras particulares. Por ejemplo, la ruptura intencional de artefactos para resolver conflictos, con su consiguiente correlato material, ha sido muy poco registrada entre otros cazadores-recolectores. Esta observación no pretende incorporar una nueva advertencia a la larga lista de conductas poco esperadas ni tampoco generar un enunciado de carácter anecdótico. Pretende, por el contrario, ampliar el rango de variabilidad de las formas de producir y desplazar residuos que tienen los cazadores-recolectores y cómo se refleja en el registro material. Este rango de variación, que da cuenta de las diferentes formas de realizar cualquier actividad humana (etnográfica e históricamente registradas), es contra el cual se debería comparar el registro arqueológico para, mediante una argumentación analógica y teniendo en cuenta las propiedades y las características de la muestra en cuestión, argumentar a qué modelo podría corresponder el caso bajo estudio.

### AGRADECIMIENTOS

---

La investigación etnoarqueológica entre los nukak fue financiada entre 1991 y 1994 por dos subsidios de la Wenner Gren Foundation for Anthropological Research y entre 1996 y 1998 por el Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI. Julián Rodríguez, Dairon Cárdenas y Gustavo Martínez fueron excelentes compañeros de trabajo, tanto en el campo como durante el análisis de la información recogida. Darío Fajardo siempre prestó un apoyo incondicional a este proyecto. María Guiterrez leyó este artículo y aportó valiosos comentarios. A estas personas e instituciones les agradezco muy especialmente la colaboración. Por supuesto, los errores que pueda contener este artículo son de mi exclusiva responsabilidad.

## Referencias

- Ardila, G. y Politis, G.
- 1992 La situación actual de los Nukak de la Amazonia colombiana: problemas y perspectivas. *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* 26:2-6.
- Bartram, L., E. Kroll y H. Bunn
- 1991 Variability in camp structure and bone refuse patterning at kua san hunter-gatherer camps. En *The Interpretation of Archaeological Spatial Patterning*, editado por E. Kroll y T.D. Price, pp. 77-148. Plenum Press, Nueva York.

Binford, L.R.

- 1978a Dimensional analysis of behaviour and site structure: learning from an eskimo hunting stand. *American Antiquity* 43:330-61.
- 1978b *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Academic Press, Nueva York.
- 1981a Behavioral archaeology and the "Pompeii premise". *Journal of Anthropological Research* 37:195-208.
- 1981b *Bones: Ancient Men and Modern Myths*. Academic Press, Nueva York.

Borrero, L. y H. Jacobaccio

- 1989 Etnoarqueología de asentamientos aché. Cazadores-recolectores del Paraguay oriental. *Journal de la Société des Américanistes* LXXV:7-32.

Cabrera, G., C. Franky y D. Mahecha

- 1994 Aportes a la etnografía de los nukak y su lengua. Aspectos sobre fonología segmental. Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad Nacional, Bogotá.
- 1999 *Los nukak. Nómadas de la Amazonia Colombiana*. Universidad Nacional, Bogotá.

Cárdenas, D. y G. Politis

- 2000 *Territorio, Movilidad, Etnobotánica y Manejo del Bosque de los Nukak Orientales*. Estudios Antropológicos No. 3. Universidad de los Andes, Bogotá.

Chaves, M. y L. Wirpsa

- 1988 Aparecen los nukak. *Noticias Antropológicas* 89:1-5.

David, N.

- 1992 Integrating ethnoarchaeology: a subtle realistic perspective. *Journal of Anthropological Archaeology* 11:330-59.

Domínguez, C.

- 1985 *Amazonia Colombiana*. Banco Popular, Bogotá.

Fisher, J. y H. Strickland

- 1991 Dwelling and fireplaces: keys to efe pygmy campsites structure. En *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites. Hunter-Gatherer and Pastoralist Case Studies*, editado por C.S. Gamble y W.A. Boismier, pp. 215-36. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.

Franky, C., D. Mahecha y G. Cabrera

1995 *Demografía y Movilidad Socio-Espacial de los Nukak*. Fundación Gaia Amazonas, Bogotá.

Gándara, M.

1990 La analogía etnográfica como heurística: lógica muestral, dominios ontológicos e historicidad. En *Etnoarqueología: Coloquio Bosch-Gimpera*, editado por Y. Sugiura Y. y M.C. Serra, pp. 43-82. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Gifford, D.P.

1978 Observations of modern human settlements as an aid to archaeological interpretation. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of California.

Gould, R. A.

1968 Living archaeology: the ngatjara of western Australia. *Southwestern Journal of Anthropology* 24:101-22.

Gualteros, I.

s.f. Estudio breve sobre la cultura material de los nukak. Manuscrito sin publicar, Misión Nuevas Tribus de Colombia.

Hernando, A.

1995 La etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado. *Trabajos de Prehistoria* 52(2):15-30.

Jones, K.

1993 The archaeological structure of a short-term camp. En *From Bones to Behavior*, editado por J. Hudson, pp. 101-114. Occasional Paper 21, Center For Archaeological Investigations, Southern Illinois University, Carbondale.

Kent, S.

1993 Models of abandonment and material culture frequencies. En *Abandonment of Settlements and Regions. Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches*, editado por C. Cameron y S. Tomka, pp. 54-73. Cambridge University Press, Cambridge.

Kroll, E. y T.D. Price (Editores)

1991 *The Interpretation of Archaeological Spatial Patterning*. Plenum, Nueva York.

Metraux, A.

1948 The hunting and gathering peoples of the Río Negro basin. En *Handbook of South American Indians*, vol. 3, editado por J. Steward, pp 861-67. Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington.

Mondragón, H.

s.f. Estudio para el establecimiento de un programa de defensa de la comunidad indígena nukak. Informe final presentado al programa de Rehabilitación Nacional (PNR). Manuscrito sin publicar, Presidencia de la República de Colombia, Bogotá.

Murray, P.

1980 Discard location: the ethnographic data. *American Antiquity* 45:490-502.

Münzel, M.

1969-74 Notas preliminares sobre os Kaborè (Makú entre o río negro e o Japurá). *Revista de Antropología* 17-20.

Nielsen, A.

1994 Como es arriba es abajo. Evaluación crítica de las posibilidades del análisis de microartefactos para la inferencia arqueológica. *Arqueología* 4:9-41.

O'Brien, M. y T. Holland

1995 Behavioral archaeology and the extended phenotype. En *Expanding Archaeology*, editado J. Skibo, W.H. Walker y A. Nielsen, pp. 143-61. University of Utah Press, Salt Lake City.

O'Connell, J.

1987 Alyawara site structure and its archaeological implications. *American Antiquity* 52:74-108.

1995 Ethnoarchaeology needs a general theory of behavior. *Journal of Archaeological Research* 3(3):205-54.

Politis, G.

1992 La arquitectura del nomadismo en la Amazonia colombiana. *Proa* 412:11-20.

1995 *Mundo de los Nukak. Amazonia Colombiana*. Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.

1996a Moving to produce: nukak mobility and settlement patterns in Amazonia. *World Archaeology* 27(3):492-511.



- 1985 Is there a "Pompeii premise" in archaeology? *Journal of Anthropological Research* 41(1):18-41.
- 1987 *Formation Processes of the Archaeological Record*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Silverwood-Cope, P.
- 1972 A contribution to the ethnography of the Colombian maku. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of Cambridge, Cambridge.
- 1990 *Os Makú: Povo Cacador do Noroeste da Amazonia*. Universidade de Brasilia, Brasilia.
- Stahl, P.W. y J.A. Zeidler
- 1990 Differential bone-refuse accumulation in food-preparation and traffic areas on an early ecuadorian house floor. *Latin American Antiquity* 1(2):150-69.
- Stevenson, M. G.
- 1982 Toward an understanding of site abandonment behavior: evidence from historic mining camps in the southwest Yukon. *Journal of Anthropological Archaeology* 2:237-65.
- Tani, M.
- 1995 Beyond the identification of formation processes: behavioral inference based on traces left by cultural formation processes. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2(3):231-252.
- Torres, W.
- 1994 Nukak: aspectos etnográficos. *Revista Colombiana de Antropología* 31:197-234.
- Wirpsa L. y H. Mondragón
- 1988 Resettlement of nukak indians, Colombia. *Cultural Survival Quarterly* 12(4):36-40.
- Yacobaccio, H., C. Madero y M. Malmierca
- 1998 *Etnoarqueología de Pastores Surandinos*. Grupo Zooarqueología de Camélidos, Buenos Aires.
- Yellen, J.
- 1977 *Archaeological Approaches to the Present. Models for Reconstructing the Past*. Academic Press, Nueva York.

- Zeidler, J.  
1984 La etnoarqueología de una vivienda achuar y sus implicancias arqueológicas. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 3:155-93.

# La circulación de productos entre los pastos en el siglo XVI

ALEJANDRO BERNAL VÉLEZ, ANTROPÓLOGO  
Universidad de los Andes, Colombia

.....  
—  
.....

RESUMEN: *Este artículo analiza la dinámica del intercambio entre los pastos del siglo XVI y sus vecinos cercanos. La idea central del artículo es que ciertos productos –tales como papa, maíz y otros productos básicos– no fueron objeto del control por parte de una jerarquía, mientras que sobre los bienes exóticos procedentes de regiones distantes e intercambiados a través de especialistas conocidos como “mindalae” sí se ejerció un control político que restringía su posesión a los miembros de la elite. Además, el análisis toma en consideración un tercer grupo de productos, propuesto por Salomon (1980).*

## The movement of goods among the Pasto during the 16<sup>th</sup> century

ABSTRACT: *This article analyzes the movement of goods in southwestern Colombia and northern Ecuador, among the Pasto and their neighboring groups in the highlands of Carchi-Ipiales. The central idea of this paper is that certain products –such as potatoes, corn and other necessities– were not under political control. However, products originating in long distance trade through specialists known as “mindalae” were subjected to controls which restricted their possession to elite individuals. A third group of goods, as described by Salomon (1980) is also taken into consideration in the analysis.*

Desde hace varias décadas el tema de los cacicazgos ha cobrado vital importancia dentro de las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas que se han venido desarrollando en Colombia. Sin embargo, la revisión o exploración de algunos temas relacionados con los cacicazgos como el intercambio, el comercio y la interacción regional solo han sido desarrollados en años recientes.

El sur de Colombia y norte del Ecuador fueron el escenario de dinámicas de circulación tan diversas que abarcan desde el simple intercambio de productos alimenticios entre personas comunes y pertenecientes a la misma etnia hasta la introducción, en la sierra, de productos exóticos de tierras bajas traídos por especialistas controlados, o al menos contratados, por los caciques de los grupos serranos. Estas dinámicas sirvieron a su vez como factores de cohesión entre grupos de una misma etnia que habitaban ecologías diversas, y pudieron articular la interacción de grupos política y étnicamente distintos. Diversas fuentes etnohistóricas evidencian cómo funcionó para el siglo XVI la circulación de productos en esta zona de Sudamérica.

Este artículo<sup>1</sup> se centra en las relaciones de circulación que existieron entre los pastos, grupo que para los albores de la conquista española ocupó el sur del departamento colombiano de Nariño y la provincia de Carchi en el Ecuador. Estas relaciones son tanto las que existieron dentro de las fronteras políticas y étnicas de los pastos, como las de estos y sus vecinos. El primer tipo de fronteras se entiende como las que definían cada cacicazgo pasto. Con los datos actuales se puede afirmar que para la primera mitad del siglo XVI cada pueblo pasto descrito por las fuentes coloniales correspondía a un cacicazgo. No existe evidencia alguna sobre el control de un grupo sobre otro, ni mucho menos de federaciones de cacicazgos. Mamián (1996) ha expresado recientemente que no es posible afirmar que existiera una unificación lingüística entre los pastos o que estos fueran un solo grupo. Existe mucha confusión sobre lo que los españoles consideraron como pasto, en parte debido a los intereses de los conquistadores que como Belalcázar incluyeron dentro de un mismo grupo (los quillacingas) a varias agrupaciones indígenas para legitimar su territorio ante Pizarro (Díaz 1987).

Para los propósitos de este artículo “grupo pasto” son las sociedades que ocuparon el altiplano Carchi-Nariño y algunas extensiones hacia el norte (por las riberas del Guáytara) y el occidente y que los documentos del siglo XVI definen como tal. Se suele pensar también que los pastos del Carchi o pastos del sur estuvieron dominados por los incas y que esto los diferenciaría de sus

<sup>1</sup> Este artículo es parte de mi tesis en el Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, y fue expuesto en el simposio “Arqueología y Etnohistoria del Altiplano Nariñense. Pastos y Quillacingas”, realizado en Pasto en abril de 1999.

vecinos al otro lado de la actual frontera entre Colombia y Ecuador; sin embargo, mientras no se tenga una evidencia precisa sobre los límites septentrionales consolidados de este imperio, es más prudente considerar tanto a los pastos nariñenses como a los del sur como un mismo grupo.

Como hipótesis de trabajo se puede afirmar que los procesos de circulación entre los pastos del siglo XVI estuvieron dirigidos, fundamentalmente, a tres propósitos: (a) suplir las necesidades políticas de las elites de cada cacicazgo pasto. En efecto, existió una clase de mercaderes conocidos como mindalae, que viajaban largas distancias para suplir a las elites de productos exóticos cuya circulación fue restringida y cerrada; (b) que debido a las características geográficas imperantes en esta zona fue necesaria la microverticalidad, a través de la cual los grupos pasto se suplieron de productos básicos de ecologías complementarias, y (c) las relaciones de los pastos con los grupos vecinos dinamizaron la circulación de algunos productos que no tienen que ver con lo político (procedentes de regiones geográficamente distantes) ni con lo alimenticio (originarios de ecologías complementarias) sino con artículos culturalmente importantes. Esta hipótesis surge de algunas consideraciones que Salomon (1980) elaboró para los grupos del norte del Ecuador.

Como eje explicativo haré la exposición por separado de cada uno de los distintos elementos (productos, personas, sitios y rutas de los intercambios) que componen la circulación; y al final, como forma de discusión, analizaré la relevancia de las hipótesis propuestas como guías de trabajo. También aprovecho esta oportunidad para hacer una exposición de lo dicho por algunos autores sobre la circulación de productos entre los pastos en el siglo XVI.

Antes de entrar en materia es necesaria una corta aclaración sobre las fuentes escritas con las cuales realicé este estudio. En primer lugar, se destacan dos visitas realizadas en el siglo XVI a la zona, efectuadas por Tomás López en 1558 y García de Valverde en 1570. Ambas fuentes fueron consultadas en el Archivo del Banco Central del Ecuador y corresponden a copias de los originales que reposan en el Archivo General de Indias en Sevilla<sup>2</sup>. En este orden de importancia vienen las "Relaciones Geográficas", recogidas en varias ediciones, y por último se consultaron algunas crónicas. La importancia de las visitas radica en que fueron realizadas por funcionarios coloniales con fines tributarios, para lo cual el visitador se reunía con varios testigos y estos respondían a las mismas preguntas. En este sentido, la visita de 1558 no posee la misma riqueza informativa que la

<sup>2</sup> Estas se citarán con la nomenclatura del Archivo General de Indias (A.G.I.); ambas están en el tomo 60 de la Audiencia de Quito. En beneficio de una redacción más fluida hablaré de la visita de 1558 (la de Tomás López) o la de 1570 (García de Valverde) o simplemente de la visita de López o la de García de Valverde.

de García de Valverde; es más, esta última se hizo con el fin de corregir algunos errores de la visita del oidor López. De esta misma manera, las “Relaciones Geográficas” son importantes por la forma sistemática en que fueron recogidos los datos, ya que durante la época filipina estas relaciones fueron realizadas respondiendo a un cuestionario único dictado por la Corona. Por esto es posible contrastar, en algunos casos, las respuestas que dos personas dan a un mismo punto para una misma región o un mismo grupo.

El uso de crónicas no se hizo indispensable, ya que en la mayoría de los casos no son una fuente muy confiable. Es un error común en los investigadores de la etnohistoria del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador el uso de Cieza de León como fuente fidedigna. Ciertamente es que fue testigo directo de los acontecimientos siendo apenas un “mozuelo”, pero es así mismo cierto que sus difíciles vivencias en estas tierras fueron escritas en la ciudad de Cuzco, cuando el cronista había visto la grandeza del imperio Inca. Por esta razón sus visiones están prejuiciadas a considerar inferiores a otros pueblos fuera de las fronteras del Tawantinsuyo. Otras crónicas sobre la zona fueron hechas posteriormente por informaciones indirectas, lo que dificulta mucho su interpretación. El uso de otras fuentes coloniales inéditas no se realizó, pues no contienen la información que se requería para los efectos de esta investigación; algunas de éstas, además, ya han sido tratadas por otros autores citados en este trabajo.

## Generalidades sobre la circulación de productos entre los pastos

Algunos autores (e.g., Uribe 1995:449-55) proponen que la dinámica del intercambio de los pastos fue posible gracias a tres factores: microverticalidad (no existen comunidades andinas económicamente autosuficientes y debido a esto se necesitó el intercambio entre las distintas zonas, asunto que aprovecharon los pastos); la existencia de especialistas en el intercambio o mindalae que cambiaron productos terminados por materias primas y sirvieron a las comunidades andinas abasteciendo o importando bienes de las selvas tropicales; y la existencia de enclaves o colonias multiétnicas, que posibilitó el intercambio con otros grupos vecinos o lejanos.

Sin embargo, si algo caracteriza a la microverticalidad es la reducción en la dependencia externa, al menos en lo que a alimentos básicos se refiere. Esto no quiere decir que no se necesitaran vínculos externos para obtener otros productos. Los intercambios con regiones distantes sirvieron a los pastos para adquirir bienes exóticos o productos culturalmente importantes como la sal y el algodón.

Según Uribe (1995:448), todo parece indicar que el fin de la fase Piartal coincide con una reducción en las relaciones de intercambio a larga distancia, al

menos en lo que a contactos con la Costa Pacífica se refiere. La evidencia encontrada durante esta investigación permite sugerir que los pastos del siglo XVI participaron en circuitos de intercambios a larga distancia. Se propone que los principales intercambios fueron los de productos de tierras cálidas por los de tierras frías (Oberem 1981:59). Aquellos bienes que se obtuvieron en los sitios más distantes parecen ser los más propensos a ser politizados (Salomon 1980:313). Además, tal intercambio debió suponer un sistema de arreglos entre los grupos, como el parentesco o alianzas políticas, como ha sugerido Terán (1995).

Las tierras bajas del oriente parecen haber suplido los productos costeros. Tres productos, asociados con imaginarios de un nivel mínimo de comodidad culturalmente aceptados, parecen ser el principal aliciente de tales intercambios entre selva y sierra: sal, algodón y ají (Salomon 1980; Terán 1995). Por otro lado, el comercio y el intercambio a larga distancia no fueron sólo indispensables para los serranos, también fueron necesarios para los grupos de las tierras bajas (Gómez 1996). Otra forma de acceso a recursos y que tuvo una implicación directa sobre la circulación de bienes y productos fueron los enclaves multiétnicos y las colonias extraterritoriales. Los pastos parecen haber participado en dos, una al sur de su territorio en el valle del Chota-Mira y al norte en la hoya media del Guáy tara con los abades.

Gómez (1996) argumenta que los procesos de colonización y reducción a poblaciones, el traslado de gente para trabajos bajo las formas de yanaconas o mitimaes y otros procesos típicos de la colonización hispánica en esta zona pudieron afectar procesos y dinámicas de intercambio; pero que algunas de las rutas de los intercambios fueron utilizadas para el trazado de los “camino s reales” y el intercambio de conocimientos médicos y chamanísticos siguió funcionando hasta las postrimerías del siglo XIX, e inclusive hasta hoy. El afán de obtener oro por parte de los españoles contribuyó a no frenar los intercambios entre los grupos serranos y los de la selva oriental.

## Bienes y mercancías

Para Salomon (1980:153-55) existen cuatro grupos de bienes que circularon en las sociedades serranas. Un primer conjunto de bienes, compuesto principalmente por maíz y tubérculos, circuló dentro del grupo. Su producción y circulación eran controladas tanto por los caciques como por los comuneros, siendo lo normal la producción en niveles más que suficientes para el consumo local. Un segundo grupo de bienes está asociado con límites del territorio como la caza y la recolección. Aquí sí existe una marcada preponderancia a ser controlados y distribuidos por el cacique. La tercera categoría de bienes está asociada no con proteínas o requerimientos calóricos mínimos, sino con el

afianzamiento de un mínimo de comodidad socialmente aceptable como por ejemplo el algodón para el vestido, el ají y la sal. Para su acceso se debe recurrir a la importación y tratos con otros grupos.

Dentro de un cuarto grupo de bienes están los bienes costosos, exóticos e importados desde lugares lejanos y de acceso peligroso. La disposición (acceso, almacenamiento y distribución) de estos por los caciques está asociada con el poder personal y social dentro del grupo.

Mientras los grupos uno y tres suponen una movilización dentro de un radio de acción cercano, poniendo de manifiesto las relaciones de la sierra con la montaña o los valles interandinos, las otras dos categorías (bienes asociados a los límites de los grupos y los bienes exóticos y caros) representan el acceso a extremos ecológicos (páramo, bosques altos y tierras bajas lejanas), es decir, sierra-costa y sierra-selva y dentro de la sierra propiamente dicha. La circulación de los bienes de subsistencia básicos y los que representan un mínimo de comodidad socialmente aceptado suponen poco control político por parte de los "señores" y estuvo moderada por arreglos sociales entre unidades domésticas. Para los bienes de las categorías dos y cuatro existen un control político y una asociación de estos con el poder y el prestigio, saliéndose su obtención de las unidades domésticas. Para Landázuri (1995:115) los bienes de prestigio pudieron presentarse como dones o presentes que circularon en las unidades políticas de los pastos dentro de sistemas de reciprocidad y redistribución.

Existen datos etnohistóricos que permiten afirmar que los bienes básicos de subsistencia tuvieron cierta circulación entre los pastos: "... hazen sementeras de mahiz y papas y lo venden y rescatan con ello y lo mesmo petates que los hacen en cantidad y los venden por oro y chaquira" (A.G.I Quito 60 f. 207 v). Aunque no existieron distinciones sociales para la caza, el acceso a la carne estaba restringido a los caciques y principales, pues parte de lo que la gente cazaba era entregado como tributo a los mandatarios étnicos como propiedad (Salomon 1980:136-37).

## 1. Sal

La sal utilizada por los grupos serranos del norte de los Andes fue extraída principalmente de salitres y fuentes en la cordillera. La sal marina parece ser muy poco utilizada (Salomon 1980:144).

Una de las principales fuentes de sal fue las Salinas de Otavalo en el valle del Chota-Mira. Su extracción posiblemente estuvo asociada a una explotación multiétnica y multicacical. Este fue el único centro de explotación de sal desde Latacunga (al sur de Quito) hasta el Guáy tara (Landázuri 1987:26-7, 1995:95). Para su acceso y control debieron existir múltiples alianzas y arreglos sociales



Y hay en esta tierra muchos algodones que siembran los dichos indios del pueblo de salinas, y contratan el algodón como la sal con los indios comarcanos, del cual hacen sus vestidos que he dicho. Son grandes labradores, que todos en general siembran sus tierras y cogen los frutos a sus tiempos. Los tratos que hay entrellos es hacer mantas de algodón y venderlas por oro a españoles e indios para pagar su tributo (Paz Ponce 1965:239-40).

Como en el caso de la coca, parece que el regadío estuvo utilizado más para sus cultivos que para el del maíz.

Si la tierra regada produjo maíz con un rendimiento de 1000 kg/ha estas tierras pudieron haber mantenido cerca de 20.000 personas<sup>3</sup>. Pero la evidencia sugiere que era poco el terreno regado dedicado a cultivos nutritivos como maíz (El Quinche y Pimampiro son excepciones): la coca y el algodón eran más importantes conjuntamente con los árboles frutales (Knapp 1992:102).

Al norte, en la hoya del Guáy tara, Ancuyá, en territorio abad, parece haber sido otro centro productor:

... se sabe que es tierra caliente donde se puede coger algodón y otras de tierra caliente (A.G.I. Quito 60 f. 212 v).

Sin embargo, uno de los testigos de la visita de García de Valverde declaraba que en

... la dicha tierra de los abades no hay algodón para mantas (A.G.I. Quito 60 f. 207 v).

El territorio de los quillacingas del norte (los de Juananbú) pudo haber tenido algodón en su territorio:

... los yndios tienen algún principio de hazer mantas de que se visten que teniendo algodón como lo pueden coger en su tierra (A.G.I. Quito 60 f. 216 r).

El texto anterior va seguido de “y dandoles yndustria para hacer algunas le parece que cada yndio/podrá dar de tributo una manta al encomendero de algodón para ella”; de esto se puede argumentar que si bien tenían algodón, o su clima se prestó para esto, la práctica de hacer mantas fue posterior a la conquista.

Las fuentes indican que dentro de los pastos las mantas de algodón entraron en los circuitos de circulación:

... tienen oro y mantas y que todas las mugeres saben hilar y texer y que en sus mercados no les falta algodón” (A.G.I. Quito 60 f. 207 r); “... que los

<sup>3</sup> “Los rendimientos del maíz sin riego y fertilizantes son aproximadamente 400-600 kg/ha. Con riego y sin fertilizante el maíz produce 1.200-1.500 kg/ha. y con riego y fertilizante de 1.800 a 2.500 kg/ha o más” (Knapp 1992:22).

yndios de la provincia de los pastos podran dar de tributo en cada año cada yndio dos pesos a dos y medio de buen oro y en mantas porque las pueden rescatar" (A.G.I. Quito 60 f. 209 v).

La utilización de las mantas de algodón pudo haber sido usada en el vestido: Su traje es que andan las mujeres vestidas con una manta angosta a manera de costal ... y todas las más son hechas de hierbas y de cortezas de árboles, y algunas de algodón. Los indios se cubren con una manta ansimismo larga (Cieza 1971:138-39).

Sin embargo, poco se sabe de la tecnología usada en la confección de mantas. Se puede suponer que las fibras de algodón eran llevadas a los pueblos en la sierra y allí se procesaban para los textiles (Salomon 1980:138).

Landázuri (1995:78-79), haciendo cálculos sobre la producción de mantas, reatas y vestidos de algodón, opina que es muy posible sugerir que dentro de los pastos existía una especialización en la producción artesanal de textiles, aunque no hay ninguna evidencia documental que mencione la existencia de tales especialistas:

Tienen los naturales de esta provincia mucho algodón y labran e hilan y tejen y hacen cantidad de mantas, que dan a sus encomenderos. (Anónimo 1992:19); ... ellos las hazen y tienen por grangeria (A.G.I. Quito f. 213 r).

### 3. Coca

La coca fue producida al sur del territorio pasto en las riberas de río Chota-Mira. Como para los dos bienes anteriores Las Salinas es propuesto como sitio productor. Pimampiro fue el principal centro productor de coca en este valle (Borja 1965:249; Landázuri 1987:14, 26-27). En los valles secos del norte del Ecuador el riego pudo haber sido usado para garantizar una producción más alta del producto (Knapp 1992:102).

Hay muchos indios que tienen en sus tierras riberas de los dichos ríos que he dicho [Mira y Coangue], donde hacen grandes chacras de coca, que es una yerba de un árbol chiquito, que se coge tres veces al año ... (Paz Ponce 1965:240).

Knapp (1992:37) duda de la producción de coca en Pimampiro por tener un suelo y una ubicación inapropiados para su cultivo; el pueblo debió estar dedicado al cultivo del maíz. Sin embargo, no descarta la producción coquera en todo el valle; de hecho, sugiere que el riego pudo dedicarse a esta actividad.

Los pastos pudieron utilizar la coca para el mambeo y fue principalmente introducida desde Pimampiro (Rumazo 1933:136). Este centro productor también presencié colonias extraterritoriales de los pastos, quienes por medio

de arreglos y alianzas lograron compartir con otros grupos el acceso a este producto. También existen referencias de un comercio de la hoja con los quijos del piedemonte de la Amazonia. Otro centro de acceso a este producto fueron áreas bañadas por los afluentes del río Pastaza al noreste del moderno Ambato (Salomon 1980:146).

Jijón (1912:317) colocó a la provincia de Imbabura como sitio de intensos intercambios, en donde la obtención de coca pareció ser el mayor atractivo:

... se sabe que en Pimampiro había indios de Pasto, Lactacunga y Sigchos que iban en busca de las para ellos preciosas hojas de coca, y así como en Imbabura encontramos objetos marcadamente exóticos y que sin duda han sido hechos por otros pueblos de la república del Ecuador, obras de manufactura imbabureña se hallan a menudo en las áreas de otras culturas.

La coca no fue solo utilizada en la masticación; también tenía un uso ritual y ceremonial; de aquí se desprende la utilización de dos variedades, una importada desde las tierras orientales para fines rituales y otra más local o de acceso más fácil, adaptada a las condiciones ecológicas locales, para la masticación, como ha sugerido recientemente Terán (1995:241, 244). Para Langebaek (1988:68) es muy posible que en el momento de la conquista la coca fuera solo utilizada por la elite. Solamente después de esta se generalizó su uso.

## 4. Oro

Los sitios más probables desde donde se introdujo el oro al territorio pasto están al norte y al oriente del territorio. En las regiones que circundaron a Quito las fuentes documentales dan como ausente la existencia de este metal.

En el distrito no tiene S[u] M[agestad] mina alguna, porque las que hay no son sus nacimientos. (Anónimo 1965:207).

Sobre los quillacingas de Juananbú y Quina en la visita de 1571 se decía que había oro:

... tienen algun oro de minas ... (A.G.I. Quito 60 f. 208 v);

... muchas veces han acos//tumbrado los yndios de la dicha provincia a sacar oro en su tierra y fuera della ... (A.G.I. Quito 60 fols. 211 v-212 r).

La misma fuente narra que los del valle de Sibundoy también tuvieron minas:

... cigunday le parece a este testigo que pueden ser tassados en oro que por que tienen minas en su propia tierra (A.G.I. Quito 60 f. 208 v).

En las tasas de García de Valverde aparecen dos sitios fuera del territorio pasto como poseedores de minas: Ancuyá (A.G.I. Quito 60 f. 258 r) Sibundoy (A.G.I. Quito 60 f. 371v).

Ancuyá quedaba en territorio abad y los pastos tuvieron una colonia extra-territorial en este pueblo. Los abades son descritos como un pueblo minero:

... en cuanto a la provincia de los abades le parece dar de tributo sino de oro porque tienen minas (A.G.I. Quito 60 f. 207 v);

... porque es gente que no tiene sino el oro de las minas (A.G.I. Quito 60 f. 208 v).

Los pastos, en cambio, no tuvieron acceso a minas dentro de su territorio:

No se ha(n) hallado en esta provincia minas de oro ni de plata hasta ahora, (Anónimo 1992[1559-60]:19).

## 5. Ají

Algunos tipos de ají son cultivados en la sierra como la variedad rocoto, pero no era considerada ni estimada como las que provenían de la selva. Lo más posible es que no cayeran dentro de la esfera de la economía política. No existe información expresa sobre su tributación al cacique y es posible que acompañaran al maíz en la redistribución que hacía el cacique (Salomon 1980:144, 145).

## 6. Cuentas, chaquiras y conchas

Fueron artículos de lujo, presumiblemente importados desde el Oriente (Salomon 1980:147-48). Arqueológicamente se ha demostrado su existencia y parece que, al menos durante la fase Piartal (siglos IX a XIII d.C.), el uso de conchas de mar estuvo restringido a la elite cacical (Uribe 1995:446). Para el momento de la conquista española no se encuentran conchas de *Spondylus* mencionadas en las crónicas ni en los documentos (Oberem 1981:59).

Para las cuentas de collar y las chaquiras existen algunas evidencias arqueológicas y documentales:

En algunas sepulturas de El Angel se encontraron cuentas o granos artificiales trabajados con una masa arcillosa en diversos tamaños y colores. Estas eran las monedas de los indígenas, las cuales, como a otros habitantes del oriente con quienes parece estuvieron siempre en relaciones, les servía para facilitar el comercio, aunque la moneda fue prerrogativa de los régulos y curacas y no de todo el pueblo (Rumazo 1933:137).

Las cuentas y las chaquiras pudieron tener como función una mediación para el intercambio, una especie de moneda. A su vez, son descritas como objetos de lujo cuyo acceso y posesión estuvieron restringidos por los caciques (Oberem 1981:62; Salomon 1988:112). Otro artículo que pudo haber servido como moneda

fueron las hachas de cobre. Se desconoce su uso en períodos inmediatamente anteriores a la Conquista (Oberem 1981:62). No se encuentra documentación sobre este artículo entre los pastos del siglo XVI.

## 7. Maderas

Para el caso pasto parece que las maderas pudieron haber provenido de los quillacingas de Patascoy y la laguna:

... que los de la laguna y patascoy podran ser tassados en madera por estar en la montaña y estar acostumbrados a traella y tenello por trato (A.G.I. Quito 60 f. 210 v).

Los protopasto usaron la madera de procedencia occidental para hacer implementos para el telar (no el armazón del telar); bancas o tiangas de uso restringido para caciques; armas como macanas, lanzas y estólicas; bastones de mando; cucharas y objetos representando animales (principalmente monos). Estos eran, principalmente, artículos de elite (Uribe 1995:440-41). Los pastos históricos posiblemente usaron estos objetos pero no se encuentran evidencias contundentes que permitan confirmar su uso. Uribe (1995) afirma que las maderas debieron provenir de tierras cálidas y selváticas (cf. Calero 1991:52).

## 8. Otros artículos y bienes

Al suroriente de Pimampiro existió un pueblo llamado Chapi (posteriormente reducido al primero) donde se presentó intercambio con grupos de las selvas orientales. Lllaman la atención los artículos y conocimientos de uso chamánico (Oberem 1981:59; Landázuri 1995:92-93):

Tienen estos indios de la montaña [de Chapi<sup>4</sup>] contratación con los indios de guerra y resgatan los unos con los otros. Los indios de guerra traen muchas veces muchachos y muchachas a vender a trueque de mantas y sal y perros; u así hay algunos muchachas y muchachos en estos pueblos ya cristianos, y así hay algunos en la ciudad de Quito. Otras veces traen bandul [manduru, achote o bija, sacada del fruto de la Bixa Orellana<sup>5</sup>], ques una masa colorada que sacan de unos arboles, con que estos naturales se embijan y se pintan y tiñen mantas. Traen pita y traen papagayos y monos; traen muchas yerbas

<sup>4</sup> En un aparte anterior dice: "... la mayor parte de los naturales de este dicho pueblo de Chapi se llaman los montañeses" (Borja 1965:248).

<sup>5</sup> Nota al pie que hace Jiménez de la Espada, el editor del libro en el que se publicó el texto de Borja (1965).

secas; tienen una raíz que se llama contrayerba [*Flaberia Contrayerba*<sup>6</sup>]; con las cuales se curan estos naturales. Son estos indios tenidos por grandes hechiceros, y así dicen estos naturales destes pueblos, que sino les compran lo que traen a vender, que los henchizan, de suerte que dello vienen a morir. Ya ha cesado el rescate de los muchachos, por causa que piden espadas y machetes a trueque dellos, y como no se dan, no los quieren traer (Borja 1965:248-49).

Gómez (1996:67) sugiere que la cera de abejas para la decoración de la cerámica pasto pudo haber provenido de grupos del Caquetá y sus afluentes. El tabaco fue probablemente traído del oriente, desde la región de los Quijos (Salomon 1980:146).

## Personas implicadas en la circulación

En los centros de intercambio y en general para el comercio exterior de los pastos se evidencia la presencia y actividad de mindalaes (especialistas en comercio de larga distancia y en la obtención de artículos suntuarios, exóticos y de lujo) o por el sistema de contratación (compraventa) hecha por unidades domésticas (Landázuri 1987:24; 1995:104).

Las personas comunes, no especialistas, negociaban con artículos y bienes de subsistencia (papa, maíz, leguminosas, etc.) y productos que representaron alguna comodidad mínima aceptada culturalmente (ají, sal, algodón). Posiblemente viajaron a regiones cercanas para ofrecer sus excedentes caseros y tuvieron acceso a los mercados. Esto fue en el ámbito de unidades domésticas y las relaciones fueron simétricas: casa-casa o llajta-llajta, suponiendo la preexistencia de arreglos sociales (por ejemplo arreglos matrimoniales), culturales e incluso rituales. La otra categoría de personas, los especialistas, está relacionada con los intereses de una elite y obtenían bienes suntuarios y de procedencia lejana viajando a lugares distantes. Posiblemente administraban los mercados y centros de intercambio, como en el caso de Quito (Salomon 1980:181).

### 1. *Los mindalaes*

El origen de la palabra mindalá es aún incierto. Según algunos estudios citados por Salomon (1980:164-66), el origen de la palabra puede ser quechua, pero de todos modos, como dice este autor, no existen en los diccionarios del aymará o el quechua palabras que se asemejen a ésta. Algunos le asignan un origen chibcha, pero los estudios citados por Salomon son muy poco sistemáticos como para que se pueda llegar a comprobar su origen lingüístico. Chibcha o no, lo que hay

<sup>6</sup> Nota al pie hecha por Jiménez de la Espada.

que retener de la palabra y de su etimología es la relación que guarda con significados como “echar camino” y “cargar”. Hoy en día se utiliza para designar a mujeres vendedoras en algunos pueblos del Carchi y llegó hasta ser un término despectivo.

Los mindalae estuvieron dedicados a la obtención de artículos suntuarios y de lujo para los caciques. Estos artículos suponían una obtención en lugares lejanos y obtenidos por intercambio o comercio con grupos culturalmente distintos (Salomon 1980:169, 1988:116; Landázuri 1995:112). Recordemos que los artículos provenientes de regiones más distantes fueron los más dados a ser politizados. Como representantes de la clase política e importadores de bienes altamente apreciables, los mindalae debieron jugar un papel muy importante tanto en su cacicazgo, como en la región (Salomon 1980:169).

Existen evidencias que apoyan que era un oficio hereditario: dos mindalae empadronados en Quito en 1580 eran hijos de dos de los enumerados en 1559. También fue, posiblemente, un oficio vitalicio: nueve de los mindalae de 1582 estaban activos desde 1559. Aunque hoy en día el término se aplica sólo a mujeres y tiene una connotación femenina, parece que hasta 1600 era un oficio masculino (Salomon 1980:169).

Para los pastos, en comparación con otras regiones (por ejemplo, Quito u Otavalo), cada pueblo pudo tener un mindalá, mientras que al sur de estos sólo tenían mindalae los pueblos más importantes. Esto puede ser indicativo de un mayor grado de centralización entre los pastos. Las únicas comunidades pasto que no tenían mindalae eran las expatriadas a territorio abad, o aquellas con un nivel demográfico muy bajo (Salomon 1980:304; 1988:110-114).

Estas afirmaciones tienen correspondencia con una de las declaraciones de los testigos de García de Valverde. La colonia extraterritorial pasto en Ancuyá, en territorio abad no tenía mindalae:

... que cuanto al trato y contrato no tienen lo que los pastos por no estar acostumbrados a traer ny aver entre ellos myndalae a lo que este testigo no ha alcanzado como los azen los pastos y por esta causa este testigo ha dicho que podran entrar mejor debajo de lo de los abades. (A.G.I. Quito f. 210 v).

Caillavet (1981:53) menciona la presencia de mindalae en La Salina; ellos comerciaban la sal como artículo de lujo. Tal vez esta no fue un artículo de lujo, lo que pudo representar en un producto apetecido para los grupos de las selvas orientales quienes no tenían sal, mediante esta los mindalae tuvieron acceso a los productos exóticos de su interés.

De la siguiente cita de la Relación de Borja (1965:252) se puede inferir que en la ciudad de Pasto había un mercado, desprendiéndose también que se presentó actividad de mindalae:

... aunque la ciudad de pasto está veinte dos leguas desta dotrina, no acuden a ella, y casi todos estos indios no saben ir a allá sino son algunos mercaderes que son ladinos en la lengua general del Inga, y estos van a sus rescates y granjerías.

Además de los valles secos donde se producía coca, algodón y sal, los mindalae actuaron también en refinerías de sal y pesqueras en la costa y llanuras del Pacífico como Ciscala, en donde también se podían obtener las cuentas; asimismo, en tierras colombianas donde posiblemente el oro de las minas fue el incentivo de sus viajes, y al sur de los Andes para obtención de la plata (Salomon 1988:116).

Mantuvieron una posición de estatus dentro de los pastos. No participaban en la producción agrícola como los demás indios, y ya en la colonia la tributación que se les pedía a éstos para el cacique era distinta a la del resto de la población. (Oberem 1981:61, 62; Landázuri 1995:110-7). En cuanto a su posición privilegiada dentro de los pastos, existe información documental que apoya esto:

... sólo pagaban tributo de oro, mantas y chaquira de hueso blanco o colorado (Paz Ponce 1965:236).

En los pueblos, los mindalae y solo ellos tenían que tributar al cacique en mantas en determinadas cantidades cada año. Por ejemplo, para el pueblo de Guachuncal el licenciado Valverde determinó:

... habeis de dar en cada un año vos los yndios mindalae del dicho pueblo diez mantas de algodón de la medida que susodicho ba declarada sin que en ello entren los demas yndios y que en esto haya claridad” (A.G.I. Quito 60 f. 228r).

Otros ejemplos de esto se pueden encontrar en Chungana: doce mantas (A.G.I. Quito 60 f. 221v), Mallama treinta mantas (A.G.I. Quito 60 f. 234r) Muellamues: diez mantas (A.G.I. Quito 60 fols. 246r-v) y Yascual: quince mantas (A.G.I. Quito 60 f. 254r).

La posición e importancia de los mindalae era tal que después de la conquista algunos de estos mercaderes tuvieron problemas de poder con sus señores. Grijalva (citado por Landázuri 1995:74,78) transmite un litigio jurídico de 1563 en donde un indio mindalá abusa de los poderes que le otorgaban los señores de Tuza:

... se ha intremetido y entremete en mandar los indios de mi señorío, que me dejó mi padre Chavilla y para el dicho efecto, les da y enbía, muchos presentes, de coca, y chaquira y otras cosas, hasta tanto que los atraído en sí mucha cantidad de indios de que yo rrecibo notorio daño y agravio pido a vuestra merced, mande al dicho cuaya, mindala so graves penas queno se entrometa enmandar los indios de mi señorío nime perturbe la subsección dellos ya anmi mismo, mande a los dichos indios de mi señorío que me acudan y me acaten, como a su principal y señor y me den los tributos que son obligados a dar.

Este mismo caso ha sido transcrito por Oberem (1981:61, 62) y por Salomon (1980:305-8) y también ha sido interpretado como dato para decir que los mindalae tenían indios sujetos. Así mismo, Salomon (1988:112) interpretó esto como evidencia para apoyar que los artículos que importaban los mindalae al territorio pasto entraban también en la redistribución.

La cita que transmite Grijalva puede corresponder más a una situación colonial que a una prehispánica. Dado el valor que los españoles dieron a los objetos mencionados como regalos (coca y chaquiras) del mindalá a los indios del cacicazgo de Tuza, además de la obligación que impuso el gobierno español de dar estos objetos como tributos al cacique y sobre todo al encomendero, es muy probable que en una situación de presión tributaria sobre ellos, éstos sirvieran más a quien se los podía dar. Tampoco es nada rechazable la hipótesis de un cacique apelando por los verdaderos intereses del encomendero. Al final del litigio el mencionado tuvo que devolver al cacique cuarenta y dos indios con sus respectivas familias. Salomon (1980:169) dice que también es posible que un excedente de las importaciones de los mindalae fuera llevada a los mercados y de esta manera llegara a circular en manos de sujetos comunes.

## 2. *Unidades domésticas y personas comunes*

Landázuri (1995:79-81) piensa que es factible, aunque no exista evidencia directa sobre esto para los pastos, que se presentaran tres modalidades de cooperación para el trabajo de la tierra y en lo cual interviene también la circulación de bienes. Estas se presentaron bajo relaciones de reciprocidad en las cuales el trabajo y la circulación de bienes se dieron en dos direcciones (ida y vuelta) y que se pudieron dar entre unidades simétricas, con una equivalencia de valores entre los bienes y servicios intercambiados. Aquí entran dos modalidades: entre unidades domésticas, o entre unidades más grandes, unidas seguramente por lazos de parentesco, como los ayllus o las parcialidades. La tercera hace referencia a la relación “sujeto”-“señor” y es una relación de reciprocidad desbalanceada (no son unidades recíprocas), en donde se intercambia energía humana en la producción de maíz por derecho a tierras y parte de su producción, y el acceso a algunos bienes.

Los bienes que intercambiaban estas unidades domésticas fueron bienes de subsistencia como tubérculos, maíz, carne de venado y, sobre todo, vestidos de algodón por los cuales recibían coca, algodón y sal. Incluso la obligación de dar fuerza de trabajo parece que fue uno de los medios que se utilizó para el rescate de coca, probablemente bajo un sistema de intercambio de “bienes equivalentes” creando relaciones estables mientras duraba el ciclo agrícola (Landázuri 1995:103,106).

Los comuneros pudieron realizar contactos a medianas distancias viajando a otras comunidades para obtener productos como algodón o sal. Esto supone un

sistema de arreglos sociales preexistentes y la posibilidad de sugerir la existencia de cacicazgos “hermanos” pertenecientes a regiones distintas y ecológicamente complementarias (Salomon 1980:312).

Las fuentes documentales permiten también asegurar la existencia de intercambios y comercio entre personas comunes:

... lo común y más ordinario es trocar entre los naturales una cosa por otra; como si yo he de menester sal, doy por ella maíz, algodón, lana, u otra cosa que yo tenga, de la cual como tenga necesidad el que vende, hace su comuta, dando uno por otro. No hay más contrato de daca esto y toma por ello esto, y habiéndose concertado, pasan por ello; aunque si antes que se aparten alguna de las partes se arrepiente, con facilidad vuelve cada uno a tomar lo que antes era suyo; pero, en apartándose, si alguna de las partes no quiere, pasa adelante su concierto (Anónimo 1965:228).

La relación de Borja (1965:252) habla de unos indios pastos trabajando en los cocales de Pimampiro, pero también se refiere a unos que van a comerciar. Estas personas parecen no ser mindalaes sino personas comunes.

¿Qué es lo que nos hace suponer que eran unidades domésticas y no agentes especializados o mercaderes? En primer lugar, la distancia desde los centros de intercambio [...] se observa que las distancias [desde los asentamientos pastos de Tulcán] hacia los centros de comercio del valle del Chota no sobrepasaban las 15 leguas, lo cual quiere decir que tales distancias podían ser recorridas en poco tiempo por las mismas unidades domésticas sin desprenderse de las actividades productivas en sus lugares de vivienda. En segundo lugar, el número de “rescatadores” de coca, según Borja, era 200 indios, aparte de 70 camayos o mayordomos. Si suponemos que eran mercaderes, quiere decir que cada asentamiento debía tener un buen número de mercaderes, lo cual no parece probable, dada la magnitud demográfica de cada pueblo y dado que en el valle del Guáy tara, en Ancuyá, existió otro centro productor de coca al cual llegaban pastos de los asentamientos del norte. Y, en tercer lugar, en la relación de Pimampiro, se dice que los rescatadores de coca trabajaban las chacras de coca para asegurar su compra, es decir eran trabajadores relativamente estables, lo cual estaría en contradicción con el carácter del mercader, quien es un “agente viajero” que recorre los diferentes lugares de intercambio (Landázuri 1995:106).

## Sitios de los intercambios

Hartmann (1971:214-16) rechaza la hipótesis y argumentación de Murra, quien opinaba que, contrario al caso mesoamericano, en los Andes Centrales no había mercados ni actividad comercial, presentándose en cambio principios

de reciprocidad y redistribución dentro de un socialismo estatal que suprimía cualquier iniciativa particular en los territorios recién conquistados. Hartmann indica que algunas fuentes documentales del siglo XVI principalmente y algunas del XVII narran sitios de mercado e intercambio o tiangués dentro de las fronteras del Tawantisuyo y que cumplen, en palabras de este autor, con las expectativas de Polanyi sobre tales actividades:

realizada por instituciones que puedan ser calificadas como tales, siempre que reúnan las características de efectuarse en un lugar fijo, una fecha determinada así como la concurrencia de un público más o menos numeroso (Hartmann 1971:215).

Las ciudades de Cuzco y Potosí, al parecer de Cieza de León (citado por Hartmann 1971:216), pudieron ser los mercados más grandes y posiblemente esta costumbre estaba arraigada desde tiempos de Lloque Yupanqui, el tercer inca en el orden dinástico. No obstante, Hartmann es consciente de la cautela con que hay que tomar estas informaciones.

Para Hartmann es posible afirmar que existían mercados dentro de las fronteras del imperio de los incas, incluso en el mismo Cuzco, debido a que los españoles lo vieron en sus primeros contactos, de esto se desprende el tipo de objetos que transaron (de elite y de subsistencia básica) y la periodicidad de los mercados. Por otro lado, tanto en el aimará como en el quechua existen términos asociados a compra y venta; y que ante la afirmación de un gobierno cuzqueño interesado en destruir cualquier forma de mercado en sus nuevas conquistas, lo que se evidencia es más bien un gobierno que adapta las viejas estructuras a sus nuevas necesidades. Algunos datos etnohistóricos permiten probar su existencia en la Audiencia de Quito:

Entre los indios hacen sus mercados en sus pueblos, de manera que hoy se hacen en un pueblo y mañana en otro más cercano, así andan por su rueda. Entrellos no tienen peso ni medida, sino su contratación es trocar una cosa por otra y esto es a ojo (Anónimo 1965:220).

Dentro del territorio pasto debieron existir mercados donde se intercambiaron productos de las distintas ecologías. En ellos se negociaba con algodón, mantas, productos agrícolas, cabuya y oro (Calero 1991:40, 45). En los pastos del norte Ancuyá y Yascual en la cuenca media del Guáy tara pudieron ser sitios de intercambio (Landázuri 1995:99,104). El comercio de algodón parece ser el aliciente de los sitios de intercambio y mercados en esta parte:

... porque a viesto que se lo treren / en los dichos mercados a vender en cantidad y este testigo lo ha visto en los dichos mercados como doctrinero que ha sido de la dicha provincia de más de seis años a esta parte (A.G.I. Quito 60 fols. 207 r-v); “En territorio quillacinga, con la excepción de pasto no se conocen sitios de intercambio” (Calero 1991:52).

Se propone para el sur la existencia de centros de intercambio en Las Salinas, Pimampiro, Ancuyá y Quito, y un posible centro en Císcala (provincia de Esmeraldas), donde se intercambiaron productos marinos como pescado y sal de mar, otros como esmeraldas y algunos productos de posible procedencia serrana como ropas y mantas y algodón (Jijón 1912:317; Paz Ponce 1965:239-40; Caillavet 1981:52; Landázuri 1987:24-25, 1995:112-15; Echeverría *et al.* 1995:48, 141; Uribe 1995:458).

## Rutas de los intercambios

Por el occidente del territorio: por Mallama y Altaquer bordeando las laderas del Cumbal, por Maldonado bordeando las laderas del Chiles y saliendo al río San Juan, al sur del territorio tomando el cauce del río Guayllabamba para salir a la región de Esmeraldas. El río Chota-Mira se descarta por ser en su curso alto muy escarpado y abrupto para viajar por él. Por el oriente: desde Pasto saliendo por Puerres a La Victoria y llegando a San Antonio de Guamués en territorio Kofán (ruta actualmente utilizada), y por el valle del Chota a través de Pimampiro. (Uribe 1995:448-49).

Por el pueblo de Chapi cerca de Pimampiro se puede acceder fácilmente a las tierras bajas orientales donde estaban los cofanes y los quijos (Landázuri 1995:92).

## Asentamientos extraterritoriales

Para Salomon (1980:308-9) el acceso a tierras fuera de sus territorios les permitió un método adicional de acceder a recursos distintos al acceso que tenía la población por la microverticalidad y las relaciones de intercambio. Esta fue la modalidad de colonias extraterritoriales para la explotación de la coca, la sal y el oro.

Las colonias multiétnicas o extraterritoriales parecen haber solucionado una parte de las limitaciones que el medio ambiente del norte de los Andes imprimió sobre el acceso a recursos. Para Landázuri (1987:1-2) las características de este tipo de explotación generan dos preguntas:

... relaciones en torno al control de los recursos productivos ejercido por los propios grupos asentados en la cuenca, y relaciones y vinculaciones de los pueblos de las zonas altas o de montaña, de fuera de la cuenca, con los diversos espacios de los valles.

Existe evidencia arqueológica (presencia de cerámica Tuza) y documental sobre la actividad pasto en el valle del río Chota-Mira (Echeverría *et al.* 1995:139; Landázuri 1995:90; Terán 1995:233).

La mejor evidencia documental sobre los cocales de Pimampiro la transmite la relación del padre Borja (1965:249, 252):

Tienen estos indios de Pimampiro y parte de los de Chapi sus sementeras de coca y algodón y maíz y otras legumbres en este dicho valle de Coangue, que será poco más ancho que cuatro tiros de arcabuz y en partes menos. Es un valle muy fértil y de mucha recreación para los naturales, aunque en algunos tiempos del año enfermo, unos años más que otros. Son estos indios de muy poco trabajo, por causa del rescate de la coca, porque están enseñados que los indios extranjeros que les vienen a comprar la coca les labren las dichas chácras de coca para tenerlos gratos, porque no venden la dicha coca a otros indios; y estos son como feligreses [parroquianos], que dicen. Son estos indios deste valle tenidos por ricos entre los demás naturales deste distrito, por caso del rescate de la coca, porque por ella les traen a sus casas plata, oro, mantas, puercos y carneros y todo lo necesario que han de menester; por esta causa son estos indios muy malos labradores, y los que entre ellos no tienen coca, se alquilan por días y semanas para labrar las chácras del con que se alquila; y por tener estas chácras, son tenidos por ricos y les fían en tiendas veinte y treinta pesos y los pagan... Hay siempre a la continua en este pueblo de Pimampiro y en el valle de Coangue más de trescientos indios forasteros de Otavalo y Carangue y de Lactacunga y Sichos y de otras tierras muy apartadas desta, que vienen por caso de la coca a contratar éstos. También hay aquí más de ducientos indios de los pastos, que vienen al mismo rescate. Hay ochenta indios pastos, que son como naturales; éstos son camayos, que dicen, que son como mayordomos de los dueños de las rozas de coca, y estánse con estos naturales, porque les dan tierra en que siembren; y así estan ya como naturales.

En el caso de Las Salinas también aparecen los pastos como beneficiarios en la producción de sal. En 1577, hay dos clases de usuarios de los recursos de Las Salinas: Indios tributarios –15 solamente– pertenecientes al grupo Otavalo y los forasteros pastos y demás forasteros (Caillavet 1981:51). En la hoya media del Guáy tara, en las poblaciones de Yascual y Ancuyá también se presentaron casos de explotación de recursos por fuera del territorio pasto (Landázuri 1995:99):

van a las minas de los abades yascual y a otras partes donde ay oro a buscallo y con ello rescatan algodón de que hacen las mantas (A.G.I. Quito 60 f. 207 r);

preguntando en lo tocante al pueblo de ancuya si son pastos o abades dixo que algunos yndios de los del dicho pueblo de ancuya hablan lengua pasto y otros son abades y hablan la lengua aunque estan poblados juntos y que hasta agora no les ha visto dar de tributo porque andando a minas a sacar oro y las tienen junto a sus tierras assi frias como calientes (A. G. I. Quito 60 f. 214 v).

La participación en la producción de los bienes fuera del territorio pasto supuso una serie de arreglos entre los pastos y los grupos localizados en estas áreas de explotación (Echeverría *et al.* 1995:48; Landázuri 1995:47).

Landázuri (1987:20-23) indica las modalidades de alquiler de trabajo y los arreglos sociales que se gestaron en torno al acceso a la producción en Pimampiro:

(a) Indios “extranjeros” trabajando las tierras para la producción de coca y pagándoles en hojas de coca: parece que existió una continua demanda de hojas de coca, al punto de hacer arreglos para obtenerla antes de sembrarla o recogerla para asegurar su abastecimiento regular, algo similar a lo que los campesinos modernos llaman compra en verde o compra en el terreno. En la relación de Borja se habla de extranjeros, lo que supone que eran indios de fuera del área o de grupos étnicos diferentes y que vivían ahí, y algún tipo de arreglos y alianzas sociales eran básicos para esto, en la misma relación de Borja se habla de éstos como “feligreses”; (b) trabajo de indios locales, cuyos cacicazgos no tenían acceso a cicales y negociaban con los caciques anfitriones el acceso a la hoja: evidencia una acumulación de tierras para coca en pocas manos. Este arreglo no supone pago en hojas de coca; (c) existencia de yanas o yanaconas: población servil que no entra en vínculos de parentesco, reciprocidad, intercambio o redistribución; (d) relaciones de reciprocidad para labrado de tierras, siembra y recolección: mingas (minkas), trabajo comunal para una persona o trabajo uno a uno (ayni).

Existe una posibilidad de que los kamayuj o camayos pastos en las colonias extraterritoriales perdieran sus filiaciones étnicas originales y se adaptaran a las nuevas condiciones, manteniendo algunos contactos con los demás pastos por filiaciones políticas y sociales, pero estando ya bajo el mandato de otros señores. Además la cantidad de personas explotando los recursos extraterritoriales es demasiado grande como para compararlo con el sistema de “archipiélagos verticales” del modelo Murra. Al menos para el caso de Ancuyá no se mencionan, es más, se niega la existencia de mindalae dentro de la población. Estos debieron ser los encargados de llevar el oro y las mantas al territorio pasto propiamente dicho, pero pertenecían, o estaban bajo el mandato de otros señores étnicos (Salomon 1980:308-10).

Hasta la fecha solo se ha podido corroborar la existencia de estos dos centros de posible explotación multiétnica y extraterritorial en la que los pastos pudieron haber participado. Queda sin poderse evidenciar la existencia de otros centros tanto al norte, como al sur del territorio pasto.

Postular la existencia de este tipo de asentamientos genera dos preguntas importantes. La primera tiene relación con las fuentes que se están utilizando para sustentar su existencia y funcionamiento, éstas son generalmente muy *tardías y pueden ser más bien un producto de imposiciones coloniales españolas*

y no una institución aborigen. En la relación de Borja (un poco tardía) se menciona la palabra “mayordomo” y se nombran cultivos y animales europeos. Sin embargo, en la visita de García de Valverde (efectuada unos diez años antes de la relación de Borja), los testigos declaran que había pastos en territorio abad; por lo tanto, queda abierta la pregunta de la verdadera naturaleza de los asentamientos extraterritoriales. Lo que es en cierta medida cierto es que se cuenta con muy poca evidencia documental para resolverla. La segunda pregunta, relacionada con las evidencias para sustentar su existencia, tiene que ver con la arqueología. Se está asumiendo que el hecho de existir cerámica tuza fuera del territorio demarcado etnohistóricamente para los pastos del siglo XVI es sinónimo de la presencia de este grupo. Cárdenas (1995, 1996) ya ha adelantado trabajos que permiten suponer que la división temporal y espacial de cerámica del sur de Nariño propuesta por Uribe (1978) en los años 70 no está funcionando, según las evidencias encontradas recientemente. Por otro lado, la asociación etnia y cerámica posee algunas fallas interpretativas y metodológicas.

## Conclusiones

El entorno geográfico y ecológico que ocuparon los pastos puede ser caracterizado como típico de los Andes del norte o de páramo. El patrón microvertical no tiene por qué ser tomado como fenómeno panandino. Este funciona bien para los pastos y gracias a él este grupo pudo acceder a algunos productos, no a todos. Existieron ciertos bienes que se salieron del espectro de la microverticalidad.

Para algunos autores es posible afirmar que los señoríos de los pastos corresponden a las definiciones clásicas y modernas de lo que es un cacicazgo: un grupo de personas dedicadas a la producción que estaban sujetas a una élite no productora que necesitaba legitimar su poder y que controlaba el acceso a ciertos productos. Esta actuaba, a su vez, como un agente central y queda claro que jugaba un papel en la redistribución de productos. Sin embargo, no es en la asignación de productos desde un centro donde debemos buscar las bases del poder de los caciques pasto.

El caso de los pastos indica que solo una fracción de los productos que circulaban entre los cacicazgos provenía de la redistribución. Así, es posible que los caciques pastos controlaran la producción de maíz al tener un control directo sobre las mesetas onduladas secas, más propicias para el cultivo de este cereal. El trabajo de los comuneros en las tierras maiceras era remunerado por el cacique con productos. Para Landázuri (1995) una parte de la producción era entregada como pago, junto con mantas de algodón y otros productos como la sal. Para Salomon (1980) los bienes suntuarios (que podríamos llamar bienes de élite) circularon bajo esta forma para toda la población; para ello argumenta que la

posesión de estos artículos no fue restringida. Los caciques tenían el control de su acceso y almacenamiento y al ser repartidos “hacia abajo” era la demostración del poder de las elites, implicando una “sumisión simbólica” al cacique.

Diversas formas de reciprocidad, entre unidades domésticas o entre un cacicazgo y otro, proporcionaron algunos bienes, principalmente de subsistencia, a las personas comunes. Otra forma de acceso a productos básicos fue constituida por los centros de intercambio. Bajo una forma de intercambio libre circularon, principalmente, bienes denominados por Salomon (1988) como garantes de un “nivel mínimo de comodidad socialmente aceptado” y alimentos básicos. Los artículos que circularon bajo la forma de reciprocidad fueron de subsistencia básica, como los tubérculos y el maíz. Si la economía pasto puso énfasis en la producción de tubérculos o en el maíz, es aún una hipótesis por verificar.

El modelo concéntrico de acceso a recursos en el norte de los Andes propuesto por Salomon parece tener viabilidad en el caso pasto. Los productos básicos de subsistencia están en el centro y se obtuvieron bajo el espectro microvertical. Existe otra clase de bienes cuyo acceso implica una circulación a mediana distancia. La categoría de bienes que implican una comodidad o un mínimo de bienestar, como algodón, sal o ají, se obtuvieron a medianas distancias por los comuneros en centros de intercambio o en los asentamientos localizados fuera del territorio. Con el ají parece existir una contradicción, pues aun postulando que las variedades apetecidas eran las amazónicas, la interpretación sobre su circulación es que no entraron bajo la esfera del control político.

Se habla de algodón y no de mantas porque no es muy claro si estas entraron en la esfera del control político. Se puede afirmar que hubo ciertos artesanos dedicados a su producción, pero es dudosa su posición en la pirámide social pasto. Si le hacemos caso a la etnohistoria, el acceso no fue controlado. Las evidencias arqueológicas, por cierto muy escasas, apuntarían, al menos para la fase Piartal, en un control directo sobre la producción de las mantas por parte de la elite, esto si tomamos como evidencia objetos de madera del Pacífico asociados a telares, no el telar mismo, encontrado en las tumbas de los principales de los cacicazgos Piartal. Esta es la interpretación de autores como Uribe (1995) y no deja de tener algunas fallas metodológicas; por lo tanto, es mejor dejar abierta esta inquietud. No se puede afirmar que un posible acceso a maderas importadas al territorio pasto desde el oriente indique un mismo uso.

Otro artículo obtenido en el espectro de mediana distancia fue la coca. Si tomamos como sustentada la evidencia de que las hojas de coca producidas en los valles secos era la usada para mascar, y la proveniente de los quijos y otros grupos amazónicos la usada en el ritual, debemos también asumir que fue esta última variedad la que cayó dentro de la esfera del control político. Para otras áreas del Ecuador la cerámica Cosanga o Panzaleo indica que hay una relación

directa entre la cerámica asociada a las elites y las hojas de coca amazónica<sup>7</sup>. Aparte de las consideraciones botánicas de los dos tipos de coca, sin duda el hecho de que la variedad fuera amazónica (lo que suponía una importación desde lugares distantes) hace que pudiera tener un mayor control político.

El control sobre los centros productores de sal y coca fuera de las fronteras de los pastos supuso connotaciones de poder para los caciques de los grupos vecinos, no para los caciques pastos. Al menos esto es evidente en los centros productores de estos bienes al sur del territorio pasto, en el valle del Chota-Mira. La falta de investigaciones sobre los abades no permite avanzar hacia la comprensión de este mismo fenómeno al norte del territorio pasto. Existieron diversos arreglos sociales entre los pastos y sus anfitriones para garantizar la participación directa en la producción de coca y sal. Quedan por responder las preguntas referentes a las características prehispánicas de tales asentamientos.

Los bienes que tuvieron una incidencia directa sobre el poder y la legitimidad política de los caciques fueron los que implicaron un acceso a larga distancia, a su vez obtenidos por especialistas mantenidos por la elite. En el modelo concéntrico de Salomon estos bienes están en el último círculo. Estos artículos pudieron haber entrado en circuitos redistributivos, lo que indicaría que su circulación no fue restringida. El control directo que los caciques pudieron tener sobre los bienes suntuarios está determinado por su acceso y almacenamiento. Su posterior repartición es la base de su poder al formarse una obligatoriedad del que lo recibe con el donante. En tal caso es la redistribución la que asegura el poder del cacique.

Pero también pudo ocurrir que ciertos productos tuviesen una circulación restringida por la elite y fue la posesión, uso y manipulación de tales objetos por unos pocos la que les da la categorización de bienes de elite. Las fuentes escritas y las investigaciones recientes son enfáticas en que tales artículos provienen de regiones distantes y tuvieron un carácter simbólico asociado al ritual y a lo exótico. Además de ser valorados socialmente son también apreciados políticamente al punto que se crean alianzas con otros cacicazgos pastos para garantizar el acceso a tierras óptimas para el maíz; y se invierte una gran cantidad de energía para producir los excedentes necesarios para su obtención, aparte de mantener un cuerpo de especialistas no implicados en la producción directa de alimentos. Respecto a estos especialistas los datos hay que tomarlos con cautela. No se puede dar como cierto que los mindaloes participaban en la redistribución y que tenían gran poder sobre los indígenas solo porque existe un documento colonial que habla de un señor étnico peleando con su mercader por repartir objetos suntuarios entre los comuneros. También es criticable la posición que

<sup>7</sup> El artículo de Terán (1995) explica esta relación.

asumen autores como Landázuri (1995) y Salomon (1980), para quienes los bienes suntuarios entraron en la circulación generalizada de productos por su acceso en los sitios de intercambio y para quienes, además, estos pudieron ser controlados o administrados por los mindalae.

Se suele otorgar a los mindalae características y funciones que no tuvieron, asumiendo que como no existe documentación negativa que lo rechace ésta era la condición real para el siglo XVI. Las fuentes consultadas para esta investigación no contienen información que permita afirmar de forma contundente que para el caso pasto los mindalae controlaban los sitios de intercambio, ni mucho menos que estos mercaderes no participaran en la producción directa de alimentos. Cierto es que son personas que viajan, pero no se ha intentado responder las preguntas inherentes al funcionamiento de su núcleo familiar o referentes a su mantenimiento cotidiano. Es muy posible que sus esposas e hijos participaran en la producción agrícola.

Si las chaquiras y otros tipos de cuentas sirvieron como monedas o patrones de intercambio, está aún por comprobarse. Es probable que su circulación generalizada y su función como moneda sea una imposición española. Si eran moneda o patrones de intercambio, habría que esperar equivalencias fijas y que tales objetos estuvieran sometidos a leyes de oferta y demanda.

## Referencias

Anónimo

1965[1573] La ciudad de Sant Francisco de Quito. En *Relaciones Geográficas de Indias*, volumen II, editado por M. Jiménez de la Espada, pp. 205-232. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

1992[1559-60] Relación de Popayán y del Nuevo Reino. En *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito (Siglos XVI-XIX)*, editado por P. Ponce, pp. 18-56. Abya-Yala, Quito.

Borja, A.

1965[1582] Relación en suma de la doctrina e beneficio de Pimampiro y de las cosas notables que en ella hay, de la cual es beneficiado el P. Antonio Borja. En *Relaciones Geográficas de Indias*, volumen II, editado por M. Jiménez de la Espada, pp. 248-253. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Caillavet, C.

1981 La sal de Otavalo-Ecuador. Continuidades indígenas y rupturas coloniales. *Sarance* 9:47-81.

Calero, L.F.

1991 *Pastos, Quillacingas y Abades - 1535-1700*. Banco Popular, Bogotá.

Cárdenas, F.

1995 Complejos cerámicos como marcadores territoriales: el caso crítico del Piartal Tuza en la arqueología de Nariño. En *Perspectivas Regionales en la Arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*, editado por C. Gnecco, pp. 49-58. Universidad del Cauca, Popayán.

1996 Frontera arqueológica vs. frontera etnohistórica: pastos y quillacingas en la región arqueológica del sur de Colombia. En *Frontera y Poblamiento: Estudios de Historia y Antropología de Colombia y Ecuador*, editado por C. Caillavet y X. Pachón, pp. 41-56. Instituto Francés de Estudios Andinos-Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas-Universidad de los Andes, Bogotá.

Cieza de León, P. de

1971[1553] *Crónica del Perú*. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá.

Díaz, E.

1987 *San Juan de Pasto. Siglo XVI*. Fondo Cultural Cafetero, Bogotá.

Echeverría, J., J. Berenguer y M.V. Uribe

1995 Prospecciones en el valle del Chota-Mira (Carchi-Imbabura). En *Area Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*, editado por J. Echeverría y M.V. Uribe, pp. 45-148. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

Gómez, A.

1996 Bienes, rutas e intercambio (siglos XV-XIX): las relaciones de intercambio interétnico entre las tierras bajas de la Amazonia y las tierras altas de los Andes. *Revista de Antropología y Arqueología* 9:50-51.

Knapp, G.

1992 *Riego Precolonial y Tradicional en la Sierra Norte del Ecuador*. Ediciones Abya-Yala, Quito.

Hartmann, R.

1971 Mercados y ferias prehispánicas en el área andina. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 18:214-34.

Jijón, J.

- 1912 *Contribución al Conocimiento de los Aborígenes de Imbabura*. Blas y Compañía Editores, Madrid.

Landázuri, C.

- 1987 *Las sociedades indígenas de las cuencas de los ríos Mira y Chanchan, siglos XVI y XVII: estudios de casos*. Manuscrito sin publicar.
- 1995 *Curacazgos Pastos Prehispánicos: Agricultura y Comercio, Siglo XVI*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

Langebaek, C.H.

- 1998 *Patterns of coca consumption in the intermediate area north of Ecuador: a review of evidence*. Acta Americana 6:51-76.

Mamián, D.

- 1996 Los Pastos. *Geografía Humana de Colombia. Región Andina Central*, tomo IV, pp. 9-118. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá.

Oberem, U.

- 1981 El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI). En *Contribuciones a la Etnohistoria Ecuatoriana*, editado por S. Moreno y U. Oberem, pp. 45-71. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

Paz Ponce de León, S.

- 1965[1582] Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo. En *Relaciones Geográficas de Indias*, volumen II, editado por M. Jiménez de la Espada, pp 233-242. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Rumazo, J.

- 1933 *El Ecuador en la América Prehispánica*. Biblioteca de la Alianza Unionista, Quito.

Salomon, F.L.

- 1980 *Los Señores Etnicos de Quito en la Época de los Incas*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- 1988 Un complejo de mercaderes en el norte andino bajo la dominación de los Incas. *Revista de Antropología y Arqueología* 4:105-26.

Terán, P.

1995 Evidencia arqueológica de interacciones ecológicas como sinónimo de poder y prestigio en la Sierra Norte del Ecuador. En *Cultura y Medio Ambiente en el Área Andina Septentrional*, Editores: M. Guinea, J.F. Bouchard y J. Marcos, pp. 225-49. Ediciones Abya-Yala, Quito.

Uribe, M.V.

1978 Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 21:57-195.

1995 Pastos y protopastos: la red regional de intercambio de productos y materias primas de los siglos XXVI d.C. *Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*. Editado por J. Echeverría y M.V. Uribe, pp. 439-58. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

Valverde, P. de

1965[1576] Relación de la provincia de Quito y distrito de su Audiencia por los oficiales de la Real Audiencia. En *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo II, editado por M. Jiménez de la Espada, pp. 169-182. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Documentación de archivo:

A.G.I. Quito 60. Documento Microfilmado en el Archivo del Banco Central del Ecuador. Folios citados en el texto.

# Ambito pasado y presente en la arqueología colombiana

SANTIAGO MORA, PH. D.  
Department of Anthropology,  
University of Calgary, Canada  
.....  
—  
.....

*El mar... ahora se hincha y crece y rueda cubriendo el ingrato  
suelo de la playa desierta. Domina allí, animada por la fuerza,  
ola sobre ola, y se retira sin haber efectuado cosa alguna,  
lo cual es capaz de angustiarme hasta la desesperación.  
¡Fuerza de indómitos elementos que carecen de objeto!*

GOETHE, FAUSTO, PARTE 2, ACTO 4 (1831)  
*A la memoria de Francisco Tamayo*

**RESUMEN:** *Resulta de interés, en las actuales condiciones del país, preguntarse: ¿cuál es la utilidad de la arqueología? ¿Cómo se han incorporado, si es que lo han hecho, sus resultados al presente? ¿Cuál ha sido su función? ¿Cómo la forma en la que los arqueólogos han estudiado las sociedades pasadas ha determinado el tipo de aportes que pueden hacer al presente? ¿Hasta dónde los modelos creados han falseado la realidad de la historia de las sociedades no occidentales? ¿Qué podemos aprender del pasado de otras sociedades? Este artículo explora algunas de estas preguntas con el fin de identificar uno de los posibles papeles que la arqueología puede jugar en el presente.*

## The past and present milieu in Colombian archaeology

**ABSTRACT:** *In recent years the results of the archaeological research have been presented as an active force that contributes to the present. Accordingly, in Colombia some authors have suggested that the future development of archaeology hang on its ability to offer new solutions to old problems. For instance, the knowledge of old agricultural techniques that can be used in marginal areas without destroying*

*them as well as our knowledge of social organization as a function of resources distribution could represent innovative alternatives to social problems. This article explores the possible impact of such alternatives.*

Recientemente se ha afirmado que uno de los principales retos para la arqueología y, en particular, para la arqueología colombiana es el de convertirse en una interlocutora válida en los debates que afectan al país (Langebaek 1996:26). Esto es, transformar la práctica de la arqueología en un instrumento para el cambio de nuestra sociedad. Esta necesidad de buscar aplicaciones para los conocimientos generados hace parte del surgimiento de una arqueología con una cara más humana (véase Trigger 1990). Esta aspiración es compartida por un buen número de arqueólogos colombianos y los ha llevado a señalar el impacto que los estudios arqueológicos pueden tener al generar información sobre el ámbito y las diferentes formas en las que las sociedades han interactuado con él. Un resultado concreto de estos estudios es el conocimiento de prácticas agrícolas y el manejo de cultígenos en el pasado (Herrera 1987, 1985, 1985a; Herrera *et al.* 1992a; Plazas y Falchetti 1990, 1987) que se han presentado como alternativas de producción para regiones que hoy son marginales en términos agrícolas –i.e., sabanas tropicales– o para regiones en las que la fragilidad de los ecosistemas presuponen, para su adecuado uso, la generación de bajos impactos ambientales; i.e., bosque húmedo tropical (Herrera *et al.* 1992; Rodríguez *et al.* 1990). No menos importante es el conocimiento de las formas mediante las cuales las sociedades se ajustan a la dinámica ambiental, ya sea de pequeña o de gran escala (Plazas *et al.* 1992, 1988). También se ha resaltado el valor que tiene la información concerniente al cambio cultural y las diferentes formas de organización social respecto al espacio y sus cualidades productivas (Langebaek 1994, 1995) que, en teoría, proporcionan un conocimiento invaluable para la comprensión de nuestro propio desarrollo.

A pesar del valor de estos planteamientos surgen preguntas sobre el tipo de conocimientos que la arqueología puede aportar y su validez, así como su papel frente a los problemas nacionales. Más aún, se presentan interrogantes sobre las concepciones subyacentes que permitan “la recuperación” y aplicación de estos conocimientos.

El propósito de este escrito es examinar algunos de los planteamientos que ofrece la arqueología como alternativa para el presente a partir de sus bases conceptuales; una alternativa para comprender la genealogía del presente, entendida como un cruce de caminos y no como un punto de llegada. En este escrito intento explorar las relaciones entre la forma como pensamos que la arqueología puede contribuir a los debates que afectan al país y el posible impacto de estas contribuciones. El énfasis se pondrá en la forma como vemos el pasado respecto a las relaciones que las sociedades humanas establecen con el ámbito que ocupan y cómo los arqueólogos estudian estas relaciones. Con este ejercicio

aspiro a poder ver estos vínculos desde una perspectiva amplia que permita señalar las dificultades y las alternativas para que las contribuciones de los arqueólogos sean algo más que una anécdota del pasado, una advertencia de un futuro catastrófico, un dato más para una base de datos o la reconstrucción de sociedades idílicas cuyo manejo ambiental fue ejemplar y que contrasta, evidentemente, con nuestra precaria situación.

En la primera parte introduzco, brevemente, algunas de las concepciones que guían el trabajo arqueológico en Colombia. En la segunda parte presento algunas de las posibles razones que contribuyen a que la arqueología tenga un determinado impacto, para finalmente exponer lo que considero caminos alternos. Mi posición respecto del quehacer arqueológico se fundamenta en el desarrollo de la ecología histórica. A partir de ella evalúo las ventajas y desventajas para la participación activa de la arqueología en el presente.

## Bases conceptuales

Es necesario recordar que las propuestas y los datos presentados por los arqueólogos son el resultado de una forma particular de ver la historia que se puede enmarcar dentro de la concepción que una sociedad particular —en este caso la nuestra— tiene de sí misma y de la forma como se ha dibujado o, si se quiere, de la forma como se mira en el espejo del pasado. Es bien sabido que la decisión sobre las cosas que estudiamos parte, indudablemente, de la reflexión sobre aquello que es importante en el presente y que se encuentra delimitado y dirigido por las prioridades establecidas por la usual escasez de las fuentes financieras. Además, estos estudios no se producen en un vacío social o político, como ha sido ampliamente reconocido (Fowler 1987; Trigger 1990, 1989; Harris 1999). Quiérase o no, los estudios arqueológicos son la consecuencia de una decisión política que adquiere mayor reconocimiento en tanto responde a necesidades de legitimación política (Dosse 1989:266; Patterson 1989:12-13). Por ejemplo, hace cien años resultaba impensable un texto sobre el manejo ambiental y las sociedades prehispánicas no porque no se pudiera escribir sino porque no tenía sentido hacerlo. Hoy estos textos son urgentes.

A pesar de la ausencia de debates teóricos en la arqueología colombiana, su desarrollo se puede vincular a las corrientes de pensamiento predominantes, principalmente en los Estados Unidos, en sus diferentes etapas. Estoy de acuerdo con Trigger (1984:357) cuando afirma que “simplemente no es verdad que las tradiciones locales de investigación reflejen el aislamiento de unos arqueólogos de otros; esto no fue cierto en el pasado y tampoco lo es en el presente”. Estas teorías en el país adquieren, después de ser interpretadas por los antropólogos, un carácter específico. Aunque muy pocas veces han sido señaladas de forma explícita, se pueden inferir a partir de las búsquedas y los énfasis en los trabajos

realizados. También es posible partir de los planteamientos teóricos e intentar explicar los comportamientos seguidos por los arqueólogos, estrategia que seguirá aquí. De una u otra forma, las interpretaciones realizadas a través del trabajo arqueológico permitirán o dificultarán la aplicación de la arqueología al presente, tema de este artículo.

## Los inicios

Franz Boas fue y seguirá siendo una figura central en la antropología. Boas vio en la difusión la principal fuente del cambio cultural. A través de ella las sociedades se transformaban por medio de episodios difusionistas idiosincráticos que modelaban el desarrollo de cada cultura (Harris 1968; Trigger 1989:152). A pesar de ello, para Boas las culturas debían ser entendidas en sus propios términos, dado que no existen universales que permitan la comparación entre diferentes niveles. Por esto, las informaciones etnográficas concernientes a creencias compartidas y parentesco fueron usadas para sintetizar una cultura que tenía un comportamiento predecible que se reflejaba en la cultura material. De esta forma la cultura era reducida a una ideología común, en la cual las relaciones con otros conjuntos se podían establecer a partir del análisis de la cultura material (Netting 1977:5). La premisa básica es que las semejanzas en los artefactos revelan culturas semejantes y contactos entre ellas. Por tanto, el estudio de la distribución de los objetos en el espacio resulta ser una herramienta fundamental para seguir los episodios que dan origen al cambio cultural. Esta concepción de la cultura y del valor explicativo conferido al objeto arqueológico o etnográfico, del cual se extrae el dato al someterlo a comparaciones formales con otros conjuntos, aún guía muchas de las apreciaciones realizadas por los arqueólogos en Colombia. Es característico de esta visualización de la cultura suprimir el ámbito de forma explícita.

El resultado de la aplicación de estas ideas de Boas, junto con un fuerte énfasis en la recuperación del hecho etnográfico, generó en el interior de la antropología el reconocimiento de una enorme variabilidad. A pesar de ello, los antropólogos y arqueólogos de la primera parte de este siglo solo vieron en el ambiente la posibilidad de establecer límites a las sociedades en términos de los desarrollos humanos. Por ello no es de extrañar que para autores como Wissler (1926) los "elementos" culturales coincidieran con rangos geográficos caracterizados por recursos específicos. Es así como surgieron las áreas culturales asociadas a los nombres de valiosos recursos. En efecto, Wissler vio una estrecha relación entre conjuntos de rasgos culturales y áreas con recursos de importancia; así que eligió nombres tales como "el área del salmón" o "el área del bisonte" para denominar sus divisiones geográficas basadas en rasgos socioculturales. No obstante, tanto él como Kroeber fueron incapaces de establecer una relación causal entre la

cultura y el ámbito que ocupaba, al punto de tener que reducir sus explicaciones del cambio y la diversidad cultural a procesos como la migración, la difusión y algunos factores históricos (Kelly 1995:40, 41).

Para algunos los mecanismos propuestos para explicar el cambio cultural y la diversidad observada eran insuficientes. Por ello Julian Steward (1977:45) propuso que “los procesos históricos a través de los cuales las sociedades adquieren muchos de sus rasgos característicos son complementarios del estudio de los procesos adaptativos”. Para Steward (1977:46) las “adaptaciones ecológicas semejantes pueden darse también en sociedades que se han encontrado sujetas a influencias históricas semejantes”. A pesar de que la ecología cultural de Steward reconocía la importancia de la difusión su mayor logro fue conceptualizar fenómenos no culturales, principalmente ecológicos, que podían ser relevantes para entender los procesos involucrados en la evolución cultural. Steward (1977:43), quien definía la Ecología Cultural como “... el estudio de los procesos a través de los cuales una sociedad se adapta a su medio”, consideraba que el principal problema de investigación era el poder determinar si estas adaptaciones daban origen a transformaciones sociales internas con valor evolutivo. Esto llevó a los antropólogos al siguiente raciocinio: si la ecología cultural es capaz de reconocer diferencias sustanciales causadas por los procesos adaptativos también será capaz, posiblemente, de registrar las semejanzas causadas por los mismos procesos. Esto quería decir que ámbitos semejantes contribuirían a adaptaciones semejantes que, a su vez, afectarían la organización social. Steward vio esta relación en términos de la estructura social y supuso que las sociedades adoptaban diferentes estructuras organizacionales como consecuencia de sus requerimientos ambientales. Con esto se establecía una relación que permitía entender de forma directa muchos de los aspectos productivos, al tiempo que arrojaba luz sobre las organizaciones sociales de determinados grupos. Por ejemplo, las bandas eran sistemas esencialmente de parentesco, dada la necesidad de una producción cooperativa directamente vinculada al medio. Sin embargo, un medio altamente productivo permitiría que las bandas adquirieran una organización de poblados sedentarios, proceso que se encontraba señalado en casos como el de los Paiute (Steward 1938:50-52). En consecuencia, los factores históricos y ecológicos creaban convergencias y divergencias culturales. La pregunta que quedaba en el aire era: ¿si una vez ciertos patrones culturales han sido transferidos de un sitio a otro, cómo serán los mismos modificados como consecuencia de los procesos adaptativos? Por tanto, se requería un seguimiento de estos patrones a lo largo del espacio y durante el tiempo. Cuando algunos investigadores enfatizaron el valor del medio en la ecuación la respuesta a esta pregunta fue un determinismo ramplón que permitió producir mapas de zonas en las cuales se daban procesos de deculturación o en las que las sociedades solo alcanzarían bajos niveles sociopolíticos por razones ambientales, por demás reducidas a unas pocas variables (cf. Meggers 1954).

La aplicación de la Ecología Cultural de Steward a casos particulares resultaba extremadamente complicada dada la complejidad de las relaciones existentes entre los fenómenos considerados como culturales y no culturales. Los datos, tanto ecológicos como arqueológicos y etnográficos, resultaban ser insuficientes, en el mejor de los casos (Barnard 1983). Por ello se recurrió a la utilización de la información proporcionada por los escritos antiguos de cronistas y viajeros y se asumió que las técnicas agrícolas, por ejemplo, habían sido constantes. En pocas palabras, las elegantes elaboraciones teóricas tuvieron que ser simplificadas y ajustadas a las medidas de los datos que supuestamente las corroboraban. Un evidente resultado de esta estrategia reduccionista fue la clasificación de las culturas suramericanas en cuatro tipos principales, basados en supuestos contactos culturales y adaptaciones de las técnicas explotativas a una gran diversidad de medios. Tres de estas categorías, las civilizaciones andinas, las sociedades circuncaribes y las tribus de selva tropical, son relevantes para entender las relaciones y la forma como se concibieron la geografía y las culturas asociadas a ellas en Colombia (Steward 1946, 1977). Estas categorías son importantes porque nos permiten aproximarnos al ambiente y a las influencias que los académicos colombianos tuvieron durante las primeras etapas de la antropología en Colombia. Estas influencias marcaron los futuros desarrollos en aspectos relativos a la regionalización de las sociedades y el tipo de complejización reconocido para cada una.

Para Steward tanto las regiones correspondientes al altiplano cundiboyasense, la Sierra Nevada de Santa Marta y la región Andina del sur de Colombia correspondían a las civilizaciones andinas. Estas eran las sociedades que habían alcanzado una mayor complejidad en el ámbito político; el resto del país, con la notable excepción de la región amazónica, se encontraban dentro del tipo circuncaribe, es decir, sociedades con algún grado de complejización. Esta división vinculaba el desarrollo social y político a la geografía como una importante variable que permitía explicar las observaciones realizadas por los cronistas tempranos. No obstante, la justificación de esta sectorización no sólo se encontraba en el papel de la ecología sino que era, ante todo, el resultado de un proceso histórico. Los cacicazgos andinos del norte habrían sido el resultado de la difusión de un complejo de culto de templos, sacerdotes, guerreros y sacrificios humanos que se pudo originar en Mesoamérica, pero el cual fue readaptado al diversificado medio ambiente de las altas montañas y los profundos valles (Steward 1977:49).

Aún quedaban por verificarse las rutas y las formas en las cuales se habían dado estos procesos. En realidad, una vez establecido el modelo que explicaba la forma en que las sociedades habían cambiado sólo quedaba recuperar los datos que permitieran su verificación. Esto implicaba la búsqueda de las informaciones necesarias para realizar ajustes en términos de las rutas y las épocas

en que se realizaron los contactos; la tarea de los arqueólogos colombianos era comprobar empíricamente la veracidad de esta propuesta. De aquí se derivan, posiblemente, el entusiasmo y la seriedad, real o apenas coyuntural, de los arqueólogos colombianos por establecer relaciones a partir de las comparaciones y registro de similitudes entre los materiales arqueológicos recuperados, así como de la necesidad de proponer las rutas para el posible contacto. Reichel-Dolmatoff (1965), en su primera síntesis de la arqueología colombiana, siguió este patrón cuando intentó explicar los contactos entre Mesoamérica y los Andes a través de la costa Pacífica.

Steward (1977, 1976) no intentó establecer las principales características ecológicas que afectaban a las sociedades humanas; su enfoque se centró en el registro de las divergencias culturales dentro de un marco evolutivo en el que los componentes del ámbito eran considerados como simples y constantes, aunque sujetos a una distribución estacional. A pesar de que la ecología cultural reconocía el valor explicativo de la naturaleza, las causas últimas para el cambio cultural se debían encontrar en el interior de la cultura. Este énfasis pudo influir a los arqueólogos de campo en Colombia, quienes durante muchos años no consideraron la recuperación de datos ambientales.

En este esquema, más allá del detalle sobre la variabilidad o distribución de los recursos, se encontraba una concepción sobre el cambio cultural soportada por la idea subyacente del progreso. Para Steward los desarrollos tecnológicos aumentaban la actividad comercial y llevaban la interacción cultural más allá de las fronteras de las organizaciones políticas, a través de la explotación de recursos distantes. Un resultado lógico de este proceso fue el dar origen a organizaciones sociales interrelacionadas, en un sistema en el que las sociedades más pequeñas se volvían dependientes de las más grandes. Así se disminuiría la adaptación local directa, y las posibles limitaciones ambientales serían superadas a través de las interacciones sociales y políticas que permitirían la creación de ambientes ricos artificialmente (Steward 1976, 1977). Esta particular visión de la evolución se encontraba soportada por una firme convicción en la capacidad ilimitada de los seres humanos para resolver problemas mediante el desarrollo la tecnología, que posibilitaría la liberación de las culturas de su medio ambiente.

Las aplicaciones y los posibles aportes al presente de este esquema se encuentran limitados, como lo han demostrado ampliamente las historias culturales reconstruidas en el país, a la reproducción de un esquema de la cultura y del cambio cultural cuyo énfasis son las migraciones y los contactos entre grupos. Es la historia-anécdota estática que solo aporta datos curiosos de tiempos ya pasados recreados por una fina estética. En este esquema los objetos recuperados son separados de las sociedades que los produjeron y del espacio natural al que le dieron uso y significado para cobrar valor por sí mismos. Se



pronto se vieron obligados a reconocer el papel de crecimiento de la población en la competencia y control de los recursos. Así, las informaciones sobre las densidades demográficas y la disponibilidad y acceso a los recursos cobraron, progresivamente, un papel preponderante. La distribución de los asentamientos y sus densidades podían ser consideradas como una función de las condiciones ambientales que afectaban la totalidad del sistema social (cf. Struever 1968). Bajo esta nueva mirada dejaron de ser importantes las descripciones de las sociedades en términos de sus niveles de complejización o sus materiales para cobrar relevancia las variables que llevaban a una u otra sociedad a lo largo de la historia a participar de estas categorías; un buen ejemplo de esta discusión para Colombia se encuentra en Gnecco (1996, 1996a). En Colombia se adoptaron de forma particular las categorías (i.e., Formativo, etc.) como resultado de la introducción de nuevos cultígenos y la adopción o desarrollo de tecnologías, como la cerámica, sin que se recurriera al planteamiento de procesos. El crecimiento demográfico, que incidía sobre la intensificación agrícola (Boserup 1965; Turner *et al.* 1977); la actividad militar; el almacenamiento y el intercambio comercial (Earle y Ericson 1977; Brumfiel y Earle 1978; Stark 1978; Earle 1991, 1997; Drennan 1995) cobraron relevancia entre las variables estudiadas. En otras partes la evolución política se explicó como una respuesta a las transformaciones demográficas (i.e., Johnson y Earle 1987), en tanto que las sociedades de cazadores recolectores fueron estudiadas en referencia al medio y las técnicas de subsistencia, variables que muchos consideraban como condicionantes de este tipo de organización (Fried 1967; Sahlins 1968, 1972). A pesar de ello, en Colombia estas variables fueron mencionadas pero no estudiadas.

Los arqueólogos colombianos contemporáneos de estas corrientes vieron en “las causas ambientales” transformaciones naturales externas a las culturas, una explicación factible del cambio cultural. Ciertamente, la ocupación paleoindia de Colombia se correlacionó con los cambios climáticos de diferentes regiones (i.e., Correal 1986, 1986a). De este modo, el cambio cultural fue explicado de forma extrasomática y pudo ser visto como una variable dependiente de los cambios ambientales. En consecuencia, la cultura y el ámbito se trataron como dos sistemas relacionados, dado que el ámbito afecta la cultura, aunque la relación inversa ha sido poco importante para los investigadores.

Los modelos creados por la nueva arqueología han contribuido enormemente a nuestra comprensión de algunos aspectos de las sociedades desaparecidas. Un ejemplo concreto de ello lo constituye la prueba empírica de la capacidad predictiva del modelo de movilidad de cazadores-recolectores propuesto por Binford (1980) a un caso de cazadores-recolectores tempranos en el valle de Popayán (Gnecco 1995). Allí los criterios ambientales (Binford 1980; Woodburn 1980; Weissner 1982) permitieron la predicción del tipo de movilidad de los grupos, posibilitando la creación de hipótesis sobre las formas de adaptación

desarrolladas. Esto constituye, indudablemente, un paso importante para entender el comportamiento de estos grupos y sugiere preguntas sobre la variación de las condiciones ambientales a lo largo del tiempo y la distribución y aprovechamiento de los recursos por múltiples grupos.

A pesar de sus bondades, este modelo, como la mayoría los modelos creados por la Nueva Arqueología, se encuentra referido a la oferta ambiental y su aprovechamiento por parte de las comunidades humanas, como ya mencioné. El enfoque asociado supone la existencia en las sociedades de subsistemas interrelacionados, aunque en la mayoría de los casos la explicación de la variabilidad en los artefactos se relaciona directamente con el ámbito, restándoles importancia a los procesos de aprendizaje y socialización de quienes producen los artefactos. Por tanto, se establece una relación directa entre tipo y función de los artefactos a través del ecosistema. Esto lleva a que la predicción sobre la dinámica social no pueda ir más allá de una ecuación economista referida al ámbito. El énfasis marcado sobre la función (aprovechamiento y uso del espacio), separado de otros procesos sociales, contribuye a que importantes aspectos sean relegados a un segundo plano (cf. Hodder 1982, 1992). Por ejemplo, se desconoce la organización y el desarrollo de las sociedades en relación con otras comunidades, así como su interpretación "social" del espacio (Shanks y Tilley 1989). La lectura de un paisaje desde el simple punto de vista económico no hace justicia a la realidad de las sociedades preindustriales; aún menos es capaz de interpretar su conceptualización del ámbito o sus relaciones con el mismo a lo largo del tiempo (Ingold 1993). Esto implica la exploración de aspectos que habían sido poco considerados, tales como los problemas de género y las ideologías que ya no pueden ser simples traducciones de la base económica o del aprovechamiento "eficiente" de los recursos. Por ello, para algunos las arqueologías posprocesualistas representaron una lucha política contra la mirada cerrada de la ciencia que medía las cantidades de objetos neutros y en favor de una ciencia que buscara cualidades, valores y sujetos (Hodder 1992:89). Esto en ninguna medida quiere decir que se abandonen los métodos que habían permitido que la arqueología superara las historias culturales que tradicionalmente producía. Hoy en día inclusive aquellos que intentan reivindicar las bondades de las historias culturales ven en los métodos de la Nueva Arqueología importantes factores para sus propósitos (Tschauner 1994).

## Usos y aplicaciones

Si bien la permeabilidad de los arqueólogos colombianos a los problemas planteados por la Nueva Arqueología y el posprocesualismo resulta aún hoy excepcional, no lo fue tanto la incidencia de las técnicas asociadas a la recuperación de las informaciones —i.e., técnicas de flotación, prospecciones

detalladas—, así como la introducción de fuentes alternativas de información como los análisis de macrorrestos vegetales, fauna, polen, fitolitos y suelos. Estas técnicas generaron informaciones que podían, potencialmente, conducir a aplicaciones concretas sobre el manejo del ámbito. De una u otra forma esta renovación metodológica permitió una revaloración del posible papel de la arqueología, al menos en la producción de datos técnicos que podrían tener algún impacto en áreas como la producción agrícola. Así se diseñaron propuestas tendientes a la recuperación de antiguos sistemas de producción y a su experimentación (i.e., Plazas y Falchetti 1986). Los resultados de estos experimentos son alentadores en términos del incremento de la producción y en relación con el bajo impacto que pueden generar en algunas condiciones (véase Páez 1990 para un caso de bosque húmedo tropical). Sin embargo, carecen de aplicabilidad en el presente, dado el fenómeno de marginalidad que ha sido descrito por Langebaek (1996) como característico de la arqueología colombiana. Por una parte, se trata de datos aislados manejados por especialistas, cuya difusión no ha ido más allá del círculo académico. Por otra parte, estas propuestas desconocen la realidad del país en aspectos como la tenencia de la tierra, las aspiraciones de los productores y el conflicto bélico. En general, la aplicación de estas técnicas puede contribuir a la formación de comunidades agrícolas altamente productivas, con un impacto ambiental bajo. A pesar de ello, el estilo de vida asociado a este tipo de comunidad, por sus características productivas, no es deseable dentro de las aspiraciones de una sociedad integrada a un mercado sin fronteras, cuyas mayores garantías en la tenencia de la tierra se basan en una ganadería extensiva y una rápida extracción de los recursos naturales. Bajo estas condiciones el impacto de los datos extraídos del trabajo arqueológico seguirá siendo nulo y se limitará a alimentar bases de datos sobre “posibles” alternativas de manejo.

Otra línea de aportes reciente de la arqueología, aunque muy reducida, ha sido su participación en conflictos sobre tenencia de la tierra y explotación. Por ejemplo, a principios de la década de los noventa el Instituto Colombiano de Antropología participó en un peritaje que tenía por objeto decidir sobre los posibles derechos de los indígenas wayúu en la Concesión Salinas, firma que venía explotando la sal en Manaure, en el departamento de La Guajira. Los datos arqueológicos fueron empleados, entre otras cosas, para revisar las demandas de los indígenas sobre violación de sitios sagrados por parte de la compañía.

Finalmente, se deben mencionar algunos de los aportes logrados en los procesos de dinámica ambiental de las sociedades y su organización socio-ambiental. Estudios recientes muestran cómo las relaciones sociales repercuten en las características del tipo de manejo desarrollado y contribuyen a generar la ocupación y uso de áreas frágiles o poco adecuadas, lo que implica un deterioro

ambiental predecible (cf. Langebaek 1994, 1995, 1996). Así, los problemas ambientales llegan a ser visualizados como partes integrales de los conflictos sociales, dejando atrás la enajenada conservación de una naturaleza no humanizada y alejada de los conflictos políticos. Esta perspectiva, que ve de manera integral los conflictos generados por las relaciones sociedad-ecología, ha demostrado ser una poderosa herramienta para los analistas políticos (cf. Homer-Dixon 1999).

## El presente y la arqueología o la arqueología como presente

En la práctica de la arqueología el pasado y el presente se transforman mutuamente (Hodder 1992:85).

Los aportes de la arqueología que pueden tener valor para el presente se pueden reducir a seis aspectos principales: construcción de una visión de la historia; conocimiento de prácticas agrícolas y cultígenos; conflicto social; dinámica ambiental de las sociedades y organización socio-ambiental; conceptualización de la naturaleza; y participación en los procesos de concientización sobre las relaciones socio-ambientales. De estos seis puntos han sido mencionados rápidamente aquellos que resultan más obvios, como la construcción de una visión particular de la historia, tema que durante la última década ha sido de importancia para algunos arqueólogos (véanse Gnecco 1990, 1995a, 1996; Uribe 1995; Langebaek 1996, 1997; Flórez 1997; Flórez *et al.* 1997). El conocimiento de prácticas agrícolas, así como la participación en el conflicto social y la dinámica ambiental de las sociedades y sus organizaciones socio-ambientales, han sido analizados más arriba. En este aparte me referiré a la conceptualización de la naturaleza y su participación en los procesos de concientización sobre las relaciones socio-ambientales, puntos que considero vinculados en los futuros aportes que la arqueología puede realizar a los problemas nacionales.

Más arriba describí algunas de las influencias y bases sobre las cuales se ha realizado el trabajo arqueológico en relación con el medio. Tanto las concepciones que soportan la arqueología tradicional como aquellas empleadas por los arqueólogos de los sesenta y setenta se caracterizan por crear una división clara entre el ámbito y las sociedades que lo ocupan. Por ejemplo, aunque Steward admitía que estos dos conjuntos interactúan, encontraba las razones últimas para entender los fenómenos culturales en la cultura misma, transformando a las sociedades en el punto central con valor heurístico. De otra parte, la naturaleza y los recursos que proporciona a las sociedades en este esquema fueron representados como infinitos, aunque con una distribución desigual. Los arqueólogos procesualistas, por su parte, intentaron buscar, a partir de

descripciones y relaciones funcionales que vinculan aspectos tecnológicos e inferencias sobre procesos sociales asociados, las causas del cambio cultural dentro del ámbito. Otras tendencias asumieron el ámbito como una predeterminante para la complejización.

Tanto unos como otros ven los dos conjuntos –cultura y naturaleza– como entidades relacionadas pero claramente separadas; esta es una división común en la conceptualización que Occidente hace tradicionalmente de la naturaleza (Ingold 1988; Hayward 1994; Ingerson 1994). Se esté o no de acuerdo en que existe una relación causal con los procesos culturales, un estímulo a la interacción basada en carencias ambientales o una predeterminación al cambio social, el valor explicativo que el medio tiene es fundamental para abordar los problemas que cada una de estas corrientes considera relevantes. La constante, sin embargo, es la dicotomía conceptual naturaleza-cultura en una relación causal. Esta, como un componente destacado en la adaptación de las sociedades al ámbito, sigue siendo de actualidad en algunos sectores de la antropología. En efecto, recientemente Harris (1999:121) ha señalado este tema como punto central de discusión al afirmar que la geografía y la ecología, a través de formas radicalmente diferentes de adaptaciones cultivo-ecológicas, son las que explican los grandes desarrollos o su carencia. Estas ideas ya habían sido planteadas anteriormente por el mismo Harris (1979).

Cabe preguntarse si esta dicotomía, mantenida en la base de los análisis, confiere a los modelos la “realidad” de las sociedades y de los procesos estudiados. Un modelo, entendido como una descripción adecuada y simplificada de la realidad, debe ser capaz de incluir las variables más destacadas en el funcionamiento de lo que se pretende describir. Los modelos arqueológicos creados a partir de las variables hasta ahora consideradas, principalmente subsistencia o cultura material, se limitan al examen de algunos procedimientos claramente establecidos, lo que evidentemente, otorga una gran ventaja a los investigadores al permitirles la verificación o rechazo de los presupuestos –sobre todo la corroboración de historias culturales– o la prueba de hipótesis sobre comportamientos a partir de los cuales se pueden realizar inferencias sobre el cambio de las sociedades. Hace contrapeso a esta ventaja el que sea necesario reducir la realidad a un número de variables predeterminadas que dan como resultado el impedir ver otros aspectos de los procesos involucrados. Cabe la posibilidad de que los presupuestos sobre los cuales se basan los modelos no contribuyen, necesariamente, a la formulación de una descripción adecuada de la realidad. Esto, se podría argumentar, es el resultado de una posición eminentemente ética en la cual se destaca la necesidad de separar analíticamente el espacio cultural del ambiental.

Así, se plantea un dilema que tiene que ver con la posición de la arqueología dentro de la antropología y su coherencia con los planteamientos generales de

esta ciencia. Por ejemplo, para autores como Harris una de las grandes ventajas de la mirada del antropólogo se encuentra en el manejo del punto de vista émico y ético con el cual se pueden aproximar a las diferentes adaptaciones culturo-ecológicas. En efecto, la capacidad de examinar una "situación" desde el interior de una cultura y desde la perspectiva del observador externo para compararlas concede a los antropólogos una enorme ventaja en su forma de conocer. El peligro, según Harris, que representan para la antropología como ciencia las corrientes posmodernas es la reducción del punto de vista del observador al punto de vista émico. Con ello se deslegitimaría la ciencia como una forma especial de conocimiento, otorgándoles igual valor a otras formas de conocer (Harris 1999:33). La multivocalidad que pudiera tener la historia, en estos términos, debe estar sujeta a una forma de "conocer" ética y moralmente superior, como la llama Harris, quien dice al referirse a la arqueología:

Para aquellos antropólogos que se encuentran ocupados con la evolución de la cultura desde tiempos remotos hasta el presente, no existe otra alternativa a la descripción ética. Como ha sido previamente discutido, la ausencia de un registro escrito, así como de informantes vivos de la prehistoria, impide la recolección de información émica confiable. Soy consciente del resurgimiento de un interés entre los arqueólogos en "la significación de la construcción de los actos sociales" (Hodder 1982:22); pero estas reconstrucciones necesariamente representan la ética de vidas mentales cuya correspondencia con las estructuras émicas permanecerá para siempre sin prueba. (Harris 1999:48).

Esto supone que la arqueología solo es capaz de interpretar su propio punto de vista sobre el pasado, el cual no es contrastable. La supuesta objetividad y racionalidad que Harris ve en la práctica de lo que él denomina la antropología científica le son negadas a la arqueología por esta vía. Esto justifica, dentro de los esquemas que produjeron las historias culturales o la arqueología sistémica, la mirada exclusivamente culturoológica o la conceptualización de un ámbito fundamentalmente en términos económicos. Los dos son reflejos del presente y, en esa medida, solo pueden contribuir al presente en la continuidad de una historia acrítica o como dato técnico para una estrategia de producción. Pero no solo la arqueología es afectada por esta vía.

Aunque los análisis que se centraban en el balance entre los sistemas sociales y naturales que se conjugaban en los ciclos rituales habían dado coherencia funcional a prácticas como el sacrificio de marranos en Nueva Guinea (Rappaport 1967, 1967a) o la caza ritual de los Kayapo en la Amazonia (Baleé 1985), resultan ser explicaciones incompletas. Al explicar los ciclos de la naturaleza representados por los ciclos de abundancia o carencia en la oferta ambiental, al centro de la cual se encuentra su regulación social, fragmentaban el punto de vista émico de sociedades que se caracterizan por una visión totalizante. De este modo, los análisis se restringen a lo que podríamos llamar parcialidades émico-éticas. La

descomposición en subsistemas de los sistemas complejos para entender su funcionamiento puede ser una estrategia válida, aunque es posible cuestionar las bases sobre las cuales se definen los subsistemas. Es cierto que a partir de estos procedimientos se podría generar la coherencia necesaria para explicar algunos comportamientos que ante los ojos de Occidente podían considerarse ilógicos o, al menos, extraños. Esta estrategia asumía que ciertas prácticas culturales, especialmente las anómalas desde la perspectiva racionalista de Occidente (como el canibalismo), cumplían una función adaptativa en tanto contribuían a la supervivencia de ciertos individuos o sociedades (véase Headland 1997:606). Sin embargo, esto no justifica la pérdida de la perspectiva de la totalidad de la sociedad a cambio del “traspaso” de comportamientos no occidentales a contextos occidentales. A esto se suma la falta de una profundidad temporal, característica de estos análisis, que niega la posibilidad de realizar un seguimiento detallado de las interacciones entre la naturaleza y las sociedades en términos de su coevolución. Así se presenta una imagen detenida en el tiempo, tanto del medio como de la cultura, que podía ser satisfactoria para algunos etnólogos, pero que resulta insuficiente cuando se intenta producir explicaciones que incluyen varios milenios (cf. Headland 1997). Los vicios subyacentes en los análisis permiten, a lo sumo, la interpretación del mundo económico que refleja las preocupaciones de Occidente. Por ello, en las explicaciones predomina un interés por los procesos económicos desvinculados de otros componentes sociales o vinculados, exclusivamente, como fenómenos secundarios que reflejan las condiciones ambientales; véase, por ejemplo, el esquema empleado por White (1949) para entender los segmentos que conforman a las sociedades. De este modo, se podría afirmar que el papel de la antropología científica de Harris es el de “normalizar” las “aberraciones” registradas en otras sociedades al reducirlas a componentes del sistema económico para que adquieran la lógica que entiende Occidente. De esta manera no es revelada la objetividad.

Durante la segunda mitad del siglo pasado se dio una importante transformación en la manera como Occidente define y analiza la naturaleza. El surgimiento y consolidación de la ecología posibilitó el examen de las diferentes secciones, por demás artificiales, del conocimiento occidental a la luz de conceptos globalizantes. En consecuencia, la integridad y las múltiples relaciones entre “secciones”, hasta entonces tratadas como unidades desvinculadas, cobró una posición destacada. Las consecuencias de esta nueva aproximación son innumerables. En el campo de la economía fue patente que los recursos, inclusive aquellos considerados como gratuitos, tenían un costo que debía ser involucrado en los procesos de producción de los “utensilios”; de este modo, la economía humana y la economía de la naturaleza no podían ser vistas como procesos independientes (cf. Costanza 1994; Goodland 1994). De otra parte, la economía política se vio forzada a aceptar que las fronteras territoriales no eran más que divisiones arbitrarias que, en apariencia, separaban grupos de países poderosos

de aquellos más pobres: estas fronteras eran fácilmente traspasadas por los conflictos sociales y ecológicos. La interacción entre las sociedades había llevado a la transferencia de los recursos y su acumulación en solo unos pocos puntos, creando inmensas masas sumergidas en la miseria. Así, las interacciones que veía Steward como el camino al progreso sólo ocasionaban la desdicha de las mayorías. La integridad del conocimiento y de los problemas urgió la integridad de las acciones. Reuniones como la de Río o la de Santa Cruz testimonian este apuro. Con esto se demuestra lo equivocada que era la antigua idea sobre el carácter ilimitado de los recursos o del carácter de variable independiente que se le había otorgado a la historia ecológica y humana.

Estos cambios también han afectado el tipo de estudios realizados por algunos antropólogos, llevándolos a desarrollar nuevos énfasis. Por una parte, se han estudiado las sociedades premodernas sin reducir los análisis a la simple formulación de los procedimientos “económicos” que son empleados por ellas para mantener un equilibrio entre los recursos y las necesidades de la población. Con esto los antropólogos se han visto forzados a redescubrir y reconstruir la conceptualización de la naturaleza, proceso que los ha llevado a entender, comparativamente, la forma en que Occidente ve y se relaciona con el espacio físico (Descola 1996; Ellen 1996; Howell 1996). En las sociedades premodernas la oposición entre lo humano y lo no humano tiene otras características y sus relaciones se representan por un continuo, soportado por la idea del equilibrio (cf. Reichel-Dolmatoff 1976, 1996) que, en muchas oportunidades, toma la forma de relaciones sociales y de parentesco (cf. Descola 1994, 1996; Rocha *et al.* 1996). Contrario a lo que se pudiera pensar, esta idea no era una concepción exclusiva de algunos grupos amazónicos sino que se encontraba en sitios tan dispares como el ártico, los grupos cazadores-recolectores Ojibwa del oriente canadiense (Martin 1978) y la costa occidental de América del Norte (Goldman 1975; Wales 1981; Wolf 1999). Tampoco era la concepción de un grupo de nómadas, puesto que se encontraba en sociedades con un alto grado de complejidad, como los aztecas. Estos últimos intentaron alcanzar este balance usando, entre otras estrategias, los sacrificios humanos (Wolf 1999). Esto sugiere que uno de los conceptos más caros a las sociedades premodernas es la idea de un balance, referido a una totalidad cosmológica. En efecto, algunos textos basados en el trabajo etnográfico sugieren que el equilibrio que las sociedades premodernas habían intentado mantener no era un equilibrio ecológico, aunque indudablemente las estrategias empleadas afectaban las relaciones ambientales, sino conceptual, en el que se involucraban como una unidad las sectorizaciones desarrolladas por Occidente para entender la historia y las sociedades no occidentales (véase Reichel-Dolmatoff 1977, 1978, 1983). La percepción de este principio de equilibrio por parte de antropólogos y ecólogos llevó a errores interpretativos, derivados de la forma en que se habían conceptualizado estas

sociedades en la relación naturaleza-cultura. Por ejemplo, a pesar de las semejanzas entre algunos conceptos indígenas sobre el ámbito y su funcionamiento con el desarrollo de las categorías empleadas por la ecología (cf. Reichel-Dolmatoff 1976), su funcionalidad no era y no podía ser equivalente, dado que regían dos universos dispares. Por ello es una falacia moderna asumir que estas similitudes hacen de los indígenas ambientalistas o conservacionistas.

De otra parte, el uso de la perspectiva que consideraba la noción de la búsqueda de un equilibrio conceptual por parte de las sociedades premodernas permitió explicar aspectos que hasta ahora habían permanecido como “sectores oscuros”. Preguntas como por qué las sociedades nativas que habitaban en Norte América, que contaban con una ideología conservacionista, participaron activamente en la predación ilimitada de los recursos de caza para suplir las demandas del mercado europeo de pieles, no habían sido contestadas satisfactoriamente. En la mayoría de los casos estas preguntas se escondieron sutilmente bajo la explicación de la globalización, el desarrollo del capitalismo y el supuesto deseo de los nativos por adquirir las nuevas herramientas y elementos decorativos exóticos recién traídos de Europa (cf. Wolf 1982). Es decir, la explicación se remitió a la ya tradicional imagen en los medios, en la cual los indígenas caen de rodillas ante los europeos, vistos como dioses, que les proporcionan pequeños fragmentos de vidrio de colores, imagen que, para algunos, resulta repugnante.

Otra explicación para esta historia es que el contacto con los europeos llevó a la ruptura del balance conceptual y físico que las sociedades intentaban mantener, dada la introducción de enfermedades que diezmaron la población. Esto forzó a los indígenas a desquitarse de sus supuestos atacantes—los animales y sus “dueños”—, incrementando la caza y llevándola, como lo hicieron, a sus extremos. En esta perspectiva el centro de la explicación no se encuentra en los bienes y las ganancias materiales; tampoco está en una actitud conservacionista sino en un intento por alcanzar la restauración de un orden cosmológico perdido (cf. Martin 1978). De una forma análoga se puede explicar el incremento de la actividad ritual en la Costa Pacífica norteamericana cuando el *potlach* alcanzó, desde el punto de vista de los nuevos ocupantes de territorio, su mayores niveles de extravagancia (Wales 1981). Como ha expresado Wolf (1999:119), “la habilidad de adquirir objetos de riqueza y darlos en exhibiciones de poder en su propio nombre no era solamente una actividad política y económica sino que se derivaba de una transacción de poder sobrenatural”.

Estas preocupaciones han afectado un buen número de trabajos arqueológicos, dando cabida a una revisión de los supuestos sobre los que se cimientan los modelos. Por ello, algunos arqueólogos han planteado la necesidad de desarrollar una perspectiva que permita incorporar aspectos novedosos en el estudio de las sociedades pasadas. Adicionalmente, se espera que esta perspectiva tenga

consecuencias sobre el presente. Es en este sentido que Marquardt (1994:204) define la ecología histórica como “el estudio en múltiples escalas multitemporales de la relación dinámica entre la gente y el ambiente físico”. Para Marquardt (1994:204) el propósito de la ecología histórica es el de dilucidar las relaciones entre los humanos y el medio, en las escalas efectivas, señalando las formas para realizar transformaciones constructivas en estas relaciones. Otros, autores como Headland (1997:609), consideran que el término “historia” debe ir más allá del estudio del pasado de la gente para analizar la relación dialéctica entre el cambio ambiental y el cambio cultural.

Si abordamos el estudio de las sociedades desde una perspectiva más amplia, que no las reduzca a procesos meramente económicos, y en la cual se incluyan conceptos que hagan justicia a su conceptualización social del espacio, el resultado será una visión más rica y más útil de nuestra propia historia. Por ejemplo, si aquello que hemos llamado tradicionalmente naturaleza es considerado, en parte, como el producto de la coevolución generada por las acciones y reacciones que se dan en el continuo de las interacciones de múltiples especies dentro del espacio físico ocupado por ellas, es imposible adoptar una posición reduccionista que separe la historia humana de la historia natural. Así surge un ámbito en el cual es posible leer múltiples historias de los procesos sociales y ambientales. Un ejemplo de la aplicación de esta propuesta, en la que los procesos coevolutivos son considerados, se encuentra en los estudios de sistemas productivos del Mediterráneo, en los cuales el impacto particular de un sistema agrícola se ubica en un marco temporal amplio para evaluar las transformaciones sociedad-naturaleza a lo largo de la historia (Butzer 1996). En Colombia Politis (1996, 1996a) ha presentado un novedoso enfoque respecto a los cazadores-recolectores con la inclusión de un espacio “histórico” que, entre otras cosas, afecta la distribución de los recursos y posibilita otros análisis de las relaciones entre las sociedades y el medio.

Evidentemente, los arqueólogos, y en particular los arqueólogos colombianos, se encuentran en una posición privilegiada para ofrecer una perspectiva refrescante y crítica sobre la coevolución que se registra en esta historia. Su posición es privilegiada porque cuentan con acceso al pasado a través de su disciplina y se encuentran en el punto preciso en el que convergen los conocimientos de las ciencias naturales e históricas. Probablemente los arqueólogos son los antropólogos mejor preparados e informados al respecto. Es por ello que resulta difícil entender por qué no se ha desarrollado esta tendencia con verdadera fuerza. Una posible explicación es que en algunos círculos la reflexión no es considerada como algo de utilidad; para que algo tenga utilidad tiene que parecer un montículo de cultivo, una vitrina de museo, una técnica de manufactura o ser algo admirable por su belleza. Lamentablemente, las cosas de utilidad que hemos producido por esa vía solo han servido, hasta ahora, para

alejarnos de la realidad del país o para mantener una historia inservible para transformar el presente. Esta arqueología nos ha aislado, haciendo aún más difícil la comunicación de cualquier mensaje. Somos exiliados voluntarios de la realidad.

## Comentarios finales

La arqueología debe ser, ante todo, una ciencia crítica, no alcahueta, como ha sido hasta ahora. Una ciencia que confronte los procesos del pasado y el presente en las sociedades humanas, no una que los describe para bases de datos. No puede ser la ciencia del registro, por más cuidadoso que éste sea, alejada del presente y de las sociedades que lo produce. Ya no es válido el cuadro estadístico, el gráfico o la fórmula matemática que solamente hablan de sí mismos, pero que resultan vacíos a la hora de entender cómo se relacionan los seres humanos en sus sociedades y a lo largo del tiempo. Si la arqueología colombiana desea transformar el presente, debe empezar por replantear sus metas y buscar los medios apropiados para comunicarse con el público.

Indudablemente, la función de los modelos es la de transformar la realidad en un “objeto manipulable”. Sin embargo, en los esfuerzos por sintetizar la realidad a estos “objetos”, los arqueólogos se han distanciado de aquello que, supuestamente, es su objeto de estudio. Los relatos sobre desplazamientos o problemas económicos no hacen justicia a la realidad que, supuestamente, estudiamos. Si la arqueología ha dedicado la mayor parte de sus recursos al estudio de las sociedades premodernas, vale la pena preguntarnos qué es una sociedad premoderna y cómo podríamos construir modelos que permitan caracterizarlas sin desconocer los procesos que las transforman. Responder estas preguntas, particularmente desde una perspectiva que considere la integralidad del ámbito y la cultura, puede darnos luces sobre el tipo de transformaciones que consideramos deseables para nuestra sociedad. Sin embargo, esto no será suficiente para transformar a la arqueología en una ciencia participativa en los problemas nacionales; aún faltan por desarrollar los caminos para entablar la comunicación con la sociedad perdida y olvidada de los arqueólogos: la nuestra.

Me doy cuenta de que en estas páginas presento solamente las “líneas” de lo que podría ser una propuesta para revisar el trabajo arqueológico. En mi opinión, una alteración de las bases que soportan los modelos que tradicionalmente producimos contribuiría a la realización de nuevas búsquedas que generarían otras dinámicas y una actitud crítica. Se trata de un procedimiento discursivo, puesto que no intento revivir ningún sistema de cultivo o presentar “la primera piedra” para la reconstrucción de una sociedad desaparecida. Sé también que en el pasado la antropología no ha sido muy afortunada en el desarrollo de discursos que podrían contribuir a mejorar el presente. Baste recordar que hace

aproximadamente 100 años se presentó el concepto de “relativismo cultural” como una política de la antropología; hoy asistimos al cierre de un siglo caracterizado por las masacres del otro, por razones de cultura, raza, opinión o, simplemente, por “razones humanitarias”, como lo hace la OTAN. No obstante, creo que es mejor intentar transformar el presente que continuar con el desarrollo de nuestras historias culturales.

### Reconocimientos

Los comentarios de Claudia Rocha y Franz Flórez contribuyeron a la forma final de este escrito.

### Referencias

- Baleé, W.L.  
 1985 Ka'apor ritual hunting. *Human Ecology* 13:485-510.
- Barnard, A.  
 1983 Contemporary hunter-gatherers: current theoretical issues in ecology and social organization. *Annual Review of Anthropology* 12:193-214.
- Binford, L.R.  
 1968 Post-Pleistocene adaptations. En *New Perspectives in archaeology*, editado por S. Binford y L.R. Binford, pp. 313-341. Aldine, Chicago.
- 1980 Willow smoke and dog's tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity* 45:4-20.
- Boserup, E.  
 1965 *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change Under Population Pressure*. Aldine, Nueva York.
- Brumfiel, E. y T. Earle  
 1978 Specialization, exchange, and complex societies: an introduction. *En Specialization, Exchange, and Complex Societies*, editado por E. Brumfiel y T. Earle, pp. 1-9. Cambridge University Press, Cambridge.
- Butzer, K.W.  
 1996 Ecology in the long view: settlement histories, agrosystemic strategies, and ecological performance. *Journal of Field Archaeology* 23:141-150
- Correal, G.  
 1986 Apuntes sobre el medio ambiente pleistocénico y el hombre prehistórico de Colombia. En *New Evidence for the Pleistocene Peopling*

*of the Americas*, editado por A.L. Bryan, pp. 115-31. Center for the Study of Early Man, Orono.

1986a Las culturas más antiguas de Colombia. Estadio de cazadores y recolectores. *Historia de Colombia*, pp. 73-98. Salvat, Bogotá.

Costanza, R.

1994 La economía ecológica de la sostenibilidad - inversión en capital natural. En *Desarrollo Económico Sostenible*, pp. 153-69. Tercer Mundo-Uniandes, Bogotá.

Damas, D.

1969 The study of cultural ecology and the ecology conference. En *Ecological Essays*, de D. Damas, pp. 1-12. National Museum of Canada, Ottawa.

Descola, P.

1996 Constructing natures: symbolic ecology and social practice. En *Nature and Society. Anthropological Perspectives*. Editado por P. Descola y G. Pálsson, pp. 82-102. Routledge, Londres.

Dosse, F.

1989 *La Historia en Migajas. De "Annales" a la "Nueva Historia"*. Edicions Alfons El Magnànim, Valencia.

Earle, T.

1991 The evolution of chiefdoms. En *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*, editado por T. Earle, pp. 1-15. Cambridge University Press, Cambridge.

1997 *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*. Stanford University Press, Stanford.

Earle, T.K. y J.E. Ericson (Editores)

1977 *Exchange Systems in Prehistory*. Academic Press, Nueva York.

Ellen, R.

1996 The cognitive geometry of nature: a contextual approach. En *Nature and Society. Anthropological Perspectives*, editado por P. Descola y G. Pálsson, pp. 103-23. Routledge, Londres.

Escobar, A.

1994 El desarrollo sostenible: diálogo de discursos. *Revista Foro* 23:98-112.

1996 *La Invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo*. Norma, Bogotá.

- Flannery, K.V.  
 1972 Cultural evolution of civilization. *Annual review of Ecology and Systematics* 3:399-426.
- Flórez, F.  
 1997 Breve prontuario de los palustes dorados en el litoral Pacífico. En *Nuevas Memorias sobre las Antigüedades Neogranadinas*, editado por S. Mora y F. Flórez, pp. 99-123. Colciencias, Bogotá.
- Flórez, F., S. Mora y M.I. Patiño  
 1997 De la edad de piedra a la edad de la inocencia. En *Nuevas Memorias sobre las Antigüedades Neogranadinas*, editado por S. Mora y F. Flórez, pp 9-27. Colciencias, Bogotá.
- Fowler, D.  
 1987 Uses of the past: archaeology in the service of the state. *American Antiquity* 52:229-48.
- Fried, M.  
 1967 *The Evolution of Political Society*. Random House, Nueva York.
- Gnecco, C.  
 1990 El paradigma Paleoindio en Suramérica. *Revista de Antropología y Arqueología* 4:35-78.  
 1995 Movilidad y acceso a recursos de cazadores recolectores prehistóricos: el caso del valle de Popayán. En *Ámbito y Ocupaciones Tempranas de la América tropical*, editado por I. Cavelier y S. Mora, pp. 59-71. Erigaie-ICAN, Bogotá.  
 1995a Evaluación crítica de las sistematizaciones arqueológicas de los Andes septentrionales. En *Perspectivas Regionales en la Arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*, editado por C. Gnecco, pp. 298-313. Universidad del Cauca, Popayán.  
 1996 Reconsideración de la complejidad social del suroccidente colombiano. En *Dos Lecturas Críticas. Arqueología en Colombia*. pp. 41-74. Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.
- 1974 1996a Relaciones de intercambio y bienes de elite entre los Cacicazgos del suroccidente de Colombia. En *Caciques, Intercambio y Poder: Interacción Regional en el Area Intermedia de las Américas*, editado por C.H. Langebaek y F. Cárdenas, pp. 175-96. Universidad de los Andes, Bogotá.

Goldman, I.

- 1975 *The Mouth of Haven: an Introduction to Kwakiutl Religious Thought*. John Wiley and Sons, Nueva York.

Goodland, R.

- 1994 El argumento según el cual el mundo ha llegado a sus límites. En *Desarrollo Económico Sostenible*, pp. 23-49. Tercer Mundo-Uniandes, Bogotá.

Harris, M.

- 1968 *The Rise of Anthropological Theory*. Thomas Y. Crowell, Nueva York.  
 1979 *Cultural Materialism: the Struggle for a Science of Culture*. Random House, Nueva York.  
 1999 *Theories of Culture in Postmodern Times*. Altamira Press.

Hayward, T.

- 1994 *Ecological Thought: An Introduction*. Polity Press.

Headland, T.

- 1997 Revisionism in ecological anthropology. *Current Anthropology* 38:605-30.

Herrera, L.F.

- 1985 *Agricultura Aborigen y Cambios de Vegetación en la Sierra Nevada de Santa Marta*. FIAN, Bogotá.  
 1985a Agricultura aborigen en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Maguaré* 3:47-56.  
 1987 El manejo del medio ambiente natural por el hombre prehispánico en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín del Museo del Oro* 19:83-86.

Herrera, L.F., I. Cavelier y S. Mora

- 1992 Amazonas: agricultura y el manejo del bosque. En *Diversidad es Riqueza*, ICAN, Bogotá.

Herrera, L.F., I. Cavelier, C. Rodríguez y S. Mora

- 1992 The technical transformation of an agricultural system in the colombian Amazon. *World Archaeology* 24:99-113.

Hodder, I.

- 1982 Theoretical archaeology: a reactionary view. En *Symbolic and Structural Archaeology*, editado por I. Hodder, pp. 1-16. Cambridge University Press, Cambridge.

- 1992 *Theory and Practice in Archaeology*. Routledge, Londres.
- Homer-Dixon, T.
- 1999 *Environment, Scarcity, and Violence*. Princeton University Press, Princeton.
- Howell, S.
- 1996 Nature in culture or culture in nature? Chewong ideas of "humans" and other species. En *Nature and Society. Anthropological Perspectives*, editado por P. Descola y G. Pálsson, pp. 127-44. Routledge, Londres.
- Ingerson, A.
- 1994 Tracking and testing the nature-culture dichotomy. En *Historical Ecology*, editado por C.L. Crumley, pp. 43-66. School of American Research Press, Santa Fe.
- Ingold, T.
- 1988 *What is an animal?* Unwin Hyman, Londres.
- 1993 The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25:152-74.
- Kelly, R.
- 1995 *The Foraging Spectrum. Diversity in Hunter-Gatherer Lifeways*. Smithsonian, Washington.
- Langebaek, C.
- 1994 Social conflict and environmental degradation in the valle de Fuquene, Eastern highlands, Colombia: an archaeological perspective. Ponencia presentada en el XLVIII Congreso Internacional de Americanistas, Estocolmo.
- 1995 *Arqueología Regional en el Territorio Muisca. Estudio de los Valles de Fúquene y Susa*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 9., Pittsburgh.
- 1996 La arqueología después de la arqueología en Colombia. En *Dos Lecturas Críticas. Arqueología en Colombia*, pp. 9-36. Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.
- Marquardt, W.H.
- 1994 The role of archaeology in raising environmental consciosness. An example from Southwest Florida. En *Historical Ecology. Cultural Knowledge and Changing Landscapes*, editado por C.L. Crumley, pp. 203-21. School of American Reserach Press, Santa Fe.

Martin, C.

1978 *Keepers of the Game. Indian-Animal Relationships and the Fur Trade.* University of California Press.

Meggers, B.

1954 Environmental limitation on the development of culture. *American Anthropologist* 56:801-24.

Meggitt, M.

1977 *Blood is their Argument: Warfare Among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands.* Mayfield, Palo Alto.

Netting, R.M

1977 *Cultural Ecology.* Waveland Press, Prospect Heights.

Oyucla, A.

1994 Nationalism and archaeology: a theoretical perspective. En *History of Latin American Archaeology*, editado por A. Oyucla, pp. 3-21. Avebury, Hampshire.

Páez, R.

1990 Efecto del litter (capa de hojarasca) y fangos aluviales en el nivel de fertilidad de un suelo disturbado de la Amazonia colombiana. Tesis de grado, Facultad de Agrología, Univesidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá.

Patterson, T.C.

1989 La historia y las arqueologías posprocesuales. *Boletín de Antropología Americana* 20:5-18.

Plazas, C. y A.M. Falchetti

1986 Aprovechamiento de experiencias precolombinas. Proyecto para recuperar parte del sistema prehispánico. Zenú, de manejo de las planicies de inundación, en el Bajo río San Jorge. *Boletín de Arqueología* 1:49-51.

1987 Poblamiento y adecuación hidráulica en el bajo río San Jorge, costa Atlántica colombiana. En *Prehispanic Agricultural Fields in Andean Region*, parte I, editado por W. Denevan, K. Mathewson y G. Knapp, pp. 483-503. BAR International Series 359, Oxford.

1990 Manejo hidráulico Zenú. En *Ingenierías Prehispánicas*, editado por S. Mora, pp. 151-71. FEN-ICAN, Bogotá.

Plazas, C., A.M. Falchetti, T. Van der Hammen y P. Botero

1988 Cambios ambientales y desarrollo cultural en el bajo río San Jorge. *Boletín del Museo del Oro* 20:55-88.

1992 Environmental changes and cultural development in the lower San Jorge river, Colombia. En *Archaeology and Environment in Latin America*, editado por O.R. Ortiz-Troncoso y T. Van der Hammen, pp. 183-205. Instituut Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.

Politis, G.

1996 *Nukak*. SINCHI, Bogotá.

1996a Moving to produce: Nukak mobility and settlement patterns in Amazonia. *World Archaeology* 27:492-511.

Rappaport, R.A.

1967 *Pigs for the Ancestors: Ritual in the Ecology of the New Guinea People*. Yale University Press, New Haven.

1967a Ritual regulations of environmental relations among a New Guinea People. *Ethnology* 6:17-30

Reichel-Dolmatoff, G.

1976 Cosmology as ecological analysis: a view from the rain forest. *Man* 11:307-18.

1977 El simbolismo de caza, pesca y alimentación entre los Desana. En *Estudios Antropológicos*, de G. y A. Reichel-Dolmatoff, pp. 333-354. Colcultura, Bogotá.

1978 Desana animal categories, food restriction, and the concept of color energies. *Journal of Latin American Lore* 4:243-91.

1983 Conceptos indígenas de enfermedad y equilibrio ecológico: los Tukano y los Kogi de Colombia. En *Medicina, Shamanismo y Botánica*, pp. 19-27. Funcol, Bogotá.

1996 *The Forest Within. The World-View of the Tukano Amazonian Indians*. Themis, Londres.

Rocha, C. y S. Mora

1996 Conservación y manejo de la naturaleza: relaciones humanas y no humanas en dos contextos sociales. Entrevista a Philippe Descola. *Diversa* 2:39-43.

Rodríguez, C., L.F. Herrera, I. Cavalier y S. Mora

1990 Ocupación y adecuación agrícola prehispánica de la selva. *Colombia Ciencia y Tecnología* 8:10-11.

Sahlins, M.

1968 Notes on the original affluent society. En *Man the Hunter*, editado por R.B. Lee e I. Devore, pp. 85-89. Aldine, Chicago.

1972 *Stone Age Economics*. Aldine, Nueva York.

Stark, B.

1978 An ethnohistoric model for native economy and settlement patterns in southern Veracruz, Mexico. En *Prehistoric Coastal Adaptations: the Economy and Ecology of Maritime Middle America*, editado por B.L. Stark y B. Voorhies, pp. 211-38. Academic Press, Nueva York.

Shanks, M. y C. Tilley

1989 Arcaheology into 1990s. *Norwegian Archaeological Review* 22:1-54.

Steward, J.H.

1938 *Basin-Plateau Aboriginal Sociopolitical Groups*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 120, Smithsonian, Washington.

1947 American culture history in the light of South America. En *Native South Americans. Ethnology of the Least Known Continent*, editado por P.J. Lyon, pp. 4-21. University of California Press, Berkeley.

1955 *Theory of Culture Change*. University of Illinois Press, Urbana.

1977 The concept and method of cultural ecology. En *Evolution and Ecology*, editado por J.C. Steward y R.F. Murphy, pp. 43-57. University Illinois Press, Chicago.

Steward, J.H. (Editor)

1946 *Handbook of South American Indians*, Volume 1: *The Marginal Tribes*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Smithsonian, Washington.

Struever, S.

1968 Problems, methods and organization: a disparity in the growth of archaeology. En *Anthropological Archaeology in the Americas*, editado por B.J. Meggers, pp. 131-51. Anthropological Society of Washington, Washington.

- Trigger, B.  
 1984     Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist. *Man* 19:355-70.  
 1986     Prospects for a world archaeology. *World Archaeology* 18:1-20.  
 1989     *A History of Archaeological Thought*. Cambridge University Press, Cambridge.  
 1990     The 1990s: North American archaeology with a human face? *Antiquity* 64:778-87.
- Tschauner, H.  
 1994     Archaeological systematics and cultural evolution: retrieving the honour of culture history. *Man* 29:77-93.
- Turner, B.L., R.Q. Hanham y A.V. Portararo  
 1977     Population pressure and agricultural intensity. *Annals of the Association of American Geographers* 67:384-96.
- Uribe, M.V.  
 1995     Tendencias del desarrollo tardío de los cacicazgos andinos colombianos. En *Perspectivas Regionales en la Arqueología del Suroccidente de Colombia y Norte del Ecuador*, editado por C. Gnecco, pp. 245-62. Universidad del Cauca, Popayán.
- Vayda, A.P.  
 1969     *Environment and Cultural Behavior*. Natural History Press, Nueva York.
- Vayda, A.P y R. Rappaport  
 1968     Ecology, cultural and non-cultural. En *Introduction to Cultural Anthropology*, pp. 477-97. Houghton-Mifflin, Boston.
- Wales, S.  
 1981     *Festing with Cannibals: an Essay on Kwakiutl Cosmology*. Princeton University Press, Princeton.
- Weissner, P.  
 1982     Beyond willow smoke and dog's tails: a comment on Binford's analysis of hunter-gatherer settlement systems. *American Antiquity* 47: 171-77.
- White, L.  
 1949     *The Science of Culture*. Farrar, Straus & Cudahy, Nueva York.
- Wissler, C.  
 1926     *The Relation of Nature to Man in Aboriginal America*. Oxford University Press, Oxford.

Wolf, E.

1982 *Europe and the People Without History*. University of California Press, Berkeley.

1999 *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis*. University of California Press, Berkeley.

Woodburn, J.

1980 Hunters and gatherers today and reconstruction of the past. En *Soviet and Western Anthropology*, editado por E. Gellner, pp. 95-117. Columbia University Press, Nueva York.

# **The Archaeology of Ethnicity: constructing identities in the past and present.**

**SIÂN JONES. Londres y Nueva York: Routledge  
y Kegan Paul, 1997. 179 pp.**

Este libro es una versión editada de la tesis doctoral de Jones para la Universidad de Southampton en Gran Bretaña. En el libro, Jones se propone presentar una síntesis crítica de las más recientes teorías sobre la etnicidad en las ciencias sociales y desarrollar, al mismo tiempo, un marco teórico para la interpretación de la etnicidad en la arqueología. El libro consta de siete capítulos en los cuales se analizan, de forma sistemática, las diferentes formas en las cuales la arqueología ha interpretado o creado la etnicidad a partir de la cultura material y propone nuevas formas de acercarse a este tipo de interpretaciones.

Son varias las razones que hacen especialmente relevante este libro en el contexto colombiano, ya que son muchos los arqueólogos que siguen interesados en identificar grupos culturales a través de las similitudes y diferencias estilísticas en la cultura material proveniente de una región. Por un lado, Jones sintetiza la mayoría de las críticas (ver Conkey y Hastorf 1991; Carr y Neitzel 1995; Stark 1998), que se han hecho sobre el uso de la cultura material en la arqueología para identificar culturas particulares desde una perspectiva historiográfica. Esto contribuye a contextualizar las distintas formas en las que se ha querido (o rehusado a) relacionar una determinada forma de cultura material con un grupo étnico en particular.

Esto obliga a reconsiderar la forma como los arqueólogos interpretamos las variaciones en la cultura material. Por ejemplo, se reconoce que la cultura material juega un papel activo en la generación y significado de la etnicidad, más allá de ser un simple indicador acerca del nivel de interacción entre dos grupos. A su vez, se cuestiona la idea de la existencia de grupos étnicos como

entidades coherentes y monolíticas en las cuales la enculturación produce una dispersión homogénea de significados y artefactos. Si bien pueden existir patrones de estructuras estilísticas en el registro arqueológico relacionadas con algunos grupos, esto no necesariamente constituye un “mapa” de estos. Como tales, estas variaciones deben ser analizadas y no asumidas *a priori* como la base de cualquier análisis sobre procesos socio-culturales (interacción, control territorial, fronteras étnicas).

Teniendo en cuenta estas críticas, Jones propone el uso de distintas líneas de evidencia arqueológica para identificar grupos étnicos, no sólo aquellas que hacen énfasis en las similitudes en cultura material. El análisis estilístico, por ejemplo, debe estar basado en una interpretación crítica de la estratigrafía y contextos de asociación de distintas clases de artefactos, dejando a un lado las tipologías basadas en una sola clase de objetos. Este tipo de análisis debe estar complementado con datos comparativos acerca de las características de las unidades domésticas aisladas y nucleadas, los patrones mortuorios y de asentamiento y sus cambios en el tiempo. En este sentido, cobran importancia las diferencias en la forma como se puede haber manifestado la etnicidad en distintos momentos históricos.

Así, Jones propone mirar la etnicidad en el pasado de una forma dinámica que dé cuenta de su heterogeneidad, en contraposición a una visión homogénea y estática a través del tiempo. El desarrollo de esta propuesta de etnicidad se basa en gran parte en el uso del concepto del *habitus* (entendido como las disposiciones hacia ciertas percepciones y prácticas que se vuelven parte de un individuo a una edad temprana) de Bourdieu (1977), en la que la identificación étnica proviene de la intersección entre *habitus* y las condiciones sociales prevalecientes en algún momento. Esto significa que “una misma identidad” puede variar de forma tanto cualitativa como cuantitativa en distintos contextos sociales y que en algunas de sus manifestaciones puede ser apenas transitoria.

Hasta este punto (p.128), la propuesta de Jones tiene una gran fuerza. Infortunadamente, no nos da mayores ejemplos arqueológicos en los que se haya podido identificar la forma cambiante de la identidad étnica a través del tiempo en alguna sociedad. No obstante, su propuesta es valiosa, especialmente porque le agrega dimensiones sociales a la investigación de la etnicidad en el pasado que trascienden el simple análisis estilístico o la producción de “mapas culturales” basados en la distribución de algunas clases de artefactos.

## Referencias

- Bourdieu, P.  
1977 *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carr, C. y Jill Neitzel  
1995 *Style Society and Person Archaeological and Ethnological Perspectives*. Nueva York y Londres: Plenum Press.
- Conkey, M. y Christine Hastorf.  
1990 *The Uses of Style in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stark, M. Ed.  
1998 *The Archaeology of Social Boundaries*. Washington: Smithsonian Institution Press.